

BERTA MIR DETECTIVE

El caso del martillo blanco

Jordi Sierra i Fabra



Las Tres Edades Serie Negra

Siruela

BERTA MIR DETECTIVE

EL CASO DEL
MARTILLO BLANCO

JORDI SIERRA I FABRA

 Siruela

Las Tres Edades Serie Negra

El caso del martillo blanco

ÍNDICE

Cubierta

Portadilla

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

Créditos

1

El calabozo olía mal.

Eso era lo peor.

Porque si cerraba los ojos, dejaba de ver, y si me tapaba los oídos, dejaba de escuchar, pero de ningún modo podía dejar de respirar.

Sudor, un vómito en un rincón, alguien que se había orinado encima con la primera bofetada o el primer golpe de porra.

Cómo dolían las malditas porras...

Me restregué el trasero.

Por lo menos era la parte más blanda de mi cuerpo.

Miré a la chica que estaba sentada a mi lado en el suelo. Una de las afortunadas, como yo, porque el hacinamiento obligaba a que muchos permanecieran de pie. Tendría unos dieciséis años, quizás menos, así que lo más probable era que su padre le diese otra tunda al salir. Por eso no paraba de llorar, con los puños apretados y toda la rabia de su impotencia asomando por cada poro de su piel.

—Hijos de puta, hijos de puta... —repetía una y otra vez.

A la chica un golpe le había estropeado un poco su bonito rostro. El hematoma ya se coloreaba con todo su esplendor en la mejilla derecha. Llevaba el cabello corto y una camiseta en la que podía leerse el lema: «¿Quién dice que no tengo futuro?».

La generación sin futuro.

Mi generación.

Quise animarla, pero no tuve fuerzas.

¿Quién me animaba a mí?

Me tropecé con la mirada de uno de los chicos que permanecía de pie, aunque apoyado en la desconchada pared, que más parecía una comisaría del tercer o el cuarto

mundo que una del primero. Una mirada de secreta lujuria, porque no escondía nada. Sus ojos iban de una a otra, pechos, boca, manos...

Un estupendo lugar para hacer amigos.

La mezcla era heterogénea. Cabellos largos, cabellos cortos, pieles limpias, tatuajes, ropas cómodas, ropas de asalto, barbas cortas, maquillajes invisibles, sudaderas con capuchas para ocultarse... Algunos probablemente formaban parte de cualquier guerrilla urbana. Otros simplemente estaban allí por incautos.

Como yo.

La más incauta de todas.

–Eres tonta del culo –me había dicho ya un par de veces.

El chico de la mirada me sonrió con descaro.

Estuve a punto de responderle con el dedo medio de mi mano derecha disparado hacia arriba y fuego en los ojos.

Me abstuve.

Una nunca sabe lo que puede encontrarse en un lugar como ese.

Llené los pulmones de aire venciendo la repugnancia que sentía y en ese instante escuché aquella voz.

–¡Berta Mir!

Se me disparó la adrenalina y me puse en pie de un salto. La atención general se concentró en mi persona.

–¡Berta Mir! –repitió la voz, impaciente.

–¡Aquí!

Me abrí paso en dirección a la puerta. El policía de uniforme esperaba al otro lado de los barrotes. Algunas voces se agitaron a mi alrededor.

–A esta se le va a caer el pelo ya mismo.

–Qué va, la sacan y punto.

–¿Nos interrogan uno a uno?

–Será hija de alguien.

–Tendrá abogado.

Intenté hacer oídos sordos a los rumores, a favor y en contra. La puerta ya estaba abriéndose. La cara del agente, impertérrita, no mostró emoción alguna. Chica o no, atractiva o no, para ellos no éramos más que carne de cañón, los pringados que habían podido atrapar en medio del caos y el tumulto organizado por las guerrillas urbanas y los

grupos revienta-manifestaciones. Si formábamos parte de ellos o no era otra cosa. Estábamos allí, en la cárcel, así que por algo sería.

Ningún policía detenía a un inocente.

Ese era su argumento.

—Vamos —me soltó, igual que si me disparara, nada más cerrar la puerta del calabozo.

No miré hacia atrás.

Acompañé al agente por un pasillo, una escalera, otro pasillo y, finalmente, una especie de recepción, aunque desde luego era cualquier cosa menos eso. Allí me entregaron lo que me habían quitado al encerrarme: el reloj, el móvil, la documentación y hasta los cordones de las zapatillas deportivas, no fuera a ser que me diera por ahorcarme. Lo primero que hice fue comprobar la hora.

Suspiré, porque aún estaba a tiempo.

Luego comprobé si tenía alguna llamada.

Ninguna.

Ningún cliente con el que recuperar el pulso del trabajo.

No tuve mucho tiempo para ponerme el reloj, y menos para colocarme los cordones de las zapatillas. Me guardé la cartera y el móvil y seguí al agente a la fuerza, porque me tomó del brazo hasta conducirme a otra puerta.

La última.

Al otro lado me esperaba Alfredo Sanllehí.

—Toda suya, inspector —dijo el policía.

—Gracias.

Luego nos quedamos solos, nos miramos un breve, muy breve instante, y él echó a andar.

Tuve que dar tres pasos rápidos para ponerme a su altura, todavía con los cordones de las zapatillas en la mano.

No le veía desde poco antes del verano, cuando el caso del chantajista pelirrojo, y estaba como siempre, igual, elegante, serio, como si cada noche se congelara para descongelarse al día siguiente, o durmiera en una cámara hiperbárica. Parecía cualquier cosa menos un inspector de policía. Un tenista o un ejecutivo. Su atractivo residía en ello. Era parte de un mundo cerrado. Su mundo.

Impenetrable.

—Gracias —me rendí a los pocos pasos.

–Menos mal –suspiró Alfredo.

–Lo siento.

El silencio se mantuvo unos metros más, casi hasta llegar a la calle.

–No sabía a quién llamar –me excusé.

–No te preocupes. –Mi compañero se detuvo y miró a su alrededor–. Solo van a estar haciendo comentarios un par de semanas, hasta que se les pase.

–¿Tan malos son?

–Peor.

–Vaya. –Me sentí abatida.

–Bueno, por lo menos dirán que tengo buen gusto, porque lo de que eres mi prima no cuela.

Me ruboricé un poco.

Era la primera vez que me decía algo agradable, de hombre a mujer.

Y para alguien como yo, que no se siente atractiva, que se ve del montón, eso es importante.

Nos miramos el uno al otro, sin saber qué más decir.

–¿Vuelves adentro? –pregunté.

–No, es tarde. Me has pillado de milagro.

–¿No hay ningún asesino a quien perseguir? –quise bromear.

–¿No se te ha ocurrido pensar que estando tú en la cárcel hay menos riesgo de que pase algo?

–¡Lo sabía! –Me crucé de brazos, súbitamente seria y tensa.

–¿Qué sabías?

–Estás mosca.

–Una sutil forma de decirlo.

–¿Qué querías que hiciese, pudrirme ahí dentro en vez de llamarte?

–Sabes que no se trata de eso.

–¿Y de qué se trata? Ni que fuera un peligro público.

–Mira, Berta. –Se colocó delante y me taladró con ojos pálidamente agotados no exentos de dulzura–. Ya tiré la toalla con lo del loro y el tráfico de animales exóticos, y con lo del chantajista pelirrojo. Sé que no voy a poder contigo.

–Así que soy tu *peck in the neck*.

–¿Qué es eso?

–Tu grano en el cogote.

Alfredo Sanllehí soltó una bocanada de aire.

En sus ojos se acentuó el desasosiego que sentía.

–Un día te meterás en un lío de los gordos, te pasará algo, y entonces me sentiré culpable por no haberte impedido esta locura de jugar a detectives sin licencia y sin un mínimo de cordura profesional.

–Alfredo, sabes muy bien que o hago esto o me quedo sin nada, con mi padre metido Dios sabe dónde y la abuela y yo viviendo de beneficencia.

–Conseguirás que te maten.

–¡No seas melodramático!

–¡Esto no es un juego, maldita sea! ¡Ahí afuera –señaló la calle– hay gente que asesina sin pestañear!

–¡No te enfades! –Me desesperé.

–No me enfado –arrastró la penúltima vocal con un deje de impotencia–. Te respeto por lo que haces, sé que eres valiente y desde luego, nada tonta, pero soy inspector de policía.

–Eres mi único amigo.

Era casi una declaración de principios.

Otra larga mirada más.

–Adulto.

–¿Qué?

–Tu único amigo adulto.

–Sí, vale.

–Algo es algo. Aunque no sabía nada de ti desde hace un par de meses o más, ¿no?

–Estuvimos actuando en Cadaqués, y trabajo, en la agencia, ha habido poco.

–¿Por eso te dedicas a manifestarte y a pegarle a la policía?

–No es eso.

–Déjalo estar. –Levantó la mano para impedir que se lo contara–. ¿Dónde tienes la moto?

–En casa.

–Entonces te llevo, vamos. –Reanudó el paso.

–¿En serio? No pude creerlo.

–Sí, ¿qué pasa?

—No, no, nada. Es que...

—¿Prefieres coger el metro, o un autobús? Si te molesta que te vean con un *trajeao*... — usó el argot a posta.

—Que no, que no. —Troté a su lado en dirección al aparcamiento deseando ponerme los cordones de las zapatillas de una vez—. Es que me has pillado por sorpresa.

—He de ir por tu barrio, eso es todo.

—Ya.

Las miradas de algunos agentes de policía uniformados y de otros vestidos de paisano seguían convergiendo en nosotros. Alfredo las resistió estoico. Me di cuenta de que pasaba mucho de todo aquello.

Por primera vez me pregunté cuál sería el papel y la situación de Alfredo Sanllehí en el cuerpo de policía.

Era un buen inspector, de eso no cabía la menor duda.

Pero su hermetismo...

—Debes de estar pensando «menuda joya me ha caído encima».

—Menuda joya me ha caído encima.

—Venga, en serio.

—Todo te lo dices tú.

—¡Si es que me han trincado por...!

—Cállate y sube al coche. —Se detuvo junto a su vehículo oficial.

Me callé y subí al coche.

Treinta segundos después salíamos de la comisaría.

2

Esta vez aguardé a que fuera él quien rompiera el silencio, y mientras, me pasé los cordones por los agujeros de las zapatillas y me las anudé.

Lo hizo al detener el vehículo en el primer semáforo.

—He hablado con el agente al que golpeaste.

—¡Yo no le golpeé! —salté furiosa.

—Berta...

—¡Te digo que no lo hice! ¡Fue él!

—¿Brutalidad policial y todo eso?

—Lámalo como quieras, pero yo no hice nada.

—Pasabas por allí.

—Ay, Alfredo, no seas simple.

—¿Yo soy simple? —dijo incrédulo—. Lo que faltaba.

—¡Las cosas no son blancas o negras!

—Por lo general sí.

—¡Eres poli! ¿No sabes que todo tiene dos caras y que no puedes juzgar sin escuchar a las dos partes?

—Cuando una de las partes también es poli y la otra eres tú...

—Eso no es justo.

—Vaya por Dios, la inocente.

Arrancó el coche de nuevo.

—Vale. —Me crucé de brazos con los ojos encendidos—. ¿Y qué ha dicho Rambo?

—Ha dicho que dejaba el tema en mis manos y que no va a hacer nada.

—O sea que si le veo, he de darle las gracias.

—Exactamente.

—Joder... —gemí mirando por la ventanilla.

–Berta, la mayoría de personas se manifiesta pacíficamente. Solo al final quedan cuatro gatos que se dedican a romper cosas. Si estás ahí, estás ahí.

–No pudo ser una casualidad, ¿verdad?

–No –fue categórico–. Y sinceramente, no te veía a ti en esos líos.

–¿No puedo manifestarme cuando todo va mal? ¡Jo, que se trata del futuro de todos nosotros!

–Me refiero a que no te veía en plan guerrillera.

–¡Yo no rompía nada! –me enfurecí por enésima vez–. ¡Estaba en medio del caos cuando apareció ese...! –Me mordí la lengua pero acabé soltándolo–: ¡Ese gorila antidisturbios repartiendo golpes de porra a diestro y siniestro! –Estuve a punto de subirme la camiseta y bajarme el pantalón–. ¿Te enseñó el morado que debo de tener en el culo? ¿O crees que yo misma me he tirado sobre la porra?

–Le has agredido.

–¿Y qué querías que hiciese, que le dejara volver a darme en otra parte menos carnosa? Solo recuerdo que le he visto venir hacia mí y que he levantado la pierna. ¡Ha sido instintivo!

–Muy femenino –se puso sarcástico.

–Hombre, es que kárate no sé.

–Si llegas a darle de lleno...

–¿No los llevan forrados con placas de metal?

Alfredo volvió la cabeza hacia mí.

Llegó a esbozar una sonrisa.

–¡Encima ríete! –aluciné.

Mi compañero pareció rendirse. Olvidó el enfado, la seriedad, y se relajó de una forma gradual.

–De acuerdo, ahora en serio, ¿por qué estabas en mitad de ese tumulto? Según él rompíais escaparates, robabais cosas...

–¿Tengo pinta yo de robar algo?

–¿Y de romper un escaparate?

–Nunca he sido violenta, deberías saberlo.

–Perfecto, no hacías nada, te has visto envuelta en el lío y te ha pillado de improviso. ¿Por qué no has echado a correr al aparecer las fuerzas de asalto?

–No he podido –traté de ser convincente.

—¿Por qué será que no te creo?

—Otra vez no te llamaré —eludí el tema.

—No seas cría.

—Eres de los que piensa que los polis siempre tenéis razón.

—Soy poli —recordó—. Y formamos un cuerpo muy corporativista.

Me mordí el labio inferior.

—Mira, si hubiera podido llamar a casa para decirle a la abuela que tenía trabajo y no iba a verme el pelo, no te habría molestado a ti. Pero sin móvil... Creía que a los detenidos se les dejaba hacer una llamada.

—Erais demasiados.

—¿Qué quieres? Si estoy haciendo algo y la aviso, a ella no le importa, aunque lo pase mal y todo eso. Ya sabes que tampoco asimila muy bien esta nueva realidad, la situación en la que estamos, lo de papá, que yo le suplante...

Alfredo me miró de soslayo en el siguiente semáforo.

Me había quedado seria y triste.

—¿Tienes trabajo? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—¿Y el grupo?

—Vamos a grabar un disco.

—¿En serio? —Abrió los ojos, expectante.

—Autoproducido, no creas. Ahorramos parte de lo que ganamos en verano, aunque aún nos falta. Estos días tenemos un par de reuniones para hablar de ello. No es más que un primer paso.

—Me gustaría oírte.

—Pues ya sabes.

De nuevo puso la primera y aceleró. Ya no estábamos lejos de mi casa.

Quedaba muy poca conversación.

—¿Tu padre?

—Igual.

—¿Tu abuela?

—Igual.

—¿Tu madre?

—Igual.

—Tenía cáncer.

—Fui a verla después de lo del chantajista pelirrojo. No es que hayamos hecho las paces ni la haya perdonado, pero al menos trato de no odiarla por lo que hizo. Estamos en un... *impasse*, ¿se dice así?

—La mayoría de las personas solo quiere vivir y ser feliz.

—Ya, pero si eso implica hacer daño a los demás, qué quieres que te diga...

—¿Y tú? —formuló la pregunta que, seguramente, más le interesaba.

—Yo también estoy igual, supongo —me resigné—. A ti ya no te lo pregunto.

—¿Por qué?

—Te veo bien, como siempre.

—Son tiempos duros, hay más delincuencia a causa de la crisis.

—¿Asesinatos?

—No, eso no. Ahora la moda es la corrupción, el dinero que mueve el narcotráfico, lo que se paga por las influencias.

—Delitos de alto *standing*.

—Sí.

—¿Te fuiste de vacaciones? —pregunté de pronto.

—Sí —admitió Alfredo.

—¿A algún sitio bonito?

—A la India.

—¿En serio? —Le miré expectante—. Siempre he deseado ir allí. Tiene que ser... mágico.

—Lo es. Olores, colores, sensaciones... Todo es distinto, fuerte, intenso. Subí desde Bombay... bueno, ahora lo llaman Mumbai, y pasé por Adanta, Ellora, Jodpur, Udaipur, hasta Nueva Delhi, Benarés, que ahora lo llaman Varanasi, Amritsar, en el Punjab, Katmandú, en Nepal y, finalmente, el Tíbet, Lhasa, el Himalaya...

—Qué pasada.

—Sí.

—¿Tienes fotos?

—Claro.

—Pero no las llevarás encima.

—No.

—¿Ni en el móvil?

—Nunca hago fotos con el móvil. Para eso tengo una buena cámara.

En las fotos quizás le habría visto con alguien.

Pero no le pregunté con quién había viajado.

El hombre misterioso.

Llegábamos a mi calle. Ya era tarde para iniciar cualquier otra conversación. Contemplé la familiaridad de las casas, mi ambiente cotidiano, el barrio, las tiendas, los lugares comunes de mi niñez y mi adolescencia.

A veces una experiencia cambiaba a las personas. Por ejemplo, haber estado en un calabozo.

Alfredo Sanllehí detuvo el coche.

Pensé que si alguna vecina me veía bajar de él, en unas horas todo serían rumores.

—Gracias. —Puse una mano en el tirador de la puerta.

—Oye.

—¿Qué?

—Si no me hubieras llamado, me habría enfadado.

—Vale —me sentí aliviada.

—No te metas...

—En líos, lo sé. —Acabé de abrir aquella puerta.

Nunca sabía si darle la mano, un beso en la mejilla...

¿Qué hacían los amigos?

Aunque uno tuviera quince años más.

Un minuto después, cuando el coche de Alfredo ya no estaba a la vista, yo seguía de pie, en la acera, mirando el lugar por donde había desaparecido.

Me llevé una mano al trasero.

Caray, cómo me dolía.

3

La abuela apareció en el pasillo antes de que pudiera dar tres pasos y se me quedó mirando con ojo crítico.

—Hola, abuela. —No pude evitarla.

Primera pregunta:

—¿Has cenado?

—No.

Segunda pregunta:

—¿De dónde vienes? Hueles fatal.

Yo ya ni me acordaba, y Alfredo, en el coche, no lo había mencionado.

Tan educado y correcto.

—Hay lugares que apestan, ya lo sabes —me excusé.

Tercera pregunta, esta múltiple:

—¿Has estado por el centro? ¿Has visto la manifestación? En el telediario han dicho que ha habido muchos disturbios.

Tuve ganas de meterme en el baño, pero ella me cortaba el paso.

—No he estado en el centro —mentí—. Los del grupo nos hemos reunido en un bareto. Y hasta ahora.

El nuevo ataque fue más habitual, y remitió a la primera de las preguntas.

—¿Qué te hago?

—Ya me prepararé un bocadillo yo misma, deja.

—¿Qué te hago?

—Una sopa y una tortilla con harina —me rendí.

—Seca.

—Sí.

—Cinco minutos.

Se metió en la cocina y acabó el bombardeo.

A veces, más que agobiarme conseguía aturdirme.

Me sentí culpable y me refugié en el cuarto de baño. Gracias a Alfredo, me había evitado un buen marrón. Imaginarme a la abuela en comisaría tratando de sacarme del calabozo era peor que cualquier pesadilla. Para ella, la ley era sacrosanta. Si uno acababa en la cárcel, era por algo. No había medias tintas.

Sí, la abuela y Alfredo serían muy buenos amigos si un día intimaban.

Algo impensable.

Me quité la ropa que, desde luego, olía fatal, y la puse en el cesto de la ropa sucia. Luego me desnudé del todo y examiné el golpe de mi trasero. La carne ya se estaba poniendo cárdena. Luego pasaría por diversas coloraciones, violácea, amarilla, morada y marronosa, antes de acabar siendo tan solo un mal recuerdo.

Me pregunté cómo tendría la entrepierna mi amigo el antidisturbios.

Porque le había cazado bien, eso sí.

Me puse el albornoz y salí del baño para meterme en mi habitación. Todavía hacía calor, así que me limité a vestir con una camiseta y unos pantalones cortos. Salí descalza y lo primero que me dijo la abuela al verme fue:

—Vas a pillar un resfriado. ¿Cuántas veces he de decirte que los pies hay que tenerlos calientes, que por ahí se va todo?

Estuve a punto de dar media vuelta, volver a entrar en la habitación, calzar las zapatillas de estar por casa y resignarme.

Pero no lo hice.

Seguía combativa.

Así que continué mi camino y me colé en la habitación de papá, tal y como tenía pensado, sin siquiera ponerme a discutir. A veces comprendía que la abuela no tenía la culpa de cómo se habían torcido las cosas y que difícilmente iba a cambiar a sus años.

La convivencia era tan básica como necesaria, y yo, por mí misma y sola, estaba obligada a sacar adelante la casa.

Aunque me metiera en líos, como decía Alfredo.

Me senté junto a papá y me incliné sobre él. Lo primero, por estúpido que pareciera, ver si respiraba. No siempre me daba esa impresión. Que pudiera hacerlo por sí mismo en lugar de tener respiración asistida ya era un milagro. Una vez comprobado esto, le cogí la mano por si quería comunicarse.

A lo largo de todo el verano, el intercambio había sido mínimo.

—Papá.

Primero le rocé la palma, después el dorso. Por último se la golpeé con el dedo, como si llamara a una puerta que jamás se abría, pero de la que, desde el otro lado, a veces obtenía respuestas.

—Papá, estoy aquí.

Un pequeño roce.

Nada más.

Esperé unos segundos, hasta que comprendí que eso era todo. En casos así, no insistía. Entonces me incorporé, le besé en la frente, le acaricié las mejillas y me retiré.

En días como aquel, hubiera necesitado hablar con él.

A veces lo hacía, yo sola, sabiendo que, a pesar de su estado, estuviera donde estuviera, me escuchaba.

Pero no esa noche.

No quise ir ya a la cocina y soportar nuevas quejas del repertorio de la abuela, así que regresé a mi habitación a la espera de que ella me llamase. Cerré la puerta y cogí el móvil.

De pronto, tenía dos llamadas perdidas.

El tiempo de ir al baño y estar con papá y tenía dos llamadas perdidas.

Una era de Lucas. La otra de un número desconocido.

Pensé en telefonar a mi cliente para informarle de lo sucedido, pero cambié de idea. Tampoco hice caso, de momento, del número desconocido. Lo primero era atender a mi compañero y amigo del grupo, que debía de estar enfadado por mi ausencia del ensayo.

Cuando se estableció la comunicación, lo primero que escuché fue un gruñido.

—Jo, tía, ¿qué ha pasado?

—No he podido avisar, lo siento.

—Estos días son importantes.

—Ya lo sé —mantuve el tono de voz lo más bajo que pude—. He estado en la cárcel.

—¿Qué dices? ¿Por qué hablas casi en susurros?

—Digo que he estado en la cárcel, por lo de la mani, y no puedo hablar más alto, que estoy en casa.

A Lucas se le pasó el enfado. A fin de cuentas, estaba enamorado de mí y podía perdonármelo todo.

—¿Te han detenido? ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño? ¿Qué has hecho? —Se alarmó disparándome todas las preguntas de golpe.

—Ha sido un marrón, pero estoy bien, tranquilo. Me he visto metida en el lío, un antidisturbios me ha dado con la porra y yo me he rebotado.

—¿Cómo que te has rebotado?

—Le he dado a él.

—¿Estás loca? ¡Podía haberte matado!

—No ha pasado nada, Lucas. —Me arrepentí de habérselo dicho—. Me han detenido y me han soltado en un par de horas, eso es todo.

—¿Y qué hacías tú en la mani?

¿Le decía que estaba trabajando? No, nunca contaba a los del grupo lo que hacía ejerciendo de detective. Cada cosa en su lugar. De alguna forma éramos compañeros con un proyecto más que amigos con un sueño. Y además, Lucas era Lucas, el mismo que me proponía formar un dúo electro-acústico y mantenía aquella secreta esperanza de que, un día, me decidiera por él.

Extraña cosa, el amor.

Sobre todo cuando era unidireccional.

—Pasaba por allí —dije escuetamente.

—Yo también quería ir —confesó el teclista—, y mi hermano, pero el ensayo... Berta —se puso serio—, si vamos a grabar ese disco tenemos que ensayar más, lo sabes, ¿no?

—Ya lo hemos hablado, sí, lo sé. Eso y la pasta —suspiré abatida.

—Tranquila.

—Todos habéis puesto vuestra parte menos yo, ¿crees que no lo sé?

—Puedo...

—Lucas, no.

—Vale.

—Oye, tengo que colgar. Hazme un favor, no se lo cuentes a los demás. Ya hablaremos luego. Tampoco quiero ponerme a hablar de mis cosas por teléfono estando en casa y con la abuela aguzando el oído, que será mayor, pero lo que es sorda... de eso nada.

—Mañana no faltes o habrá cabreo general.

—No faltaré.

—Recuerda que nos vemos con DJ.

—Lo recuerdo muy bien, descuida.

El último silencio.

–Gracias, Lucas –me despedí.

–¿Te duele?

–Solo cuando me siento.

–Vale, hasta mañana.

Colgamos al unísono y me quedé pensativa unos segundos.

La puerta se abrió en ese momento, sin que la abuela se molestara en avisar.

–La cena –dijo.

Y se retiró antes de que pudiera reprocharle la intromisión.

Había días en los que era mejor callar.

Ni siquiera comprobé el buzón de voz antes de salir tras sus pasos.

Llegué a la cocina y me senté en mi silla. La sopa estaba humeante y la tortilla como me gustaba, seca, con harina, de forma que más que una tortilla parecía una torta, la base de un burrito mexicano. La abuela le había puesto unas pintitas de chorizo para darle más sabor.

–Sé que no has tenido mucho trabajo últimamente –se arrancó de pronto.

Casi me atraganté. Si me había oído hablar con Lucas de dinero, también habría oído lo de mi detención. Opté por no meterme en problemas y divagué la respuesta.

–En verano la gente está de vacaciones. Ahora empezarán a llamarme, ya verás.

–No sé si es mejor eso o que no te metas en esas investigaciones atroces.

–No lo hago mal, y total, suelen ser casos poco complicados.

–Eso es lo que me cuentas tú, que hablar, lo que se dice hablar, hablas poco.

–¿Y qué quieres que te cuente, abuela?

–Por ejemplo lo de ese disco que vais a grabar.

–Te dije que lo resolveríamos en estos días, ¿no?

–¿Pero tú has puesto ya tu parte? –metió el dedo en la llaga.

–Me falta muy poco, y ya te digo que ahora habrá más trabajo. Papá siempre decía que al acabar el verano había más cuernos, más seguimientos, como si se terminara la tregua estival o lo que hubiera pasado en esos meses y las nuevas relaciones empezaran a dejar huella en lo bueno y en lo malo.

–¿No me dijiste que en verano habías seguido a un par de rodóriguez?

–Sí, también.

–Escucha, Berta. –La abuela se sentó frente a mí y unió las dos manos sobre la

mesa—. Si un día lo necesitamos... yo tengo cosas que empeñar o vender, mi anillo de casada, la gargantilla, las medallitas de mi madre, que son de oro...

—¡No seas tonta!

—Berta, que llevo ya muchos años años viuda. Un anillo no es gran cosa mientras los recuerdos los lleves en el corazón. Y no seré menos viuda por eso.

—Eres una roca.

—Has visto pocas rocas, tú.

—No te preocupes, ¿vale?

—Vale —asintió—, pero tú no hagas tonterías.

—Ya sabes que no las hago, que me sé cuidar.

No había mucha fe en la mirada final.

Luego la abuela se levantó y continuó haciendo cosas, limpiar esto, ordenar aquello, dejarlo todo a punto para el día siguiente. Una vez cumplido el ritual, puso la televisión.

Lo primero que apareció en pantalla fueron los disturbios derivados de la manifestación.

Grupos de jóvenes con las caras tapadas o los embozos de las capuchas calados hasta los ojos, policías con escudos y cascos cargando con las porras en alto. Los primeros tiraban piedras, cócteles molotov o movían contenedores de basura. Los segundos disparaban balas de goma o lanzaban botes de gas.

Se me paró el corazón.

¿Y si salía por la tele?

Yo había ido a cara descubierta.

—¡Qué bestias! —exclamó ella.

No supe si lo decía por unos, que rompían escaparates y saqueaban una tienda de ropa, o por los otros, que descargaban sus porras con toda violencia sin mirar mucho dónde lo hacían.

Instintivamente, me llevé una mano al trasero.

Las imágenes mostraron otra tienda.

La misma en cuyo exterior había sido detenida.

Tragué saliva.

—¿Por qué hacen estas cosas? —insistió la abuela—. ¡Si lo que piden es justo! No necesitan poner su rabia al servicio de la violencia. Así no consiguen nada, al contrario, se desautorizan ellos mismos.

Una chica más o menos de mi edad era arrastrada por dos antidisturbios. Uno la tiraba del pelo. Otro evitaba sus puntapiés agarrándola por un brazo. La joven se debatía con desnudo y los escupía. Quizás sin la manifestación de por medio, sin el equipo policial que les tapaba el rostro y los hacía invisibles y habiéndose conocido en otra parte, ella y uno de ellos se hubieran enamorado.

Un pensamiento estúpido.

Acabó la información y respiré aliviada.

–Voy a mi habitación –me despedí de la abuela.

No me preguntó si iba a trabajar con el ordenador, a leer, a escribir alguna canción, tocar la guitarra o dormir. Solo dijo:

–Buenas noches.

Me sentí a salvo al cerrar la puerta y aislarme, bañada por el silencio y la paz de mi pequeño universo. No es que una simple hoja de madera fuera una barrera insalvable para mi contumaz abuela, pero al menos estaba segura de que ya no me molestaría, salvo que me dieran las dos o las tres de la madrugada haciendo algo, ella se levantara y viera luz por debajo de la puerta y entrase para ver si me encontraba bien o me había quedado dormida sin apagarla.

Recogí el móvil y miré el número desconocido.

Ojalá tuviera suerte.

Marqué el 123 y esperé.

–Tiene un mensaje nuevo –dijo la voz pregrabada de la mujer de la telefónica–. Mensaje número uno, recibido hoy, a las... –Crucé los dedos y esperé. Otra voz, esta de hombre, ocupó mi horizonte auditivo y casi me hizo gritar de alegría a las primeras de cambio–: ¿Agencia de detectives Mir? Mi nombre es Javier Salas. ¿Podrían llamarme lo antes posible a este número? Necesito sus servicios y... Bueno, a este número o al fijo, 931 111 111, aunque en ese caso mejor que sea a la hora de comer o a la hora de cenar. Es urgente, gracias.

Trabajo.

Aunque faltaba que el cliente aceptara las condiciones, la invisibilidad de Cristóbal Mir.

Comprobé la hora.

Demasiado tarde ya.

Así que eso sería lo primero que haría al día siguiente.

4

Por la mañana, al abrir los ojos, sentí por un momento que el mundo se me venía encima.

Con todo su peso.

Papá inmóvil, mamá luchando contra el cáncer, la severidad de la abuela, los pocos casos de los que vivía la agencia, la futura grabación del disco que no podía financiar...

A veces tenía que ser muy fuerte.

A veces.

Y esa mañana no era precisamente una de ellas.

Me incorporé y lo primero que sentí, a traición, fue un ramalazo de dolor que, procedente de mi trasero, me inundó el cuerpo y aterrizó como un gigantesco avión en mi cerebro. El calambre me dejó tiesa.

—Espero que a ti te duelan tanto los huevos como a mí tu porrazo, cerdo —rezongué con rabia.

Conseguí bajar de la cama y ponerme en pie. Necesitaba un buen masaje, y no tenía a nadie a quien pedirselo. Ni siquiera a Alejandra, que estaba allí para cuidar a papá, no a mí, aunque seguro que me lo daría sin problemas.

La ducha bajo la cual me pasé diez minutos me alivió considerablemente. El resto lo hizo el calor de mis músculos entrando en acción. Para cuando me hube vestido y salí al mundo, ya no caminaba encogida ni vacilaba sometida a las punzadas de dolor. Pensé en llamar de inmediato a mi futuro cliente, pero opté por hacerlo desde la calle, a solas, para mayor seguridad.

Alejandra todavía no había llegado, así que me senté al lado de papá y le tomé la mano a solas y en silencio.

—Papá.

El roce, esta vez, fue inmediato.

–Buenos días. –Me animé por completo.

El dedo índice de la mano, con el cual me hablaba, dibujó dos letras en mi palma abierta.

«B.D.»

Buenos días.

–¿Qué tal estás? –susurré, sabiendo que era la más absurda de las preguntas.

«C.N.S.D.»

Cansado.

El dedo siguió trenzando signos.

«H.C.S.L?»

Ya habíamos conseguido sintetizar al máximo, como si habláramos en clave.

–Sí, hace sol –dije sin saber si era cierto o no.

«B.N.»

Bien. Mejor sol que lluvia.

Le acaricié la mano y se la besé. Después hice lo mismo con su frente y su mejilla. Mientras le hacía sentir mi amor a través de aquel contacto, escuché el ruido de la puerta del piso al abrirse y cerrarse.

Alejandra ya estaba allí.

Había tenido mucha suerte al encontrarla.

–Llega tu cuidadora –le dije a él.

No hubo respuesta, así que dejé su mano.

No quería que el tal Javier Salas se buscara otra agencia por no devolverle la llamada a tiempo.

Encontré a la asistenta cambiándose de ropa en el pequeño trastero que utilizábamos como desahogo casero. La colombiana ya se estaba abotonando la bata.

–Buenos días –la saludé.

–Buenos días, señorita. ¿Cómo amaneció?

Siempre el mismo ritual, las frases hechas, tan llenas de encanto y sencillez.

–Bien –respondí.

–Ah, me alegro.

–Papá está comunicativo hoy.

–¿Sí? Voy enseguida.

–Gracias.

La dejé rápidamente y pasé por la cocina, para desayunar algo y marcharme cuanto antes. La abuela ya estaba allí, de guardia, dispuesta a controlar que no me fuera con el estómago vacío.

—¿Te preparo...?

—Tomaré cereales y leche —la detuve—. Y no me digas que eso no es sano porque tienen fibra y es lo más sano que hay.

—No digo nada. —Se hizo la ofendida.

Yo misma cogí la caja de los cereales y la botella de leche. Llené el plato con lo primero y luego lo rocié profusamente con lo segundo. La leche se tiñó de color chocolate. No estaba bien que me lo zampara de pie, así que hice la última concesión, aunque masticando rápido y tragando con fiereza.

Cuando la abuela se me sentó delante, supe que iba a comunicarme una idea de las suyas.

Ella también seguía rituales, las manos sobre la mesa, el rostro serio, la mirada directa.

—Berta.

—¿Qué?

—Podrías trabajar en la tienda de la señora Amalia.

—¿Yo? —Casi me atraganté con la idea.

—Ella misma me lo ha dicho, y como no tiene hijos, algún día...

—Abuela, ¿qué pinto yo en una tienda?

—Es más seguro que lo que haces.

—Y da mucho menos.

—Cariño, no siempre podremos tenerle aquí. —Dulcificó su gesto.

—Mientras yo pueda, sí. Papá no irá a un hospital.

La abuela acabó por venirse abajo.

Durante unos segundos, fue la anciana venerable que cualquiera espera, dulce, cariñosa, tierna y adornada con una amorosa sonrisa.

Me tocó la mejilla con una de sus manos arrugadas.

—Te pareces tanto a él —dijo.

—De tal palo, tal astilla.

—Es más que eso —convino.

—Soy buena haciendo de detective, ¿sabes? Quizás no emplee métodos muy ortodoxos, puede que me pase y me comprometa demasiado, pero soy buena. —Me

aferré a la cuchara mientras me la llevaba a la boca—. Así que confía en mí, tranquila. No pasará nada.

—Ya lo sé, pero...

—Anoche llamó un cliente. —Ataqué los restos del plato—. Hoy estaré liada, ¿vale?

—Vale.

—Venga. —Me puse en pie—. Y sal, que te dé el aire. Estás blanca.

—Es mi color de piel, ¿cuántas veces he de decírtelo?

—Desde luego...

—¿Qué? —se mosqueó.

—Si yo me parezco a papá, también debo de parecerme a ti, que para algo eres su madre, ¿no?

—De mí no tienes nada —afirmó llena de templanza.

—A veces, la mala leche —sonreí.

No me acompañó.

Le guiñé un ojo, le di un beso en la mejilla y salí disparada antes de que me liara con otra de sus ideas geniales o lanzara una de sus protestas llenas de buen juicio.

La tienda de la señora Amalia.

Yo vendiendo electrodomésticos.

Bajé a la calle y ya no esperé más. Tenía el móvil en la mano y, al salir del portal, no hubo nadie que me parara para preguntarme por papá. Un milagro. Devolví la llamada al número del tal Javier Salas y esperé.

La voz del hombre contestó antes de que se extinguiera el segundo zumbido.

—¿Sí?

—¿Señor Salas?

—El mismo.

—Me llamo Berta. Trabajo en la agencia de detectives a la que usted llamó ayer.

—¡Oh, sí, gracias! —El tono de ansiedad reapareció, igual que al dejar su mensaje en el buzón de voz—. ¿Cuándo podríamos vernos?

—Esta misma mañana si lo desea.

—¿En un par de horas? He de terminar un trabajo.

—Por mí está bien. ¿Sabe las señas?

—Sí, calle Madrazo, con Vía Augusta. ¿Estará el señor Mir?

Era el momento crucial de todos los casos. Contar la mentira. Y hacerlo de manera

que resultara convincente.

—Verá, señor, he de decirle que las normas de la agencia son muy estrictas en este sentido. Con el objeto de que el señor Mir trabaje de incógnito y con la discreción más absoluta, casi en secreto, los clientes nunca lo ven. Yo soy su enlace. Los clientes me cuentan a mí lo que desean que se investigue, y yo le paso a él los datos. Este sistema asegura un cien por cien de efectividad profesional, se lo aseguro, porque además solo acepta un caso cada vez.

Crucé los dedos una vez más.

—Bien, bien... —se rindió el hombre—, si dice que es lo usual y que eso garantiza... Por mí de acuerdo, claro. ¿Dos horas?

—Dos horas.

—Gracias y buenos días —se despidió de mí.

Dos horas. Eso me daba margen para resolver el caso del día anterior. El maldito caso por el cual yo había acabado apaleada y en un calabozo, rescatada por mi amigo y caballero andante Alfredo Tío Serio Sanllehí.

Subí a la moto, me encasqueté el caso y salí zumbando justo a tiempo de evitar que una vecina se me acercara con carita de pena, la misma que ponía siempre al preguntarme si papá «mejoraba». Ya no sabía cómo decirle que papá no iba a mejorar nunca.

Nunca.

Dios... cómo aborrezco las palabras totalitarias del tipo «siempre», «jamás», «nunca»...

Llegué a la sucursal de La Caixa, que era mi destino, en menos de diez minutos. Aparqué la moto y crucé el umbral con la misma sensación que me invadía siempre al entrar en un banco: recelo. Por un lado, allí había dinero, millones, pero no para la gente que lo necesitaba. Por el otro, me sobrevénía el temor de que iban a asaltar justo aquella oficina en la que yo me encontrase inocentemente.

Y con mi suerte, acabaría de rehén de un drogata pirado.

Fui hasta el fondo y me detuve frente a una mujer que protegía el acceso al cubículo del director de la sucursal. No era una secretaria, pero se comportó como tal.

—Vengo a ver al señor Subirana —le dije.

Supongo que primero tenía que haber dicho «buenos días» y después haber preguntado cortés y educadamente por el «señor director», incluso inquiriendo si estaba

disponible pese a ver perfectamente al otro lado de los cristales de su despacho que estaba atendiendo a una pareja.

La mujer me miró como si todo el dinero de la sucursal fuera suyo y yo le pidiera un crédito para casarme y tener una luna de miel en el Caribe.

—¿De parte?

—Berta Mir. Es un asunto privado. Me está esperando.

—Tendrá que aguardar unos minutos. —Me señaló una aséptica silla ubicada junto a la pared de su derecha, a unos cinco metros de ella y otros tantos de dos mesas en las que se atendía a más clientes, un hombre solo y una segunda pareja de mayor edad.

—Gracias —me resigné.

No fueron unos minutos. Fueron más. Exactamente veintitrés. Mientras tanto, supe que al hombre se le negaba un crédito con el cual hubiera podido mantener su empresa, a pesar de ser un buen cliente que jamás le había fallado al banco. Por lo visto, su empresa estaba en riesgo. Lo que vendía no era rentable ni seguro. El hombre insistió diciendo que naturalmente que estaba en riesgo, pero por culpa de la negativa de la entidad a ampliarle su línea de crédito. Sus ruegos chocaron con la impasibilidad de su interlocutor. «No era cosa suya», alguien «de arriba» daba las órdenes, los ordenadores decían... calificaban... evaluaban...

Los ordenadores.

Una máquina decía que él no era de fiar.

A la mujer, en cambio, lograron venderle un fondo de pensiones «seguro», aunque de baja, muy baja rentabilidad, para sus magros ahorros. Vamos, que era ella la que tenía que dar las gracias y pagar al banco por hacerle el favor.

Se me revolvió el estómago.

Veintitrés minutos después, el director de la sucursal, Carlos Subirana, despidió a la pareja, que tampoco salía de allí tocando las castañuelas, a tenor de sus caras.

Al verme, alzó las cejas.

—Pase, pase. —Movié la mano sin esperar a que la mujer me anunciara.

Hice lo que me pedía.

La primera y única vez que nos habíamos visto, él había acudido a la agencia para contratar «nuestros» servicios. Por su urgencia, yo le devolvía la visita a su despacho. Antes de que me sentara en una de las sillas me increpó con cierta ansiedad.

—Esperaba que me llamara ayer por la noche.

—No pude. —Aterricé en la silla.

—Ya, pero...

—Estaba en la cárcel, señor.

—¿Cómo? —Frunció el ceño.

—Le dije que tratándose de seguir a su hijo, y más acudiendo a una manifestación, lo haría yo misma, no el señor Mir. Y fue lo que hice.

—Entonces... —Se preocupó todavía más.

—Tenía razón. Primero formó parte de la manifestación, como todos, pero poco a poco sus gritos dejaron de corear las consignas más o menos oficiales. Luego se juntó con un grupo en un lugar que estoy segura de que había sido concertado con anterioridad, o sea que de casualidad, nada. Allí se reunieron unos cincuenta. Entonces ya se fueron al otro extremo, sacaron las capuchas, los pasamontañas y algunos también lo que llevaban en las mochilas, que no eran precisamente rositas para echarles a los antidisturbios.

—¿Actuaron con... violencia?

—¿No vio los resúmenes de las noticias de anoche?

—Sí.

—Acabaron en Las Ramblas arrasándolo todo, destrozando escaparates, tiendas, pegando fuego a contenedores... Y su hijo formó parte de ello, en primera fila, siento decírselo. Yo me mantuve lo más cerca que pude, así que vi cómo entraba en una tienda y se convertía en una máquina arrasando todo a su paso.

—¿Mi... hijo? —No pudo creerlo.

—Su hijo.

—Dios...

—Traté de mantenerme lo más cerca de él que pude, por si venían mal dadas, pero a la que acabaron dando fue a mí. Me descuidé y me cayó una especie de tanque armado con una porra encima.

—¿Le agredió?

—Podría enseñarle el aspecto del golpe si no estuviera en una parte delicada de mi anatomía —dije sin ninguna ironía—. Tras eso me revolví con más miedo que buen juicio, le di yo a él y acabé en la cárcel.

El director de la sucursal se dejó caer hacia atrás y se apoyó en el respaldo de su silla.

Estaba anonadado.

—Lo siento —balbuceó.

—No se preocupe. Gajes del oficio. Para eso nos pagan. Su hijo, al menos, tuvo suerte. Se fue de rositas. Pero usted tenía razón: un santo no es. Al menos ayer mostró una violencia extrema. Y no digo que no tengan razón en protestar. Yo misma habría ido a manifestarme si no hubiera tenido que estar allí por trabajo. Pero lo que vi fue bastante desagradable. Parecían una panda de locos sedientos de sangre, y las cosas no creo que funcionen así.

Carlos Subirana bajó la cabeza.

Dejó transcurrir unos segundos.

—Gracias —musitó rendido.

—¿Quiere que vuelva a seguirle?

—No, no es necesario. Ya no. Hablaré con él.

—Es su padre. Le será difícil.

—¿Qué edad tienes? —Me tuteó por primera vez.

—Dieciocho. —Y agregué para darme un poco más de nivel—: Pero cerca de los diecinueve.

—¿Cómo te llevas con tu padre?

—Muy bien.

Evaluó mi respuesta.

Luego paseó una mirada por su despacho, aséptico, impersonal, y más allá de él por la sucursal, fría, llena de clientes haciendo cola, ancianos a la espera de que les actualizaran sus libretas, clientes pidiendo créditos imposibles.

—¿Qué te debo? —Alargó la mano para coger una chequera.

—¿No quiere un informe escrito, la factura...?

—No, da igual.

Le dije el importe restante, añadido al anticipo que me había dado el día anterior, y vaciló al escribir la cantidad.

—¿Eso incluye las horas de cárcel y los problemas que puedas tener?

—No —respondí—. Usted no tiene por qué pagar mis errores. Fui yo la que se descuidó.

—Pero lo hiciste para protegerle a él.

—Sí.

Entonces escribió la cifra, al alza, redondeándola.

Después de todo, un buen tipo.

Él no daba o negaba los créditos. Lo hacían «los de arriba», las máquinas.

Me tendió el cheque y lo recogí.

–Gracias.

–A ti. –Me sonrió con la tristeza de padre frustrado.

Le estreché la mano y eso fue todo.

Un caso con poco dinero, aunque todo ayudaba, del que salía con un cardenal y un rescate por parte de mi ínclito Alfredo Sanllehí.

Por lo menos no me aburría.

5

Disponía de tiempo para ingresar el cheque en mi banco, llegar a la agencia y esperar a mi nuevo cliente, Javier Salas, así que no puse la moto a todo gas ni me metí por entre los coches, como solía hacer siempre. Un vespino tampoco da para muchos alardes. Lo del banco fue rápido. Para llevar pasta no hay problemas. Otra carrera en moto y cuando aparqué en los bajos del edificio, más bien feo y con un ángulo muy agudo que se proyectaba sobre la confluencia de Madrazo con Vía Augusta, subí la escalera de manera distraída, envuelta en mis pensamientos.

Casi tropecé con ella.

Estaba sentada en el último escalón antes de mi rellano, con las piernas muy juntas, las manos unidas, la carita seria. Llevaba falda y una blusa, el cabello recogido en una cola y zapatillas deportivas de marca. Un bolsito colgaba de su hombro derecho. Tendría unos doce años.

—Hola —dije insegura.

Me miró esperanzada.

—¿Eres de la agencia de detectives? —me preguntó.

—Sí.

—Bien. —Se puso en pie sin cambiar mucho su expresión.

En el edificio no había portero. La puerta de la calle solo podían abrirla los ocupantes de los distintos despachos, porque allí todo eran oficinas. Por lo tanto, había subido con alguien que se había fiado de ella.

Cualquiera podía fiarse de una niña de doce años.

—¿Hace mucho que esperas? —Saqué la llave para abrir la puerta.

—Un poco.

—Tenías que haber llamado. Igual no viene nadie en todo el día, porque solemos estar en la calle, ¿sabes?

—No sé cómo van estas cosas. —Bajó la cabeza.

—Anda, pasa. ¿Vienes sola?

—Sí.

Cerré la puerta y le mostré una de las sillas. Yo dejé el casco en la entrada y me apresuré a ocupar mi lugar en el despacho. A pesar de los meses que llevaba suplantando a papá, todavía me impresionaba sentarme en su butaca. Ya no me consideraba una intrusa. Como mucho una superviviente. Pero el efecto no dejaba de ser el mismo. Hasta el atentado que casi le costó la vida, jamás hubiera imaginado siquiera tener que echarle una mano en una investigación. Y ahora la que las hacía era yo.

Demencial.

—¿Cuántos años tienes? —quise cerciorarme.

—Doce y medio.

Mi inesperada visitante tenía doce años, sí. Y medio.

Ella, una cría menor de edad y yo sin la menor idea de si podía atenderla como clienta, si era legal, si...

—¿Cómo te llamas?

—Berta.

—¿Ah, sí? —Levanté las cejas.

—Berta Blanch.

—Yo Berta Mir.

—¿Como el detective?

—Es mi padre, pero él siempre trabaja en secreto. Si vienes para encargar una investigación, tienes que hablar conmigo. Soy su enlace. Eso garantiza...

—Bien —me cortó el rollo.

—¿Quieres un vaso de agua?

—No.

Yo sí, me moría de sed, pero no quise levantarme y romper el pequeño equilibrio emocional que se estaba fraguando entre las dos, basado en una lenta proximidad. A fin de cuentas, yo no era «el detective», sino su hija.

Solo algo mayor que ella.

La estudié un poco mejor.

Pese a su seriedad, era graciosa, muy guapa, aunque todavía por estallar en su preadolescencia infantil. Senos apenas intuidos, manos delicadas, piernas largas y

bonitas, labios perfectamente delineados y de un suave tono rosa, ojos grandes aunque tristes. Ninguna joya, ni pendientes, ni pulseras, ni tampoco abalorios en las muñecas. Lo único, un relojito de color violeta, cien por cien moderno.

—¿Qué podemos hacer por ti? —me lancé.

Y me lo dijo.

—Quiero que busquen a mis padres.

Sonó la mar de fácil.

Yo me quedé sin aliento.

—¿Quieres que busquemos... a tus padres? —repetí como el loro de mi clienta más curiosa.

—Sí.

Sostuve su mirada. O más bien ella sostuvo la mía.

Impertérrita.

—Necesito un vaso de agua. —Me rendí.

Me levanté, fui a nuestra minicocina, abrí la neverita, maldije por no haber llenado la botella del agua y no tuve más remedio que servirme del grifo. Lo apuré enteró y, por si acaso, regresé con él nuevamente lleno al despacho, donde Berta Blanch me esperaba sentada como una buena estudiante, espalda recta, mirada al frente, el bolsito en la mesa.

Doce años y buscaba a sus padres.

Tuve un mal presentimiento.

Pero ya era tarde para echarse atrás.

—¿Vives sola, con una abuela, una tía...? —le pregunté.

—No, vivo con mis otros padres.

Me senté otra vez en mi lugar y dejé el vaso sobre la mesa.

—Será mejor que me cuentes la historia. —Me rendí.

—Bien.

—Desde el principio, sin omitir ningún detalle.

—Fue hace dos años —empezó igual que si recitara una lección de historia—. Tuve una enfermedad, me hicieron un montón de pruebas, y al final el médico dijo que podía ser algo genético, hereditario —hablaba con tono de listilla, pero en modo alguno resultaba repipi, al contrario—. Cuando el doctor quiso hacer pruebas a mis padres, ellos no tuvieron más remedio que contar la verdad, primero a mí, y luego al médico: yo era adoptada. Luego resultó que lo mío no era algo tan grave y me curé, pero para entonces

ya no había vuelta atrás. Hablamos mucho, insistieron en que yo era su hija, que no importaba que no llevara su sangre, que me querían igual... Yo también les quiero a ellos, ¿sabes? –Sus ojos se iluminaron con un destello–. Pero en estos dos años...

–Te ha entrado la curiosidad.

–Sí –admitió.

–¿Para qué quieres encontrarlos?

No me respondió de inmediato, se tomó su tiempo.

Sin dejar de mirarme a los ojos.

–No sé. –Mostró una grieta en su entereza.

–¿Quieres saber por qué te entregaron en adopción, si tu madre era soltera y él la dejó en la estacada, si te quería pero no podía mantenerte, si te robó una monja como esa del escándalo...?

–No me robaron, pero en cuanto a lo otro... sí En cuanto a lo otro.

Pensé en decirle que no, que aquello se nos escapaba de las manos, que no era como seguir a un marido infiel, que buscar a unos padres perdidos, o a una madre, después de doce años, era como tratar de encontrar una aguja en un pajar.

Y que además costaría mucho dinero.

–No creo que sea muy difícil dar al menos con mi madre –dijo Berta Blanch.

–¿Ah, no?

–Lo malo es que yo sola no puedo hacerlo.

–¿Por qué dices que no va a ser difícil?

–Mis padres adoptivos me contaron que yo era la nieta de su asistente. Su hija se había quedado embarazada y era menor de edad. No sé nada más, los motivos que la impulsaron a entregarme... Me costó mucho que me lo dijeran, pero al final, ante mi insistencia, no tuvieron más remedio. Ellos no tenían hijos, no podían, y cuando la asistente les ofreció quedarse conmigo... –suspiró–. No creo que hicieran demasiadas preguntas.

–Así que no te abandonaron en un portal ni tu madre era una prostituta.

–Pienso que fue mala suerte.

–Ya.

–La asistente fue la que lo hizo todo. Me dejó en casa y ya no volvió a trabajar para mis padres.

–¿Le dieron dinero?

–No lo sé.

–Pero es probable.

–¿Importa mucho eso?

–Puede ser un delito. –No estaba segura de algo así–. Aunque tampoco es lo más importante por lo que respecta a la investigación, que naturalmente será algo privado – quise tranquilizarla–. ¿Cómo se llaman tus padres adoptivos?

–Esteban y Laura.

–¿Y la asistenta?

–Jacinta Utrillo.

–¿Su hija?

–Esperanza.

Tomé nota de los nombres, despacio, más que nada para ordenar mis ideas y decidir si aceptaba el caso o no. Desde luego, Berta Blanch tenía razón: sabiendo cómo se llamaban la abuela y la madre real, encontrarlas no debería de ser un problema, salvo que ya no vivieran en Barcelona o que, al menos la abuela, hubiera muerto en el transcurso de aquellos doce años.

–Mi madre tenía dieciséis años cuando se quedó embarazada –dijo mi clienta–. Debí de tenerme más o menos a esa edad o ya cumplidos los diecisiete.

–Te habrían dado en adopción igualmente, eso está claro –exterioricé mis pensamientos–. Por lo menos, así, Jacinta Utrillo te dejó en buenas manos.

–Supongo que todos actuaron bien.

Su tono era tan apacible que me dio lástima.

Me estremecí.

–Lo mejor para ti –dije.

–Sí.

–¿Tienes más datos, alguna dirección...?

–No.

–¿Les has preguntado a tus padres adoptivos algo más?

–Me da corte. Y además sé que lo pasan mal cuando sale el tema. El otro día, viendo una película en la tele, salió el tema de una adopción y ella se puso a llorar. Yo... no quiero que sufran ni lo pasen mal. Solo quiero saber algo mi madre real y, si es posible, de mi padre. Ni siquiera sé si para verlos o, simplemente, para tenerlos localizados, comprobar que estén bien o algo así. A lo mejor tengo alguna hermana o hermano.

—Así que si los encuentro... si el detective los encuentra, ¿no sabes qué harás?

—Depende de quienes sean, lo que estén haciendo... Yo... —Pareció que iba a echarse a llorar—. Yo no quiero hacer daño a nadie.

—¿Y si te lo haces a ti misma?

—Eso no importa. Tengo derecho, ¿no?

—Sí, lo tienes.

—Entonces, ¿aceptan investigarlo?

El momento decisivo.

—Puede ser complicado por que ha pasado mucho tiempo, puede llevarnos unos días, y, además, no creo que puedas pagar lo que...

No me dejó terminar la frase. Cogió el bolsito que había dejado sobre la mesa, lo abrió y sacó un puñado de billetes, la mayoría de veinte y diez euros por lo que pude comprobar. Era todo lo que llevaba en él.

Me los puso delante.

—Hay mil doscientos setenta y cinco euros —me dijo—. Espero que sean suficientes.

—¿De dónde los has sacado? —Me preocupé.

—Ahorros, he vendido mi guitarra y algunas otras cosas. Les dije que me la habían robado unos chicos.

Era suficiente, y aun así...

—Por favor —suplicó Berta Blanch.

Si no lo cogía yo, lo haría otra agencia, y tal vez no la trataran tan bien, la engañaran o intentarían sacarle más dinero.

¿Volvía a involucrarme en un caso más allá de lo profesional?

«Di que no», escuché la voz de mi padre.

—Está bien —escuché la mía—, aunque no tenemos mucho por dónde empezar, ¿de acuerdo?

—Gracias.

—No te prometemos nada.

—Lo sé, pero confío en ese detective.

—¿Por qué, si no le conoces?

—Porque Mir quiere decir paz en ruso.

Me entró un escalofrío.

Y también ganas de llorar o darle un beso, igual que habría hecho con la hermana que

mis padres nunca me habían dado.

Confiaba en un detective porque su apellido significaba paz en ruso.

—¿Sabes el segundo apellido de la tal Jacinta Utrillo?

—No, pero sé de alguien que puede conocerla.

—¿Quién?

—En mi casa, en el tercero segunda, los señores tienen a la misma criada desde hace quince años. Las que hay ahora en el edificio se relacionan entre sí, hablan, algunas incluso son amigas. Puede que ella conociera a Jacinta Utrillo o, incluso, que aún tengan contacto. Se llama Manolita Crespo.

Sería demasiado fácil, pero desde luego era una pista perfecta.

Por lo menos para empezar.

—¿Jacinta venía a unas horas concretas, cada día...?

—La que tenemos ahora viene dos días a la semana, lunes y jueves, toda la mañana. Supongo que Jacinta haría lo mismo, pero no lo sé.

—Dame tus señas.

Me dio la dirección. Zona alta. Si los vecinos tenían criadas era porque podían pagarlas. Berta Blanch no era una niña pobre.

—¿Tienes abuela? —se me ocurrió preguntarle.

—Sí, pero no creo que sepa nada. —Endureció el gesto al agregar—: Ni quiero que el señor detective hable con ella, que está ya mayor.

—Se lo diré, descuida. El cliente eres tú y, por lo tanto, haremos lo que nos digas.

—Gracias.

—Ni que decir tiene que si damos con algo y sobra dinero, te lo devolveremos —quise tranquilizarla mientras lo guardaba en el cajón central de la mesa.

¿Por qué me sentía como si estuviera robando a una niña?

—No hace falta que me deis un recibo. —Evitó mi siguiente pregunta—. ¿Cómo hago para estar en contacto?

—Te daré mi número de móvil. ¿Tienes tú uno?

—Sí.

Doce años y con móvil.

Pronto nacerían con él ya de serie, pegado a la mano.

Nos intercambiamos los números y al terminar nos dimos cuenta de que eso era todo.

Fin del primer contacto. Estaban a punto de cumplirse las dos horas desde que Javier Salas y yo habíamos quedado.

Berta Blanch recogió su bolsito y se levantó de la silla.

Me tendió la mano.

–No soy una niña asustada –me dijo con aplomo–. Solo quiero saber de dónde vengo.

La filosofía universal reunida en una esperanza.

–Confía en el señor Mir –dije sin mucha convicción.

Justo al abrir la puerta para que ella se marchara, sonó el timbre de la calle anunciando a mi siguiente cliente.

6

Javier Salas tendría unos cuarenta años, quizás un par más, porque su traje y su aspecto le hacían parecer, probablemente, mayor de lo que era en realidad. Llevaba el cabello corto, muy peinado o, más bien, habría que decir pegado al cráneo, ya que era escaso. Rostro redondo, ojos cansados, bolsas, labios de comisuras algo caídas, piel pálida, cetrina, traje oscuro, camisa blanca de cuello mal planchado, corbata de El Corte Inglés en rebajas y zapatos antediluvianos. Papá solía decir que la primera imagen dice mucho de un cliente. Siendo así, aquella era la de alguien muy poco prometedor. Pero por lo general, ese era el tipo de persona que solía acudir a una agencia de detectives. Los ricos tenían otras formas de investigar o conseguir lo que fuera.

Después de darle la mano y hacerle entrar, se sentó en la misma silla que acababa de dejar vacía Berta Blanch. Al contrario que ella, se mostró nervioso y tenso, con el cuerpo inclinado hacia delante. Yo cogí el vaso de agua que había dejado sobre la mesa y lo apuré porque volvía a tener sed.

Hora de hablar.

—¿Le ha quedado claro lo que le he dicho antes acerca del papel del señor Mir en las investigaciones que lleva a cabo?

—Sí, perfectamente.

—Puede parecer inusual, pero los resultados están garantizados —quise insistir—. El anonimato, en determinados casos, es una garantía tanto para el cliente como para el proceso de la investigación.

—Bien, bien, sí —asintió—. Lo único que sí deseo es que sea un hombre el que se ocupe de esto. Un hombre... y que sea duro.

Me envaré.

—¿Para qué necesita a un hombre duro, señor Salas?

—Porque esto ha de hacerlo alguien con carácter, no sé si me entiende.

—No del todo, la verdad. Si se trata de algo violento...

—No, no, violento no —hizo un gesto inquieto—. Es más bien cuestión de respeto, de fuerza en el tono, la...

—¿Por qué no me lo cuenta? —le detuve.

—Claro. ¿Me daría un vaso de agua?

Segundo viaje a la minicocina. Me llevé el mío y regresé con los dos llenos. Mientras yo solo le daba un sorbo más al mío, Javier Salas apuró la mitad del suyo. Una vez calmada su sed, se relajó un poco, dejó de inclinarse hacia delante, cruzó una pierna sobre la otra y empezó a hablar, despacio, como si buscara en cada momento la palabra precisa. No sé por qué imaginé que trabajaba en otra sucursal bancaria, de cajero, o que tal vez fuera dependiente de un comercio.

—Se trata de mi hijo Mateo —dijo—. Tiene once años y es lo que cualquiera podría definir como un buen chico, estudioso, aplicado, serio. Un niño como otro cualquiera, aunque de carácter apocado, muy tranquilo, nada violento ni dado a cometer locuras —hizo la primera pausa—. El problema es que le tienen aterrorizado dos gamberros, dos chicos mayores, de dieciséis años —me miró fijamente para dar más énfasis a la segunda pausa—. Primero iban a su mismo colegio y la tomaron con él allí. ¿Por qué? No lo sé. Supongo que esas cosas son un azar. Fue tan súbito y tan cruel que Mateo casi perdió el curso, porque le descentraron por completo. Mi hijo no nos dijo nada, optó por callar, tanto por las amenazas de que le matarían si lo contaba como por su propio orgullo. Le dio vergüenza decirnos lo que le sucedía. Por eso, al ver que pasaba de tan buenas notas a las malas que aparecieron de pronto, pensamos que se había vuelto vago, o que estaba enfermo. Hasta le llevamos al oculista —hizo una tercera pausa—. Sin embargo, la cosa fue a peor, notas, miedo, insomnio por las noches, excusas para no ir al colegio... Una noche le acorralé, muy enfadado, temeroso de que se echara a perder, y entonces estalló en lágrimas y nos lo contó todo a mi mujer y a mí —cambió ligeramente el tono para decir—: Ella se llama Lucía, ¿sabe? Lucía Gómez.

—¿Qué hicieron?

—Lo único que podíamos hacer, claro: ir al colegio y plantear el caso a la dirección. Ellos también se habían dado cuenta del bajón académico de Mateo, pero creían que era porque pasaba una mala racha, como muchos chicos, que si los videojuegos, que si el cambio de la infancia a la adolescencia, incluso pensaron que podía haberse enamorado de alguna chica... Una vez puestos en antecedentes, y avisados los profesores, las cosas,

en lugar de ir a menos, fueron a más. Esos dos gamberros... y digo esa palabra sabiendo que es más bien poca cosa ante la realidad, acentuaron sus ataques a mi hijo. Ya no eran burlas, empujones, robos o amenazas. Fueron palizas. Nunca en la cara, para no dejar señales. De no ser porque Mateo tuvo una gripe y el médico le examinó, no habríamos detectado los moratones. Nos quedamos... –se llenó de dolor–. Esta vez sí, tomamos fotos, fuimos a la policía y a los dos chicos los expulsaron, así que respiramos tranquilos y pensamos que la pesadilla había terminado.

–Y no fue así.

–No, qué va –mostró toda su tristeza, pero también su rabia y desesperación–. El otro día, al empezar el nuevo curso, Mateo fue a clase realmente contento y feliz. Al salir por la tarde, ellos estaban allí, esperándole, y...

–¿Volvieron a pegarle?

–No, ya no quisieron dejar pruebas que los condenaran. Se limitaron a robarle el dinero, empujarle, asustarle, romperle los libros..., que valen un dinero, y por supuesto, amenazarle una vez más.

–Pero su hijo ya no se calla.

–No, llegó a casa y nos lo contó.

–Y ahora ya no pueden ir al colegio.

–No, ya no son alumnos del centro.

–¿La policía?

–¿Con qué pruebas?

–Si le han robado el dinero...

–Cinco euros. Nadie va a la cárcel por eso.

–Pero la policía puede seguir a su hijo, y en el momento en que ellos le acosen...

–¿Cree que la policía hará algo así, como si no tuvieran cosas más urgentes a las que atender?

Me quedé en suspenso.

Empezaba a intuir lo que el señor Salas quería del muy duro detective señor Cristóbal Mir.

–¿Qué pretende entonces que haga nuestra agencia?

–La única solución es darles un susto.

–Espere, espere...

–¡No quiero decir hacerles daño! –abrió las dos manos velozmente–. ¡Solo advertirlos,

amenazarlos, como hacen ellos! ¡Su mismo juego!

–Esto es un delito, señor.

–Escucha... ¿Puedo tutearte? –vaciló–. ¿Qué edad tienes?

–Dieciocho –no quise agregar el habitual «casi diecinueve».

–Imagino que las decisiones las toma el señor Mir, ¿me equivoco?

–Sé cómo piensa el señor Mir.

–¿Alguna vez te han acosado?

–No.

–Entonces no sabes lo que es eso, lo amargo que resulta, el miedo con el que vive el acosado. Mi hijo el otro día...

–Continúe –pedí al ver que bajaba la cabeza y su respiración se entrecortaba.

Me miró con ojos vidriosos.

–Le sorprendí con una cuchilla de afeitar en la mano, absorto.

–¿Y? –me atreví a preguntar.

–¡Tiene once años, por Dios! ¿Para qué iba a tener una cuchilla de afeitar en la mano, sentado en el taburete del cuarto de baño, en calzoncillos...!

Tragué saliva.

–Entiendo –dije por decir algo.

–¡Mateo no es él! ¡Todo esto puede marcarle la vida, para siempre! ¿Y si pierde el curso, si hace una estupidez, si deja de confiar en nosotros, en lo que hace, en el mismo sistema que tolera algo así...? ¡Está deprimido, y una depresión te empuja a cometer barbaridades, sin más! –tomó el vaso de agua y lo apuró de un largo trago antes de seguir–. ¡He mirado en internet y lo he visto! ¡Hay decenas de casos de menores suicidados por acoso! ¡Mi mujer y yo no vivimos, no sabemos qué hacer, esto está fuera de control!

–Sigo pensando que debería acudir a la policía.

–¡Esas dos bestias se lo pasan todo por el forro, incluida la policía! –gritó por primera vez–. ¡Los detendrán, sí!, ¿y qué? Luego será peor. ¡No van a encerrarlos! ¡Pueden matar a Mateo!

–¿Y no cree que será peor si los amenazamos? Tomarán las mismas represalias contra su hijo.

–No si lo hace un hombre –dijo seguro–. No son más que dos cobardes. Se mearán en los pantalones, lo sé. Basta con que el detective les diga que paren o que tendrán que

atenerse a las consecuencias. Ellos ni siquiera sabrán cómo se llama, y si lo denuncian, ¿cree que yo le diría el nombre a la policía? Fingiría no saber nada. ¡Lo más seguro es que acosen a otros chicos! Mira... –se llevó una mano al bolsillo y de él sacó un fajo de billetes de cincuenta euros–. Aquí hay mil quinientos euros –los dejó sobre la mesa–. ¡No sé cuánto cobra por hora el señor Mir, pero no creo que esto le lleve más de una de su tiempo! ¡Mil quinientos euros! ¡Todo! Por favor...

Miré el dinero.

Mil doscientos setenta y cinco de Berta Blanch más mil quinientos de Javier Salas.

Un magnifico día.

Lo malo era que papá hubiera podido amenazar a los dos matones. Yo no.

Un dinero perdido.

Por mucho que lo necesitase.

–Le diré lo que haremos... –conseguí recuperarme un poco.

–¡Háblalo con él!

–No es la primera vez que tenemos algo así –mentí.

–¿Y qué habéis hecho?

–Si esos dos son como dice –mi cabeza empezó a trabajar muy deprisa–, no solo deben ir por ahí asustando a niños.

–¿Qué quieres decir?

Lo tenía.

Casi me sorprendí a mí misma.

–El señor Mir seguirá a esos dos un par de días y un par de noches. Quizás consigamos algo más. Algo con lo que sí ir a la policía. Aquí de lo que se trata es de quitarlos de la circulación. El que asalta a un niño seguro que comete delitos mayores; hay que encontrar algo, lo que sea mientras resulte suficiente para incriminarlos en algo verdaderamente fuerte.

Javier Salas se apoyó en la silla.

Lo meditó.

–¿Y si no es así?

–Entonces hablaremos.

–¿Será suficiente con esto? –señaló el dinero.

–Sí.

Volvió a meditarlo.

–Si descubre algo por lo que puedan ir a un reformatorio o a la cárcel, ¿tendré que denunciarlos yo?

–No, usted quedará al margen bajo la cláusula de confidencialidad detective-cliente. Nadie sabrá nada. Nos encargáramos nosotros del tema –pensé en Alfredo Sanllehí y en lo muy alegremente que le metía en mi vida y mis problemas–. ¿Qué me dice?

–¿Y si no son delincuentes? –insistió el padre de Mateo–. ¿Y si solo se dedican a asustar niños?

–Le he dicho que lo hablaremos, pero me juego lo que quiera a que conseguimos algo, una prueba, por pequeña que resulte. Basta con grabarlos robando algo.

–¿Lo grabarán?

–Sí.

Por tercera vez, guardó unos segundos de silencio.

Los mil quinientos euros parecían gritar en silencio.

Mucho dinero para un padre desesperado.

–Si agreden a mi hijo...

–Actuaríamos.

–De acuerdo –movió la cabeza de arriba abajo.

Oí a papá diciéndome:

«Berta...».

–Necesito una foto de su hijo.

–Lo imaginaba –sacó su cartera y de ella una fotografía en la que se veía a un niño sonriente, pelo corto, dientes salidos, cara de pardillo–. Aquí tenía diez años y medio, así que está igual.

Cogí un bolígrafo y la misma hoja de papel en la que había anotado los datos de Berta Blanch.

–Nombres, dirección, su teléfono, escuela, horarios de Mateo, los nombres de esos dos... ¿Sabe dónde viven?

–Sí, en el barrio, aunque más lejos. El primero se llama Federico Ruiz. El segundo Miguel Ángel Cuesta. Uno tiene el padre en la cárcel, aunque no sé por qué. El otro ni siquiera eso, su madre vive con un hombre y... bueno, ya sabes, se dicen cosas –hizo un gesto impreciso–. Cuando lo denuncié en el colegio me contaron algo. Por hache o por be, gente de mala fama.

Gente de mala fama.

—¿Van siempre juntos?

—Sí, uña y carne.

—¿Usted los ha visto, los conoce?

—Sí, dos imbéciles impresentables que visten como mamarrachos, van tatuados, llevan pendientes... Por Dios —se llevó una mano a la cara—. No quiero decir que todos los que llevan tatuajes o pendientes sean igual, que conste. Pero esos... Si es que lo llevan escrito en la cara: son malas personas. Yo... —empezó a venirse abajo de pronto, como si acabase de superar una dura prueba y hubiese llegado al límite de su resistencia—. Solo quiero que mi hijo viva en paz, ¿entiendes? Que no tenga miedo a salir de casa, que sea un niño normal y corriente, estudioso...

—Describámelos un poco mejor —le pedí.

—Uno es un poco más alto, como de metro setenta o setenta y dos. Cabello al cero o al uno, pendientes en ambas orejas, nariz aguileña, muy salida, huesudo. Le he visto un par de veces y las dos llevaba camisetas sin mangas y pantalones caídos. El otro es más o menos de mi estatura, y yo mido metro sesenta y ocho. Lleva el pelo cortado por los lados y una cresta en medio, tipo mohicano, barbita con perilla y ropa una o dos tallas más grandes de lo normal. Tiene una cicatriz en la mejilla y nariz de boxeador, achatada. Llevan tatuajes en el cuello, los brazos, los hombros...

Seguía con el bolígrafo en la mano, a la espera de sus señas y todo lo que le había pedido.

—¿Me da los datos?

—Oh, sí.

Me dio su dirección, el número de teléfono, el del móvil, la dirección de la escuela, los horarios de Mateo, las señas de los dos agresores... Yo lo anoté despacio, dejando que mi cabeza trabajara, lo mismo que había hecho un poco antes con el caso de Berta Blanch.

Dos clientes inusuales.

La búsqueda de unos padres, o al menos de una madre, y la defensa de un niño.

Y un buen pellizco.

A pesar de todo, no me sentía feliz.

—Le tendremos informado —di por concluida mi parte.

—¿Cuándo...?

—Inmediatamente. Nada más salir usted llamaré al señor Mir y le pondré al corriente. Hoy mismo se pondrá en acción.

–Gracias.

–Y por ahora, tranquilo, ¿vale?

–Es muy fácil decirlo –me dirigió un reproche más que una mirada de amargura–. Te aseguro que como le hagan algo a Mateo, soy capaz de cualquier cosa, porque esto no hay quien lo resista.

–Denos cuarenta y ocho horas. Y no le diga a su hijo que ha contratado nuestros servicios. Es mejor que actúe como siempre, sin estar prevenido de nada.

–De acuerdo.

Nos estrechamos la mano y le conduje a la puerta.

Casi esperaba a un tercer cliente.

Pero no sucedió nada más, la cerré y me quedé a solas conmigo misma y mis dos nuevos casos en los que trabajar.

No era la primera vez que me sucedía algo parecido. De no haber nada a la vista, a caerme dos casos el mismo día, o la misma mañana. No es que me gustase demasiado, pero necesitando el dinero, ¿quién le hace ascos al exceso? Lo malo es que seguía traumatizada por lo sucedido antes de verano, cuando me había tocado investigar la desaparición de aquella chica captada por una secta en el mismo momento en que el chantajista pelirrojo era asesinado y habían tratado de involucrarme a mí en el pollo. No me quitaba de la cabeza el final de aquella historia. Si no la hubiese encontrado, si no hubiese hablado con ella, si no...

O era profesional, o las cosas se me complicarían siempre.

A fin de cuentas, cada cliente era un mundo, y su problema el más grave. Nadie va al médico si no le duele nada ni acude a un detective si no tiene un problema.

Traté de reflexionar.

¿Por qué había aceptado el caso de una niña de doce años?

¿Por qué me metía en un lío de acoso con dos matones que tal vez no fueran más que eso mismo: matones, con lo cual nunca podría amedrentarlos para que no siguieran aterrorizando al pobre Mateo Salas?

«Trabajo, solo trabajo», oí una vez más la voz de papá revoloteando por mi cabeza.

¿Pero cómo evitar tomar partido, o sentir simpatía, o empatía, por tus clientes?

Cogí la hoja de papel con los datos de los dos casos y la estudié atentamente. Luego me agenció un mapa de Barcelona para ubicar las direcciones que tenía, tanto las facilitadas por Berta Blanch como por el señor Salas. Por último, en otra hoja tracé una raya de arriba abajo, separándola en dos partes, y en cada lado anoté los pros y los contras, las urgencias y el plan de acción lógico a seguir para llevar más o menos bien ambos asuntos a la vez.

La búsqueda de los padres, o mejor dicho, de la madre de Berta Blanch, podía

esperar. En cambio, el tema de los acosadores surgía como prioritario.

–Papá, ¿qué habrías hecho tú?

«No aceptar el encargo.»

–Vale, pero una vez aceptado...

«Ni se te ocurra meterte con ellos. Pueden ser peligrosos.»

–Entonces, ¿los sigo como le he dicho al señor Salas, para ver si están metidos en otras cosas o cometen otros delitos?

«Sí, pero con cuidado.»

Escondí en el despacho los 2.750 euros recaudados con mis dos visitantes, sin ir al banco a ingresarlos, pensando que tal vez tuviese que devolver parte de ellos en el supuesto de que resolviera los dos temas con celeridad. Solo me llevé trescientos, por si las moscas, para gastos. Empezaba a descubrir que, a veces, es necesario untar a cualquiera para refrescar su memoria o conseguir que abra la boca. Después bajé a la calle y me subí a la moto.

–¿Lista? –me animé a mí misma.

Lo estaba.

El centro de Sarrià era una zona de fusión, de ensamblaje social más que cultural. Podían verse edificios elegantes, sin llegar al alto *standing* o el lujo, y a poca distancia casas mucho más sencillas, de cuando el barrio era un pueblo cercano a la gran Barcelona. Calles anchas y calles estrechas. Frialdad envuelta en prosperidad frente al sabor popular de las viejas tiendas o las escaleritas apenas percibidas en construcciones de una o dos plantas. No era de extrañar que allí convergieran gentes más o menos sencillas, como los Salas, y los bestias de Federico Ruiz o Miguel Ángel Cuesta.

El primero de los acosadores vivía en un primer piso de un edificio de tres plantas, sin portera, tan tranquilo que a lo largo de los veinte minutos en los que lo estuve observando, nadie entró o salió de él. El segundo acosador tenía la vivienda a unos cien metros de su colega. Aquí sí había portera, así que decidí aprovecharlo.

–¿Sabe si está en casa Miguel Ángel Cuesta?

La mujer me miró con cara de Celestina, preguntándose si yo era una candidata a novia.

–No, ha salido hace un rato. Mira a ver en el bar de más abajo, el Panchito.

Caminé por la acera sintiendo los ojos de la mujer fijos en mi espalda y no me detuve hasta llegar al Panchito. Una vez en la entrada fingí observar el tráfico. Lo malo de ser

una chica, estés bien o mal, es que delante de un bar lleno de hombres todos te miran a ti. Así que para cuando deslicé la vista hacia el interior, media docena de tipos ya me estaba repasando.

Miguel Ángel Cuesta no.

Estaba acodado en la barra, de perfil, pendiente de un partido de baloncesto de los que ponen las veinticuatro horas del día por los canales de pago de la tele.

Respondía perfectamente a la descripción dada por Javier Salas, pero para mi gusto, en persona era todavía peor. Un macarrilla en estado puro. Un pequeño imbécil capaz de aterrorizar a un niño sin importarle las consecuencias. Y en el fondo, un cobarde, como todos los que muestran la violencia para enmascarar su propia impotencia humana y social. No me extrañó que, pese a ser menor, aunque la ley se la pasaran todos por el forro, bebiera cerveza impunemente en un bar a media mañana de un día laborable. Palabras como escuela o trabajo debían de ser términos vacíos u olvidados para él. Y por supuesto, otras como compromiso ni siquiera debían de figurar en su breve diccionario. Siendo así, mi esperanza de poderlos pillar por algo más que un simple acoso, renació en mi ánimo.

No quise quedarme plantada delante del bar. Caminé hasta un poco más abajo y me cambié de acera. Si iba a por la moto, lo más seguro es que se marchara, le perdiera y me quedara sin el primer contacto establecido. Me senté en el bordillo de la acera, entre dos coches, con buena visibilidad de mi objetivo, la puerta del bar Panchito, y esperé a que se moviera.

Llevaba menos de cinco minutos de guardia cuando sonó el móvil.

Me quedé bastante impresionada al ver el número de Alfredo Sanllehí en la pantalla.

—¿Sí? —pregunté insegura, temiéndome una bronca o peor, que mi antidisturbios favorito estuviera en el hospital con los colgantes medio podridos a causa de mi patada.

—Soy Alfredo —se presentó como si yo no lo supiera.

—Ya lo he visto —¿Cómo estás?

Un detalle.

¿Cortesía policial, curiosidad...?

—Bien.

—A veces los golpes son malos, y con el paso de las horas se ponen peor —expresó con un deje de preocupación.

—Bueno, me sigue doliendo cuando me siento —me froté instintivamente el culo

apoyado en el bordillo de la acera—, pero estoy bien, en serio.

—Vale —suspiró.

—¿Y mi contrincante?

—Ni idea.

—Espero no se le hayan caído las canicas.

Le dio por reír.

—Te recuerdo que tú no le viste la cara a él —fue mordaz—, porque iba con su equipo de trabajo...

—De combate —le corregí.

—Pues de combate —lo aceptó—. Pero él sí vio la tuya.

—O sea, que tengo que ir unos días vigilando mi espalda.

—No seas dramática.

—Tal y como lo has dicho sonaba de lo más amenazador, qué quieres que te diga.

Una moto pasó por delante de mí atronando el aire. Cerré los ojos sin saber si Alfredo acababa de decir algo o no.

—¿Dónde estás? —me preguntó.

—Trabajando.

—Oh, trabajando —manifestó con empaque—. Entonces te dejo.

—Espera, espera —le detuve.

—¿Sí?

—Gracias por llamar.

—Alguien tiene que hacerte de ángel de la guarda.

—Tú no llevas alas.

—Si llevara alas no estaría hablando contigo.

—Tampoco te veo en ese papel.

—El día que estudies y seas una detective de verdad, con licencia, te dejaré en paz.

Mientras tanto...

—La bella y la bestia.

—Tampoco es eso, y lo de bestia...

—Es un decir.

Miguel Ángel Cuesta salía en ese momento del bar Panchito.

Me levanté.

Caminaba en mi dirección, calle abajo, con la cabeza baja y su imagen de macarrilla

caído de una percha.

–Tengo que dejarte –advertí antes de que Alfredo dijera algo más–. Me toca seguir a los malos.

–No quiero saber en qué andas –pareció ponerse serio otra vez.

–Oye, ¿puedo preguntarte algo? –bajé la voz porque mi perseguido pasaba delante de mí por la acera de enfrente.

–Dime.

–¿Qué se hace cuando dos chicos de dieciséis años, ya fuera de la escuela, acosan a otro de once y este ya ha llegado al límite de lo tolerable, casi al borde del suicidio?

–Esas cosas son delicadas –lo evaluó Alfredo–. Lo lógico es presentar una denuncia.

Eché a andar en pos de Miguel Ángel Cuesta, a unos quince metros de distancia.

–¿Y si ya se ha presentado una denuncia, los chicos han sido expulsados de la escuela y ahora queda el miedo de que hagan algo peor como represalia?

–Berta.

–¿Qué?

–¿Quién te ha pedido que ayudes a su hijo?

–Un cliente.

–¿Y vas a enfrentarte tú sola a dos acosadores?

–No voy a enfrentarme a ellos, descuida. No estoy loca ni voy de heroína.

–¿Entonces qué haces?

–De momento, sigo a uno, a ver qué hace él.

Hubo una pausa.

–¿Me llamarás si eres testigo de algo que constituya un delito?

–Pues claro.

–Berta...

–¡Que sí, que te lo juro! Si no, no te lo hubiera contado. Eso es tener confianza, ¿no?

–Eso es tener morro –quiso dejarlo claro.

–Vale, pues voy a pasar de ti.

–Como me echen del cuerpo por hacer de niñera o callar lo que haces, tendrás que darme trabajo en tu agencia –se burló.

–¿Sería tu jefa?

–Anda, cuídate –se despidió.

Le dije lo único que podía decirle en aquellas circunstancias:

–Gracias.

A fin de cuentas, había llamado él para saber cómo me encontraba.

Sí, actuaba como un ángel de la guarda.

Y yo sabía que si un día me sucedía algo, él no se lo perdonaría.

Guardé el móvil y mantuve la distancia con relación a mi perseguido, que bajaba ya por Major de Sarrià manteniendo el mismo paso cansino, aunque de zancadas largas. Un par de mujeres se quedaron escandalizadas viendo su cresta mohicana. Todavía hacía calor, pero él lo que quería era lucir tatuajes, así que la camiseta, sin mangas, era mínima. Los pantalones le caían hasta la altura de la pelvis.

Se detuvo frente a un supermercado y lo único que hizo fue meter la cabeza por la puerta.

Luego esperó.

A los tres minutos salió una chica, más o menos de su edad, bajita, con unos kilos de más, blusa con un hombro al aire y generosidad en el escote. Iba muy maquillada, cabello, ojos, labios y uñas negras. No se cortó un pelo y se le echó encima con la boca abierta para besarle.

Los dos se fundieron en uno.

Otras dos mujeres refunfuñaron algo al ver su apasionada entrega.

El beso duró como veinte segundos. Después, abrazados, parlotteando y riendo, caminaron nuevamente por Major de Sarrià hasta desembocar unos minutos después en la plaza Artós.

Se sentaron en el suelo y volvieron a besarse.

Libres.

Empecé a cansarme del espectáculo diez minutos después, porque lo que es hablar, hablaban poco, pero intercambiar fluidos salivares...

Sonó el móvil por segunda vez.

Lucas.

–Dime.

–Hola, soy Lucas.

Todo el mundo se empeñaba en decir quién era, sin hacer caso a que en las pantallas de los móviles aparecieran hasta sus fotos.

–Y yo Berta –le informé.

No captó el chiste. Señal de que estaba enfrascado en algo.

–Oye, ¿podrías venir antes?

–Claro.

–Vamos a hablar con DJ del disco y hemos decidido hacerlo en su estudio, para verlo todo, así que prefiere que sea como una hora antes de lo que habíamos acordado.

–¿Dónde es?

–Calle Darnius, detrás del Turó de la Peira.

–¿Qué número?

–La casa que hace esquina con Espinauga. Abajo hay un rótulo.

–De acuerdo.

–Vale, hasta luego. ¿Qué haces?

–Sigo a un sospechoso.

No lo dije para darme importancia.

–Oh, vaya –capté el tono de mi compañero.

–Poca cosa, tranquilo.

–Sé puntual.

–Descuida.

Guardé el móvil y fui testigo, durante otros diez minutos, de cómo la pareja se comía a besos, abriendo cada vez más la boca, como si ya pasaran de rozarse los labios. La chica mantenía, sin embargo, el tono negro de la pintura, indeleble y resistente, a prueba de todo. Empecé a temer que aquello se prolongase mucho más tiempo.

Hasta que el móvil que sonó fue el de mi perseguido.

Me acerqué por detrás, despistando lo que pude, y logré situarme a menos de diez metros, siete, cinco...

–... aquí, con Mónica, en Artós... –Una primera pausa–. Sí, vale. –Segunda–. Entonces... –Tercera–. Ah, bueno. –Cuarta–. A las diez en el bar, puta madre. –Penúltima pausa–. Chungo, sí. –Y finalmente la despedida–: Vale, que te den.

Una risotada y eso fue todo.

Como si llevaran un siglo sin besarse, Mónica y él reanudaron su actividad preferida.

Tenía bastante por el momento.

A las diez en el bar.

Me fui a por mi moto.

8

Berta Blanch vivía en la calle Fontrodona, cerca del Paralelo. Dejé la moto junto a la boca del metro y caminé los veinte metros que me separaban de ella. Una inefable portera levantó la cabeza al verme y antes de que me preguntara le dije que iba al tercero segunda. Eso fue suficiente para calmar sus inquietudes. Una vez en el rellano, tomé aire, cambié por completo el rostro y me dispuse a llevar a cabo una de mis interpretaciones.

Desde luego, eran mi mejor arma.

Me abrió la puerta una mujer de unos cincuenta y muchos años, vestida como si fuera a salir de casa o como si acabase de llegar de la calle. O a lo mejor es que iba elegante todo el día. Me miró con cara de ir a cerrarme la puerta en cuanto tratara de venderle algo y, por si acaso, también fui más rápida que ella.

—¿Está Manolita, por favor?

Por un lado, eso la calmó. Por el otro, su expresión se llenó de sorpresa, como si todo el mundo tuviera que saber los días que iba o no iba su asistenta.

—No, hoy no viene —me informó.

—Vaya —comencé mi actuación poniendo cara de infinita tristeza.

—¿Para qué...?

—Me dijo mi madre que trabaja aquí, con ustedes. Es todo lo que sé. Y necesito verla hoy mismo.

—Ella ni siquiera tiene móvil y no vendrá hasta pasado mañana. ¿Es urgente? —La dueña de la casa se puso de mi parte.

—Es que mi madre ha muerto y quería decírselo —le solté sin pestañear, para que lo de la urgencia quedara bien claro.

—Oh, lo siento. —Se le transmutó el rostro.

—La apreciaba mucho, ¿sabe usted?

—Claro, claro.

–¿Tiene usted sus señas, por favor?

–Sí, eso sí, aunque hoy trabaja en otra casa y no creo que la encuentres hasta la noche.

–Algo es algo –me resigné.

–No, te lo digo porque la casa en la que trabaja es la de una buena amiga mía y no está lejos. Si quieres te doy su dirección. Allí seguro que la encuentras y así no has de esperar a la noche. Te daría el teléfono de mi amiga, pero esas cosas... mejor que sea en persona, ¿verdad?

–Mucho mejor –asentí.

–Es en la calle Tamarit, cerca de Calabria.

No me hacía falta anotar nada, tenía buena memoria, pero apunté calle y el número en el papel con las anotaciones de ambos casos que saqué del bolsillo, bajo su atenta mirada de mujer impresionada por la fatalidad ajena.

Cuando terminé, solo quedó la retirada.

–Gracias –me despedí.

–Siento lo de tu madre, hija. Tan joven...

Imaginé que se refería a mí.

Volví a darle las gracias y bajé la escalera pasando por delante de la puerta del piso de Berta Blanch, mi clienta. No pegué la oreja a la madera, por si me pillaban o la vecina de arriba aún me estaba observando por el hueco. Una vez en la calle regresé a la moto, crucé el Paralelo y subí por la Ronda de Sant Pau hasta Tamarit. El verano se prolongaba un poco y era de agradecer, porque la moto, en invierno, era bastante latazo. Volví a detenerme al llegar al cruce con Calabria y una vez allí caminé hasta el portal en el que vivía la amiga de mi última interrogada.

Me di cuenta de que no me había dicho el nombre, solo el piso.

–Voy al quinto tercera –me adelanté por segunda vez a la pregunta de la portera de turno.

El ascensor era viejo, madera noble, puertas normales, no correderas, de los que suben a cámara lenta, por eso tenía hasta un combado banquito bajo el cristal, con manchas de viejo picoteándolo y esmerilado por los lados. Me dejó en un rellano adornado con dos macetas que flanqueaban la ventana central y tomé aire antes de pulsar el timbre.

La que me abrió esta vez fue ella misma.

Porque si era la criada, tenía que ser Manolita Crespo.

Mediana estatura, fuerte, seria, ojos rendidos, manos grandes, mejillas caídas, labios apenas intuidos, cabello gris y bata de trabajo.

Hiciera lo que hiciera, era cansado, porque sudaba.

Puse cara de inocencia.

—¿Es usted Manolita Crespo?

—Sí.

—¿Podría hablar con usted un minuto?

—¿Por qué? —mostró su natural desconcierto.

—Estoy buscando a una vieja amiga de mi madre y lo único que sé es que también era amiga suya.

—¿Y quién es esa amiga?

—Jacinta Utrillo.

—¿La Cinta? ¡Ah, sí! —reaccionó asintiendo de arriba abajo—. Pero hace mucho que no sé de ella. La tira de años.

—¿Sabe dónde podría encontrarla?

—Entonces vivía en Sants, en la calle Gayarre.

—¿Recuerda el número?

—No —frunció el ceño—. Lo único que recuerdo es que al lado había una panadería.

—¿No tiene su número de teléfono o algo así?

—No, hija, lo siento. Si nos veíamos en la escalera casi a diario, ¿para qué llamarse? Sé lo de su calle porque siempre decía que él era su músico favorito. Y lo de la panadería porque un día que se encontraba mal la acompañé a casa. Eso es todo.

—Bueno, creo que será suficiente —le sonreí con gratitud—. Ha sido usted muy amable.

—¿Para qué quieres ver a la Cinta? —le pudo la curiosidad.

—Mi madre ha muerto —volví a soltarle el rollo de la pena—. Ella quería que se lo dijese.

—No sabes cómo lo siento.

—Ha sido muy repentino —pensé en mi propia madre—. Un cáncer.

—Oh —se estremeció.

Decidí aprovechar el terreno abonado.

—¿Usted y Cinta eran muy amigas?

—Coincidimos unos años en el mismo edificio de la calle Fontrodona, donde yo todavía

trabajo dos días a la semana. –Puso cara de circunstancias–. Luego ella se fue a otra casa y aunque seguimos viéndonos un poco... pues nada, que al final perdimos el contacto.

–Se marchó después de lo de su hija, ¿no?

–¿Después de qué?

–De su embarazo.

–¿Esperanza embarazada?

–Eso oí.

–Ah, pues no, no. Yo no sé nada de eso. –El desconcierto aumentó–. Al menos antes de perderla de vista nunca me habló de que su niña... –hizo memoria–. Además, Esperanza era una cría. ¿Cómo iba a quedar en estado?

–Esas cosas pasan –aventuré.

–¿Con la hija de Jacinta? Antes la mata –suspiró–. En fin, era una mujer muy suya, muy reservada, pero creo que te equivocas.

–¿Usted conocía a Esperanza?

–No, nunca la vi. Ya te digo que tampoco es que intimáramos. Su madre hablaba mucho de ella, «que si mi Esperancita por aquí», «que si mi Esperancita por allá», «que si es tan guapa que seguro que se casa con alguien con estudios»... No hacía más que hablar de su niña, como si fuera una reina.

–Y en los últimos días en que trabajó en la calle Fontrodona, ¿no habló de ese embarazo?

–No, no. De embarazo nada.

–Debo confundirme. –No quise tensar la cuerda.

–Claro –dijo Manolita Crespo–. Para una chica joven como tú las amistades de los padres siempre son cosas de mayores. Eso y las familias numerosas... Vaya lío. ¿Qué edad tienes?

–Dieciocho.

–Yo perdí a mi madre a los veintitrés.

Debía de estar sola en la casa, sin una señora que la controlase, porque ya le había cogido gusto a la charla.

Yo no.

Para mí era suficiente.

–Gracias por su ayuda, ha sido muy amable.

–No hay de qué. Y te acompaño en el sentimiento.

Recuperé mi cara de pena y la mantuve a lo largo de los primeros peldaños del camino de regreso a la calle, porque no quise llamar al ascensor y esperar su lento ascenso en el rellano con ella esperando. Una vez junto a la moto cogí el callejero y busqué la calle Gayarre. No era muy larga y tampoco estaba lejos. Iba de la misma calle de Sants a la de Gavà. De haber estado al otro lado de Barcelona igual hubiera hecho unos planes diferentes, pero tratándose de una localización tan cercana...

Con suerte incluso podría ir a comer a casa y ahorrar.

9

En la calle Gayarre no había ninguna panadería.

La recorrí de un extremo a otro, despacio, fijándome hasta en los locales cerrados con la persiana bajada, y el resultado fue el mismo.

Dudé lo mínimo.

Luego entré en una pastelería, de las de siempre, de barrio, con chocolate deshecho y cremas catalanas, y me acerqué a la mujer del mostrador, que en ese momento estaba detrás del cristal que nos separaba, colocando una fuente de ensaimadas muy apetitosas y blancamente espolvoreadas por encima.

—Perdone —dije—. ¿No había por aquí cerca una panadería?

La mujer se llenó de asombro, como si le hablara del Diluvio Universal.

—¡Huy, anda que no hace años que cerró! —le puso todo su énfasis a la forma en que lo expresó—. Cuando murió la señora Rosalía, sus hijos ya no quisieron seguir el negocio.

—¿Y dónde estaba?

—Más abajo, en esta misma acera. Ahora es la tienda de telefonía móvil.

—Gracias.

—¿Una ensaimadita? Están recién salidas del horno.

Tenían una pinta de lo más apetitosas.

Demasiado.

—No, gracias —me resigné—. No tengo dinero para un nuevo vestuario.

—¡Que eso no engorda, chica! —se echó a reír.

Bajé por la acera hasta la tienda de telefonía móvil. La puerta contigua era la de la escalera. La casa tenía cinco pisos pero no portera ni portería. La placa con los timbres electrónicos me miró con sus diez botones blancos ennegrecidos por el uso. Ningún nombre, solo el número del piso. Decidí seguir un orden y pulsé el del primero primera.

Ninguna respuesta.

Primero segunda.

Una voz algo cascada sonó por el telefonillo.

–¿Diga?

–¿Jacinta Utrillo?

–¿Quién?

–Jacinta Utrillo –lo pronuncié más despacio porque la voz parecía provenir de una anciana.

–No, aquí no es.

–¿Sabe el...?

Ya había cortado la comunicación.

Lo probé con el segundo primera y el segundo segunda, los dos tan vacíos como el primero primera. En el tercero primera otra voz de mujer mantuvo mi esperanza.

–¿Jacinta Utrillo? –pregunté cruzando los dedos.

–La señora Estrada murió hace tres años –fluyó su respuesta con los acentos metálicos del interfono.

–¿Jacinta Utrillo, madre de Esperanza? –quise dejarlo claro.

–Sí, la señora Estrada –me confirmó la mujer–. ¿Quién es?

–Soy una amiga, pero hace mucho que no sabía de ella. ¿Cuál era su piso?

–El cuarto primera.

–Gracias, ha sido muy amable.

–No hay de qué.

Volvió el silencio.

Miré el botón del cuarto primera.

Podía llamar y arriesgarme o esperar a que se abriera la puerta, subir, y pillar a quien fuera cara a cara.

Claro que si Jacinta Utrillo había muerto...

¿Qué más daban ya las precauciones?

Pulsé el timbre.

Tuve que hacerlo una segunda vez antes de que una voz de hombre irrumpiera en mi cara.

–¿Otra vez te has dejado las llaves?

La puerta de la calle se abrió con un leve chasquido.

No quise decirle a quien fuera que no era quien se esperaba, así que subí por la

escalera, no había ascensor, hasta la cuarta planta. La puerta del piso estaba abierta de par en par.

—¿Oiga? —Me asomé al interior.

Un hombre en camiseta y pantalón corto apareció por el pasillo. Tendría unos cuarenta años. No se inmutó por su vestimenta, pero sí por el hecho de encontrarse en la puerta con una chica joven e inesperada. Levantó las cejas y se acercó a mí.

—No me ha dado tiempo a decirle que no era la persona de las llaves —me excusé.

—¿Qué quieres? —Me miró de arriba abajo.

—Estoy buscando a Jacinta Utrillo.

—¿Quién?

—La mujer que vivía en este piso antes.

—Ah, sí. Bueno, la señora Estrada.

—Me han dicho que murió hace tres años.

—Nosotros solo alquilamos el piso. No tratamos ni siquiera con su hija. La vimos una vez, para que nos contara algunas cosas de cómo iban las luces, la calefacción, lo que estaba bien y lo que no... Y eso fue todo.

Detrás de mí oí un jadeo. Me volví y me encontré con una mujer, cargada con dos bolsas, una en cada mano, a punto de aterrizar en el rellano.

Evidentemente, no se había dejado las llaves.

—Esta chica pregunta por los que vivían aquí antes. —Fue caballeroso y le cogió una de las dos bolsas—. Ya le he dicho que nosotros solo alquilamos el piso y no sabíamos nada de ellos, ¿verdad?

Su esposa me miró. Luego a su marido en camiseta y pantalones cortos. No me gustó nada el color de sus ojos. Me sentí como una seductora pillada *in fraganti*.

—Exacto —dijo con acritud—. No tenemos ni idea.

Pasó por delante de mí y ella misma cerró la puerta.

Ni siquiera disimuló, habló en voz baja y no esperó a llegar a la cocina.

—¿No podías ponerte pantalones y una camisa? —gritó casi al instante.

—¡Cariño, que me la he encontrado en la puerta! —se defendió su marido.

—¡Anda, tira, pasa, que eres...!

—¡Pero tesoro...!

El mundo está lleno de gente muy rara.

Jacinta Utrillo, señora de Estrada, había muerto. Pero había vivido allí muchos años, y

siendo así...

Pulsé el timbre de la puerta contigua, la del cuarto segunda.

La anciana con la que me encontré no parecía ni de lejos ser una persona achacosa. Mayor, sí. Arrugada, sí. Pero por lo demás tenía los ojos vivos y el talante lúcido. Tal vez rondase los ochenta de cuerpo y mente, no de ánimo. Antes de que creyera que yo era una vendedora o una testigo de Jehová le dije el motivo de mi presencia en su casa.

—Estoy buscando a Jacinta Utrillo.

—Vivía aquí al lado —señaló la puerta vecina—, pero murió.

—Eso me han dicho.

—¿Para qué la buscas después de tanto tiempo?

—Mi madre era amiga suya y también murió. Venía a decírselo.

La noticia la hizo quedarse muy seria.

—Se muere mucha gente, sí —expresó su fatalismo.

—¿Eran amigas?

—Vecinas —fue lacónica.

—¿Pero intimaron de alguna forma?

—No, eso no. Era una mujer bastante reservada, muy suya. Creo que como servía en varias casas, le podía algo el complejo de inferioridad.

—Tenía una hija.

—Esperanza, sí. Pero ella se marchó de su lado hace años, mucho antes de que su madre muriera.

—¿Sabe adónde?

—No. —Puso cara de circunstancias—. No se llevaban muy bien y se fue.

—¿Se peleaban?

—Sí.

—¿Por algún motivo...?

—Bueno, Esperanza era muy guapa, y su madre muy severa. O mejor dicho... egoísta. La quería para ella sola, no la dejaba salir con chicos, la vigilaba. Un día se cansó.

—¿Cuándo fue eso?

—No estoy segura. Siete u ocho años. No volví a verla hasta el día en que se murió su madre, en el entierro, y entonces tampoco hablamos mucho. Estaba todavía más guapa, hecha toda una mujer —dobló los labios con pesar—. Jacinta era muy sufridora, demasiado. Ni vivía ni dejaba vivir. No soportó que Esperanza creciera, dejara de ser su

niña, y encima que tuviera carácter. En cuanto se hizo una mujercita, empezó la guerra. No le gustaba ninguno de sus novios, y cuanto más le prohibía salir o que se viera con chicos, más lo hacía Esperanza, por simple rebeldía, creo yo. Los últimos tiempos fueron muy malos para las dos.

—¿Recuerda a un novio que tuvo hace doce o trece años?

—¿Por qué?

—Es que mi hermano estaba enamorado de ella —mentí para no dejar que se me escapara.

—Nunca vi a ninguno de esos chicos —se dejó arrastrar por mi vehemencia—. Aquí el único que subía era Bartolomé.

—¿Bartolomé?

—Bartolomé Torras. Un pedazo de pan. Era el único, el único que le caía un poco bien a Jacinta. Educado, manejable... Pero claro, a Esperanza no le gustaba.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Su familia tiene una tintorería en la calle paralela a esta, Joanot Martorell. Subes y doblas a la derecha. Suelo verlo de vez en cuando.

—¿Recuerda cuando Esperanza se quedó embarazada?

Se hizo el silencio.

—¿Cómo dices?

—A los dieciséis años ella quedó en estado.

—No, no.

—¿No?

—Bueno... una cosa así se sabe, quiero decir que...

—¿No vio a Esperanza embarazada?

—A veces pasaban semanas sin que nos cruzáramos, pero de eso a esperar un hijo... Creo que te confundes.

—¿Pudo ocultarla su madre algunos meses, en la parte final de ese embarazo?

—Pues... es posible, sí, pero... —Me miró más y más desconcertada—. Ay, no sé, me parece algo tan raro...

—Supongo que tampoco importa, no se preocupe. La gente habla y habla... Tiene que perdonarme, ya le he hecho perder mucho tiempo.

—No, tranquila, querida. A veces es bueno hacerlo, aunque sea con desconocidos, y habiendo perdido a tu madre... ¿Te has quedado sola?

–Tengo una abuela.

–Entonces cuídala. –Se solidarizó de inmediato con la mía–. Las abuelas somos importantísimas y no siempre los nietos, o los mismos padres, suelen valorarlo.

–Gracias. –Le tendí la mano.

Me la estrechó.

Mientras bajaba la escalera pensé en el detalle: nadie sabía que Esperanza Estrada había estado embarazada. Ni siquiera su vecina. La deducción inmediata era sencilla: o Jacinta Utrillo había mentido a los señores Blanch o la mujer había ocultado a todo el mundo el estado de su hija.

Eso empezaba a complicar el caso.

Como era de esperar.

–¿Cuándo aprenderás que no hay ninguno que sea sencillo? –refunfuñé para mí misma.

Llegué a la calle Joanot Martorell y busqué la tintorería. Se llamaba Patricia. Hablando de embarazadas, la mujer que atendía el mostrador lo estaba. Tendría unos veinticinco o veintiséis años y una barriga a punto de estallar. Aproveché que una clienta salía y no había nadie más para ir directa a lo que me interesaba.

–¿Está Bartolomé?

Hay miradas y miradas.

La de la mujer fue en parte asesina, en parte gatuna, como la de quien está dispuesta a sacar las garras y espera que la otra parte se despiste.

–¿Y tú quién eres? –me endilgó con la peor de las educaciones.

–Me llamo Berta. –Me revestí de paciencia–. No me conoce. Es algo relacionado con una vieja amiga a la que estoy buscando.

No sé por qué, pero en sus ojos, su semblante, su rigidez, vi que no me creía, al menos al cien por cien. La sombra de la sospecha inundó su cara y me miró con ira. En su mano izquierda llevaba el anillo de casada. Embarazada y casada. Me recordó a una compañera del instituto que no paraba de tener novios, a los que prácticamente mataba por sus celos constantes.

Una lacra.

Iba a contestarme cuando la cortina situada a su espalda se abrió y por el hueco apareció otra mujer, de mayor edad, que venía de la parte de atrás de la tintorería. La embarazada se volvió hacia ella sin ocultar su malestar.

–Pregunta por su hijo –dijo pasando por su lado para hacer el camino a la inversa y desaparecer del cuadro.

La recién llegada era mucho más agradable.

–Está al llegar, querida. –Mostró su lado más afable, como si así compensara el tono desabrido de su nuera.

–Gracias –le sonreí.

–¿Para qué es?

–Busco a una vieja amiga suya: Esperanza.

Fue como si mentara al diablo.

La mujer miró en dirección a la cortina, quizás temiendo que la esposa de su hijo estuviera al otro lado, al acecho. La respuesta me la dio en un tono de voz casi inaudible, acercándose a mí.

–Será mejor que le esperes fuera, ¿quieres? –lo hizo sonriéndome delicadamente.

La cortina oscilaba, quizás por algún viento interior.

Salí de la tintorería, di un par de pasos para no ser vista desde la tienda y me aposté en la calle, a la espera de mi objetivo.

10

Su madre me había dicho la verdad: Bartolomé Torras estaba al llegar. No tuve que esperar ni cinco minutos. Me fijé en todos los hombres de más o menos treinta años que caminaban por la calle, que tampoco fueron muchos, y acabé descubriendo a mi objetivo bajando por la acera de la tintorería y justo por el lado en el que yo estaba apostada.

Tendría unos treinta, sí, y era relativamente atractivo, aunque algo en él, quizás su forma de andar, quizás su ensimismamiento, quizás la manera de vestir, revelaba inocencia. Un pardillo atrapado por una mujer celosa y a punto de reventar.

Un animal peligroso.

Le detuve cuando decrecía el paso para entrar en la tintorería.

—¿Bartolomé?

—Sí.

—Me llamo Berta. —Le tendí la mano más para retenerle en caso de que siguiera andando que por educación. No quería que nos vieran desde la tienda—. ¿Podría hablar con usted un momento?

—¿Conmigo?

Seguíamos con las manos unidas.

—Por favor, no le entretendré mucho. Estoy buscando a una vieja amiga y no doy con ella.

—¿De quién se trata?

—Esperanza Estrada.

Fue eléctrico. La tensión de la mano un segundo antes de soltarme, la mirada rápida en dirección a la tintorería, la contracción del rostro al escuchar la llamarada de aquel nombre.

Él mismo dio un paso atrás.

—Hace muchos años que no sé de ella —recuperó el control de sus emociones.

–Pues he de encontrarla, es muy urgente.

–Lo siento –fue sincero–. Se marchó del barrio y su madre murió.

Tenía que pisar fuerte, interpretar los signos, las pequeñas pistas que configuraban el cuadro mental que ya me había hecho de Jacinta Utrillo y su hija.

O eso o adiós.

–Ustedes fueron novios.

–Yo no diría tanto. –Advertí la tristeza de sus ojos.

–Era el único chico que le caía bien a su madre.

–Porque era el más manejable –sonrió con pesar–. Pero Esperanza tenía otros vuelos.

–Frunció el ceño al preguntar–: ¿Para qué la buscas?

–Mi madre ha muerto, y le dejó unas cosas a la suya. Como también ha muerto, me gustaría dárselas a ella.

–Siento no poder ayudarte.

–¿Sabe de alguien que pueda conocer su paradero?

–No.

–Tuvo varios novios. Quizás alguno...

–No tuvo varios novios –me rectificó rápido y con dolor–. La gente es muy mala y siempre habla de más. Basta con que una chica sea guapa, toda una mujer ya en plena adolescencia, para que la critiquen y se monten películas. El problema de Esperanza siempre fue su madre, que era una bruja egoísta. Yo le caí bien y todavía no sé por qué. Puede que por ser tonto –masticó cada una de sus palabras con amargura lanzado ya a tumba abierta–. Jacinta quería a su hija para ella sola, y para molestarla, Esperanza salía con unos y con otros. Era una guerra. Pero de eso a que fueran sus novios...

Me arriesgué.

–Usted la quería –dije.

No era una mala interrogadora. Ya lo había notado desde el primer día, al investigar el atentado sufrido por papá. Tenía el don de saber llevármelos a mi terreno sin que se dieran cuenta. No me conocían, y a fin de cuentas solo era una chica de dieciocho años por mucho que, tal vez, aparentara uno o dos más. No tenían por qué responderme, y, sin embargo, lo hacían.

Bartolomé Torras no fue distinto.

–Sí, claro. Pero éramos muy jóvenes. –Deslizó una mirada crispada en dirección a la puerta de la tintorería.

—¿Puedo preguntarle algo indiscreto?

—Ya lo estás haciendo.

—¿Ella se quedó embarazada?

—Sí.

Era el primero que me lo confirmaba.

El primero que lo sabía.

—¿Era suyo?

Los ojos expresaban mucho más que sus palabras. Ellos y las cenizas de su rostro.

Bartolomé Torras había bebido los vientos por Esperanza Estrada, como solo el primer amor puede hacerlo.

El más grande y fuerte.

El que nunca se olvida y perdura, por más que estés casado y esperando un hijo.

—Perdone —entendí que me había pasado.

—No, no era mío —me respondió deshinchándose como una pelota pinchada.

—¿Sabe de quién...?

—En aquellos días salía con Rosendo Aliaga —se encogió de hombros—, pero tampoco hay constancia de que fuera suyo. Su madre se la llevó lejos en los últimos meses y después... del crío ya no se supo nada.

—¿Y ese tal Rosendo Aliaga vive en alguna parte?

Frunció el ceño. Remover los recuerdos oscuros de su pasado empezaba a cargarle, y más cuando se dio cuenta de que lo estaba haciendo con una desconocida.

—¿Por qué te estoy contando esto? —pareció preguntarse a sí mismo.

—Por favor...

—No sé dónde está Rosendo —el tono empezó a ser cortante—. Pregúntaselo a sus padres. Viven en la calle Vallespir, 147. Entonces éramos amigo. Yo le presenté a Esperanza. Luego él se fue a vivir con unos amigos.

—No quería molestarle, perdone.

—Es increíble. —Movié la cabeza de lado a lado.

—Si no se tratara de algo urgente no se lo habría preguntado.

—Dudo mucho que Rosendo sepa dónde encontrar a Esperanza.

—Debo intentarlo.

—¿Tan importante es esto?

—La última voluntad de mi madre. —Me revestí con piel de cordero—. Para mí sí lo es.

Le juré que daría con Jacinta y como está muerta, he de encontrar a su hija.

–Está bien. –Reapareció la buena persona que llevaba dentro.

La clase de buena persona que nunca muere.

Habíamos llegado al límite, y la prueba de que todo estaba dicho la tuvimos cuando se abrió la puerta de la tintorería y apareció la embarazada con una cara más larga que un día sin pan.

–¡Bartolomé!

Sonó igual que si llamara a su perro.

–Que tengas suerte –me deseó él.

Me quedé quieta, no fuera que su esposa me lanzara dardos envenenados, y asistí a la escena de ver como un hombre se convertía en un ser sumiso bajo la implacable mano de hierro de una mujer celosa. El desprecio con el que ella me miró fue proporcional al tamaño de su barriga. Allí tenía a «su» hijo y aquel era «su» marido.

Sentí la soledad de la calle.

Me pregunté dónde estaría mi primer amor. Mi primer gran amor. Pronto cumpliría los diecinueve y se me había pasado el arroz, la edad del dolor, las lágrimas y el corazón destrozado. ¿Era rara o simplemente diferente? La vida de la mayoría de chicos y chicas quedaba marcada por ese sentimiento desgarrador que irrumpía a los catorce, quince o dieciséis años. En mi caso todo el mundo se empeñaba en decir que era «muy madura para mi edad». Y eso, más que una virtud, estaba convirtiéndose en una excusa.

La solitaria Berta Mir.

Aprendiz de músico, falsa detective...

Oí gritos en la tintorería.

–¡Coño, Clara, ya vale!

–¡Todas las niñas del barrio revolotean por aquí!

Me aparté de allí.

De camino a casa podía pasar por la de los padres de Rosendo Aliaga.

En cuanto metía las narices en un caso, solía suceder lo mismo: una cosa llevaba a otra, y esta a otra más, y así sucesivamente hasta que las piezas encajaban.

Eso cuando encajaban.

Seguía moviéndome por la misma zona de Barcelona, así que en siete minutos detuve la moto en la calle Vallespir, cerca de Can Bruixa y Marqués de Sentmenat. No tuve que

subir al piso ni preguntar cuál era porque una portera me dio toda la información que necesitaba.

—¿Los señores Aliaga? No están. Suelen llegar más tarde, sobre todo él, que acaba de trabajar a las tres.

—¿Podría darme su teléfono?

—No, hija, lo siento, pero no lo sé.

—Ya miraré en la guía. ¿Su hijo vive todavía aquí con ellos?

—¿Qué hijo?

—Rosendo.

—¡Huy, no, se marchó hace años!

Imaginé que eso era todo, porque preguntarle por una antigua novia...

—Gracias. —Me despedí antes de añadir—: Volveré.

Sonó casi como una amenaza.

11

Llegué a casa un poco antes de la hora de comer, como una buena chica. A la abuela, de natural impertérrita, se le iluminó la cara por un momento.

Si un día le decía que me casaba y dejaba de hacer el tonto, sería la mujer más feliz del mundo.

–En diez minutos, a la mesa –me dijo.

Alejandra ya se había marchado. Entré en la habitación de papá y no supe si sentarme con él y cogerle de la mano o dejarle en paz. Mientras debatía conmigo misma, observé que movía el dedo con el que se comunicaba conmigo.

Sabía que estaba allí.

¿Cómo? Ni idea. Pero lo sabía. Me estaba llamando.

Ocupé mi lugar habitual, a su lado, y puse su mano sobre la palma abierta de la mía.

–Hola, papá.

«H.L.»

–¿Cómo estás ahí adentro?

«P.A.Z.»

–¿Hay alguien más?

Me golpeó con el dedo en lugar de trazar una letra. Eso era un sí.

–¿Quién está contigo?

«T.D.S.»

Todos.

En su mundo autista y oscuro cabían todos.

Quizás, incluso, mamá.

Solíamos tener conversaciones extrañas.

Esa era una de ellas.

«T.R.B.J.O.?»

–Bien. Tengo un par de casos muy sencillos: una niña adoptada que busca a sus padres verdaderos y un niño acosado al que maltratan dos gamberros.

«T.D.N.Ñ.S.»

–Todo niños, sí, ya ves.

Su dedo me dibujó un corazón en la palma de la mano.

–¿Un corazón? ¿Qué quieres decir? Ya sé que me quieres.

Esta vez lo puso con letras.

«N.V.I.O.»

–¿Novio? ¿Yo? –Casi me horroricé–. ¡No!

Increíble. ¿Por qué me hablaba de novios precisamente en ese instante, cuando perseguía el fantasma y el recuerdo de una chica embarazada a los dieciséis años por uno de aquellos novios a los que su madre despreciaba?

«B.R.M.A.»

–Pues vaya broma.

La voz de la abuela me llamó desde la cocina. Le apreté la mano a papá y le di un beso en la frente. Era mi padre, estaba paralizado, lo alimentaban con agujas y líquidos, pero me gustaba como olía a pesar de todo.

–Voy a comer –le susurré al oído.

«H.U.E.S.O.», escribió con todas las letras.

–¿La abuela? Cada día más, y peor.

«J.J.J.»

–Eso, tú ríete. –Me levanté.

Dejé su mano y me lo quedé mirando unos segundos. Nunca volvería a ser el padre que fue. Nunca volvería a escuchar su voz. Nunca me llevaría de paseo con todo su orgullo por bandera. Nunca me acariciaría.

Y yo nunca me atrevía a preguntarle qué veía en su nuevo mundo.

Qué sentía.

Llegué a la cocina y ocupé mi silla con la cabeza en otra parte. Cuando la abuela se sentó en su lugar tuvo que arrancarme de mi abstracción.

–Eh, despierta. –Chasqueó los dedos delante de mi cara.

–Lo siento.

–¿Dónde estabas?

–Pensaba en papá –y de pronto se lo dije–: ¿Tú crees que si pudiera querría morir?

La abuela me miró con ojos perdidos. Ojos que tocaban fondo pocas veces. Hablaba de su hijo. Su único hijo.

–No digas eso –susurró débilmente.

–Pero si quisiera...

–No.

–¿Tú eres católica?

–Creo en Dios.

–Pero no vas a misa, no practicas, no eres de esas que se pasa el día rezando, al menos que yo sepa.

–Se puede creer en Dios y no ser católico.

–O sea que apruebas por los pelos.

–¿Qué forma de hablar es esa? –me espetó.

–¿Qué haríamos si él nos lo pidiera?

–¿Pedirnos qué?

–La eutanasia.

–La gente va a la cárcel por eso, Berta –me recordó.

–Eres su madre y yo su hija. ¿Lo harías?

–No –quiso dar por zanjado el tema–. Y come, que se te va a enfriar.

–Vale, perdona.

Las dos cogimos las cucharas al unísono y atacamos la sopa.

Me sorprendió que fuera ella la que retomara el tema unos segundos después.

–Los que vivimos somos egoístas –reconoció.

–¿Y por egoísmo lo tenemos así?

–¿Qué te pasa? –quiso saber.

–Nada, solo era una pregunta.

–¿Así, sin más?

–Se me ha ocurrido. –Me encogí de hombros.

–¿Estás cansada?

–¿De esto? No. Pero a veces... da que pensar. Si estuviera en su lugar, yo querría morir.

–Eso se dice siempre cuando se está bien, cuando la idea de la muerte es algo muy lejano, pero llegado el momento nos aferramos a la vida, te lo aseguro.

Esta vez sí zanjamos el tema, porque yo no tenía nada más que agregar sin que

entráramos en una discusión generacional y sin fin y porque ella optó por no tirar del hilo para iniciar esa discusión. Acabamos la sopa y le llegó el turno al pescado y la verdura.

Yo volví a pensar en el trabajo.

Miguel Ángel Cuesta había quedado a las diez en el bar.

Seguramente el Panchito, y seguramente con su colega Federico.

—Abuela, esta noche sí llegaré tarde —la advertí.

—¿Trabajo?

Opté por no inquietarla y mentí un poco, cambiando el orden de los acontecimientos.

—No. Tenemos una reunión con el productor que nos va a grabar el disco, para ultimar detalles, cuándo lo haremos, cómo... Supongo que acabaremos tarde.

—Un disco. —Movié la cabeza de arriba abajo con un deje de admiración.

—Solo es para tener una carta de presentación.

—Pero es un disco, podrán ponerlo por la radio y todo eso.

Eran otros tiempos, pero ella no se había dado cuenta.

Tal vez mejor así.

—Ya veremos —dije.

—Como te conviertas en una estrella de esas que no ganan para líos, novios, escándalos y gritos en la tele...

—¿Yo? Eso díselo a Sandra, que es la cantante.

—Te lo digo a ti. Ya sabes que no entiendo esa música, ni lo que decís, pero me gusta oírte, sobre todo cuando cantas tú sola, con la guitarra. Eso sí es bonito.

—Lo malo es que las cantautoras no tienen mucha salida ahora mismo. La gente quiere grupos y caña.

—La otra noche te oí cantar una canción preciosa, con una letra que casi me hizo llorar. Y que conste que no escuchaba detrás de la puerta, ¿eh? Cuando cantas se te oye.

Sabía de qué canción hablaba.

A mí también me gustaba la letra.

Apenas si intercambiamos ya mucho más. Acabamos de comer, llevé los platos al fregadero y, como siempre, antes de que se me ocurriera abrir el grifo, me dijo que me marchara, que de eso se ocupaba ella.

—A este paso nunca seré una buena ama de casa —bromeé.

—¿Para qué quieres tú ser una buena ama de casa? —se lo tomó en serio—. Hoy tenéis el feminismo y todo eso, así que aprovéchalo. Si yo hubiera tenido agallas para decirle a tu

abuelo que también tenía que lavar y planchar y cocinar... ¿Quieres un consejo? Disfruta de los hombres, pero come de tu dinero.

Caray con la abuela.

Me fui a mi habitación para tomarme unos minutos de descanso antes de volver a la carga con mis casos y con la reunión en el estudio de DJ. Una vez en ella, me tendí en la cama y recapitulé con lo poco que había conseguido sobre los padres de Berta Blanch. Si Rosendo Aliaga tampoco sabía nada de ella...

Me levanté de un salto para buscar en la guía telefónica. Encontré un Estrada, E. Llamé con mi móvil y me salió un hombre. Ninguna Esperanza. Tras esto me senté en mi mesa de trabajo y encendí el ordenador. La hija de Jacinta Utrillo tampoco tenía perfil en Facebook. En cambio, los dos acosadores de Mateo Salas sí, y con todo lujo de detalles, gustos, amistades... No es que me sirviera de mucho si quería atraparlos en algo que fuera más allá de su acoso, pero tomé nota de lo que aparecía en sus dos fichas. Por último miré de nuevo en la guía el teléfono de los Aliaga, en la calle Vallespir.

Lo anoté y apagué el ordenador.

Lo último que hice antes de salir de casa fue dejar las tarjetas de la agencia de detectives, por el tema del seguimiento nocturno y los posibles líos en los que me pudiera meter, y coger mi pequeña cámara de fotos digital, con la que también se podía grabar.

Siempre era mejor que el móvil, más luz, más píxeles, más de todo.

Después de tomarle un primer pulso al caso de Berta Blanch, era hora de que se lo tomara también al caso de Mateo Salas, por lo menos conociendo a «mi protegido».

Hora de volver al cole.

12

El colegio de Mateo Salas era un centro escolar de barrio, rodeado por casas y con un patio no demasiado grande para que salieran y quemaran las energías a la hora del recreo. Los horarios anotados por su padre se cumplían, porque nada más llegar vi que los chicos y las chicas salían en manada para irse a sus casas. Un enjambre de madres y abuelas aguardaba a los más pequeños y los coches, algunos, se amontonaban en las aceras creando un pequeño caos circulatorio que debía de ser habitual cada día, así que ni siquiera había un guardia urbano que regulara el tráfico. La foto de Mateo entregada por su padre seguía en la agencia, pero la había memorizado y confiaba en que no hubiera cambiado demasiado. Según Javier Sala, estaba igual que en ella.

Aunque de entrada todos me parecieron hermanos, sobre todo por la monotonía de la ropa, las zapatillas y las mochilas, y pensé que perdería mi oportunidad, acabé descubriéndolo al final, saliendo de los últimos. Cabello corto, cara de pardillo.

La diferencia con el retrato es que no sonreía.

No se entretuvo demasiado. Cruzó la verja, atravesó el bosque de madres y abuelas jirafa, todas alargando el cuello para localizar cuanto antes a sus pequeños, y enfiló por su parte derecha junto a dos amigos o compañeros que hacían la misma ruta. Los tres caminaron inclinados sobre sí mismos, como si el peso de las mochilas los aplastara, con la cabeza baja y sin intercambiar demasiadas palabras. Yo llevaba ya la cámara en la mano, dispuesta para lo que hiciera falta, aunque estaba segura de que no tendría la suerte de grabar una agresión de los dos acosadores a las primeras de cambio.

Más bien imaginé que tendría que hacer aquello varios días.

El trío se mantuvo unido un par de minutos, cuatro calles. Luego los dos que iban con Mateo se separaron de él y doblaron a la izquierda.

El chico siguió solo.

Y solo, sin mayores problemas, llegó a su casa cinco minutos después.

Se metió en el portal y eso fue todo.

Suspiré.

Lo había intentado, y por lo menos no era uno de los días escogidos por los dos gamberros para meterse con él. Me quedaba mi seguimiento nocturno.

Volví a donde tenía aparcada la moto dándole vueltas en la cabeza al tema, porque si Miguel Ángel Cuesta y Federico Ruiz no eran más que dos idiotas sin cerebro, y no cometían ningún otro delito por el que empujarlos, lo único que acabaría quedándome era lo de amedrentarlos.

¿Y cómo hacía yo algo así?

¿Liaba a Lucas y a Iván para que me ayudaran?

No, si los metía en mis asuntos complicaría las cosas. Lucas haría lo que fuera por mí, pero eso no justificaba que le utilizase para algo como tratar de asustar a dos chicos. En materia de trabajo estaba sola.

Sola.

Ni siquiera Alfredo Sanllehí contaba.

Miré el reloj. Faltaba una hora para mi reunión con el grupo y DJ. No era mucho tiempo, y además estaba un poco lejos. Mi única opción para aprovechar el tiempo era insistir en el tema del novio cuyo nombre me había facilitado Bartolomé Torras: Rosendo Aliaga.

Guardé la cámara en el pequeño maletero del vespino, saqué el móvil y marqué el número de los Aliaga que había encontrado en la guía telefónica.

El timbre sonó media vez.

—¿Diga?

Colgué.

Lo único que necesitaba saber era que estaban en casa.

Bajé de Sarrià hasta enlazar con Mitre y de ahí salté a la avenida de Madrid rumbo a Vallespir. Le di un poco de caña para que no se me echara el tiempo encima y me la jugué en un par de semáforos. Lo peor de las multas era que los guardias de tráfico eran capaces de tenerte atrapada durante quince o veinte minutos. Menos cachearte, lo hacían todo, llamar a la central por si la moto era robada, comprobar si debías infracciones y un largo etcétera. Ni todos «mis encantos» podían con eso. La primera vez probé con lágrimas y el clásico «mi padre me mata». La segunda me hice la interesante, porque

además uno era bastante atractivo y joven. La tercera simplemente me enfadé y los llamé de todo. El resultado había sido el mismo en todos los casos: tres preciosas multas.

La portera me reconoció nada más verme.

—El señor Aliaga ya ha llegado —me dijo—. Es el tercero.

Me detuve en el rellano y cincelé una sonrisa amable en mi rostro. El timbre sonó dos veces, ráfagas cortas y rápidas. Al otro lado oí una voz quejumbrosa. O quizás fue un tos, o un lamento. Por si acaso me observaban por la mirilla, sonreí aún más antes de que la puerta de abriera.

En el vano apareció un hombre, cincuenta y muchos, escaso cabello en la cabeza, ojos enrojecidos, como si estuviera durmiendo la siesta. Llevaba una bata o albornoz descolorido y viejo y calzaba pantuflas de estar por casa. No había luz en el rellano, culpa mía, por no darle al interruptor, así que me iluminó el haz procedente del recibidor mientras que a él la penumbra le confirió un aire siniestro.

—¿Señor Aliaga?

—Sí, ¿qué deseas?

—Estoy buscando a su hijo Rosendo.

—¿Rosendo? —lo repitió igual que si fuera la primera vez que oía ese nombre—. Ya no vive aquí.

—Me lo han dicho, pero como nadie sabe dónde para... ¿Podría darme sus señas, por favor?

—¿Tú quién eres?

—Una amiga.

Me observó como si me estuviera examinando. Su hijo debía de andar en la treintena, como Bartolomé Torras, y a sus ojos yo era una cría.

—¿Cómo te llamas?

—Berta —decidí ser rápida, no fuera a ponerme pegas—. En realidad yo no le conozco, claro, pero se trata de mi madre —seguí usando la mentira de su muerte—. Acaba de morir y necesito localizar a una persona a la que ella ha dejado unas cosas.

—Puedes darme el recado a mí y yo...

—No, lo siento. Esto es bastante urgente, ¿sabe?

—No entiendo nada —empezó a despejarse, prueba inequívoca de que sí estaba adormilado cuando llamé—. ¿Qué tiene que ver tu madre con mi hijo?

—Mi madre le ha dejado unas cosas a una vieja amiga a la que no veía desde hace

años, Jacinta Utrillo. Pero ella ha muerto y tengo que localizar a su hija Esperanza. ¿Usted la recuerda?

La respuesta fue el silencio, acompañado de una mirada seca.

—¿Qué edad tienes? —me preguntó.

—Dieciocho.

No podía ser la hija de Esperanza Estrada, si ese era el motivo de su vacilación.

—Sí, recuerdo a Esperanza —suspiró.

—Su hijo y ella fueron novios —puse la directa.

Otro silencio, este más breve.

—No exactamente —dijo tras pensárselo un par de segundos—. Hoy en día todos empleáis la palabra «novio» con una facilidad pasmosa. —Siguió mirándome con fijeza—. Rosendo y esa chica apenas si salieron unas semanas. Yo casi no la conocí.

—Pero a lo mejor su hijo sabe dónde vive.

—Lo dudo.

—Por favor...

—¿De veras quieres ver a mi hijo por esa razón? —Me escrutó como lo haría un policía ante el delincuente mentiroso que niega su delito.

—Claro, señor —me revestí de inocencia—. ¿Por qué lo dice?

—Porque eso fue hace mucho, doce o trece años, ya ni lo recuerdo. Me parece raro que alguien busque a Rosendo para dar con una persona con la que apenas si estuvo unas semanas, o como mucho unos meses —acabó de sincerarse de pronto—: Mi hijo vive en pareja, es feliz. Uno no ve a las antiguas novias cuando tiene la vida encauzada. Además, todo aquello...

—¿Aquello?

—No importa.

Aquello.

Y desde luego, no iba a contármelo.

¿Por qué debería hacerlo, a una desconocida que además era una niña para él?

—Oiga, no quiero molestarle, solo preguntarle si la ha vuelto a ver o si sabe de alguien que pueda conocer su paradero —disparé mis últimas balas—. Es la última voluntad de mi madre. A mí ni me va ni me viene, pero le juré en su lecho de muerte que cumpliría sus últimos deseos.

—Rosendo vive en el barrio de la Ribera, en la calle Bonaire número 5, cerca de la

plaza de les Olles –arrió velas mi desconfiado interlocutor.

–Gracias. –Quise irme cuanto antes.

Pareció que iba a decirme algo más, pero detuvo el gesto y cambió de opinión. Me respondió con un lacónico «no hay de qué» y cerró la puerta.

Yo bajé la escalera pensando en qué podía haber sido «aquello».

¿El embarazo de Esperanza?

La portera barría el vestíbulo. Dejó de hacerlo al verme aparecer. Solo por probar le pregunté:

–¿Llegó usted a conocer a una chica llamada Esperanza?

–¿Esperanza? No.

–Muy guapa, novia de Rosendo Aliaga hace unos trece años.

–Recuerdo ver a un par de chicas con el hijo de los Aliaga, sí, pero sus nombres...

–Lo siento, perdone.

–No pasa nada.

Ahora sí tenía que ir a mi cita con nuestro futuro productor discográfico.

Después de lo del día anterior, no podía ni siquiera llegar cinco minutos tarde o al final, a pesar de Lucas, me echarían del grupo.

13

El estudio de grabación de DJ era un pequeño cubículo acolchado y conectado a una sala protegida por un doble cristal con la mesa de mezclas y el equipo principal. Cada estudio tiene su sonoridad, su propia huella digital, o mejor dicho auditiva, apenas apreciable pero distinguida por los expertos, y el de DJ había conseguido la suya en apenas cinco años. Tenía cola para grabar allí bajo su producción. Sobre todo cola de grupos como el nuestro, desconocidos, siempre dispuestos a tentar al público y la fama aun a costa de vender su camisa o su alma al diablo. DJ, por otra parte, era un espécimen característico del mundillo musical patrio. Un pequeño rey del tinglado. Algunas ideas innovadoras, un par de discos que habían funcionado reportándole una rápida fama como productor, algo de moda pasajera y el sello de su estudio-santuario, en el que como mucho cabía un conjunto de cinco o seis personas, porque con diez ya era imposible moverse.

Le di tanta caña a mi moto, que llegué la primera, casi diez minutos antes de la hora prevista. DJ, larguirucho, seco, ojos saltones, manos de pianista, ligón perdonavidas, como si todas las chicas soñaran con cepillárselo, vestimenta estrafalaria consistente en unos pantalones rojos, una camiseta verde y una chaqueta a rayas, me obsequió con un repaso general que me hizo temer que tuviera rayos X en la vista. Era capaz de decirles a Sandra y a Marcos, a los que consideraba, con razón, los líderes del grupo, que yo sobraba por no dar la talla. Ni estaba buena ni iba de agresiva para parecerlo.

Por lo tanto se limitó a decirme:

—Puedes echar un vistazo, tú misma.

Y él siguió en la cabina, con unos auriculares, manipulando en la mesa de mezclas su última o penúltima producción.

Hice lo que me había dicho: echar un vistazo. Me metí en el estudio y paseé por aquel reducido espacio en el que en unas semanas daríamos forma a nuestro primer disco,

nuestro primer sueño. Los detalles, los sabríamos en unos minutos, después de que habláramos con DJ y nos dijera lo más importante: el coste definitivo del disco según las horas de estudio y el número de copias que decidiéramos prensar.

Lo consiguiéramos o no, algún día nos acordaríamos de todo eso.

Cerré los ojos y entoné unas líneas de una canción mía.

Desnúdate,
quítatelo todo,
pero déjate
el corazón,
para que a mi modo
lo haga pasión...

La voz sonó preciosa, perfecta, sin ningún eco. Iba a grabar como parte de nuestro grupo, La Séptima Cuerda, pero también soñé que yo estaba allí sola, con mi guitarra, registrando un puñado de mis temas.

Abrí los ojos y vi que DJ me miraba a través del cristal.

–Eso estaba bien –me dijo por el altavoz del estudio.

–Gracias.

–Pero tú no eres la solista.

–No, bajo y segunda voz.

–¿Has hecho algo por tu cuenta?

–No.

–Podría buscarte cosillas, *jingles*, publicidad... –se ofreció de pronto.

–No me veo yo...

–Si quieres vamos a cenar y te cuento –remató su aproximación básica.

Empecé a pensar que me había equivocado, que no les diría a Sandra y a Marcos que yo sobraba. O eso o, tal y como se decía, se lanzaba sobre todo lo que fuera del sexo opuesto.

Incluida yo.

–Mejor propónselo a Sandra. La guapa es ella –le enseñé los dientes en una falsa sonrisa.

–Iba de legal. –Levantó las dos manos como si le apuntara con una pistola–. Y te lo

digo a ti.

Hablaba en serio.

Me lo decía a mí.

–¿No te gusta Sandra?

–¿Qué tiene que ver Sandra con esto?

–No sé, todos los que conozco babea por ella.

–¿Esa es tu excusa?

–Yo no me excuso –me puse roja.

–Mira, cariño: eres atractiva aunque lo disimules, cantas bien, he visto las dos letras tuyas en las canciones que me pasasteis y eres, con mucho, la que mejor escribe. Tienes alma, sensibilidad. No me digas que vas de bajista frustrada o de cantante de relleno.

El tipo disparaba a dar.

Sin cortarse un pelo.

–No –dije por decir algo.

–Menos mal, porque no es eso, ¿vale? ¿Tienes novio?

–No.

–Mejor así. Trabaja, escribe. Y recuerda que en un grupo de verdad no hay rellenos. Todos cumplen una función. En cuanto uno pierde comba, el equipo se resiente. –Su tono se había endurecido, pero recobró la amabilidad al agregar–: Y solo quería cenar contigo, coño.

–¿Sin segundas?

–Hombre –se echó a reír–. Ni soy de piedra ni dejo nunca de intentarlo si algo me gusta.

Me quedé sin respuesta porque en ese instante aparecieron Lucas e Iván por la cabina.

Salí del estudio con la cabeza del revés tras la breve charla con DJ, o lo que hubiera sido aquello, porque no estaba muy segura del todo. Cuando entré en la cabina de control todavía se estaban estrechando las manos con nervio y efusividad. El dueño del local ni me miró.

Las oportunidades, al vuelo.

La conversación se hizo trivial durante un par de minutos, hasta que apareció Marcos. Comenzó a hacerle preguntas a DJ, junto con Iván, y Lucas y yo lo aprovechamos para volver al estudio.

–Tiene una sonoridad perfecta. –Le hice ver dando una palmada.

–Genial.

–Esto saldrá bien, ya verás. Vamos a grabar un pedazo de disco –me sentí súbitamente animada.

–Ya veo que los planes de hacer un dúo tú y yo... –sonrió él cansinamente.

–Eh, eh. –Me puse delante y le cogí las dos manos–. Siempre hay tiempo para eso si algo falla o sale mal, pero ahora mismo, y más después de lo mucho que hemos actuado este verano, sonamos de coña, lo hacemos bien. Creo que estamos en el camino.

–Que sí, tía, perdona –asintió el teclista.

–No pasa nada. –Le miré con ternura–. Venga, ¿no estás contento?

–Lo estoy.

–No lo estropeemos con malos rollos entre nosotros, y más ahora que Marcos se ha calmado y yo ya no tengo fantasías de cría.

Me miró con ojos de carnero degollado. Ojos de amor.

¿Nunca dejaría de estar enamorado de mí?

Yo jamás sentiría algo por él.

A veces la vida era una putada, un campo de minas constante.

–¡Eh, ha llegado Sandra! –Se abrió de nuevo el micrófono de comunicación entre la cabina y el estudio.

Regresamos para unirnos al resto.

Hora de planificar nuestro futuro inmediato.

Había una salita adjunta, pero más pequeña que todo lo demás, así que nos acomodamos como pudimos en la cabina. DJ, Sandra y yo en las únicas tres sillas acolchadas. Lucas y Marcos de pie. Iván sentado en el suelo y apoyado en la puerta. Era el batería pero siempre daba la impresión de estar cansado. Como cada hora contaba, y el tiempo tenía un precio, DJ tomó la palabra.

Y nos soltó el rollo de corrido.

–He escuchado vuestra maqueta un par de veces. De las veinticinco canciones hay quince muy buenas, que son las que grabaremos. A ver... –levantó las manos–, podríamos hacer diez para el disco, o doce, si queremos que el CD tenga algo más y no se nos haga corto. Pero mi consejo es que, por un poco más, aprovechemos el estudio y el tiempo y registremos las quince que tengo claras. No es por dinero, es por vosotros. Siempre tendréis la opción de editar luego un segundo disco, un mini-CD con cuatro canciones, las tres sobrantes y una del primer disco. ¿Qué me decís?

Nos miramos unos a otros.

Y como siempre, fueron Sandra y Marcos los que dijeron:

–Bien.

–Perfecto, ¿no?

Lucas, Iván y yo asentimos con la cabeza.

–¿De qué quince canciones hablamos? –quiso saber Marcos.

DJ alargó la mano, cogió una hoja de papel de debajo de un par de carpetas y se la pasó. Sandra se acercó para leer el listado. Y también Lucas.

–«Ambiente cero», «Sueños», «Geografía», «Pájaro azul», «Nebulosa», «Amarillo», «Quiero», «Pensamos demasiado»... –las enunció en voz alta el guitarra–. ¿No está «Marcando onda»?

–No –fue tajante DJ.

Y no dio la menor explicación.

Marcos tampoco abrió la boca para insistir en el hecho de que no estuviera el que él consideraba su mejor tema.

Eso quizás lo hiciese más adelante.

Lucas me miró. Entre las quince elegidas estaban «Quiero» y «Siete minutos para la revolución», dos de mis letras, y la primera con música suya.

–Berta tendría que cantar «Quiero» –dijo DJ–. Ella sola, desnuda, solo acompañada por el teclado.

Hasta yo levanté las cejas.

–Tiene una voz bonita –quiso dejarlo claro él, hablando en neutro, para todo el grupo–. Y me parece un error prescindir de una segunda solista que debería ser un contrapeso de la primera. Además, la letra es suya, le da otra sensibilidad. ¿Algún problema? –Miró a Sandra.

–No, no –su voz sonó sincera–. En los directos ya lo hace con alguna canción y siempre le pedimos que escriba más cosas. –Y me miró directamente, como una amiga, por si tenía alguna duda.

No supe qué decir.

Tampoco hubo tiempo.

–Todavía no sé con cuál me quedaría para un primer *single* de lanzamiento, así que de eso es mejor no hablar ahora. Primero grabamos y luego lo decido –dijo «decido», no «decidís»–. Lo que está claro es que siempre es mejor empezar con un tema marchoso,

fuerte, y luego redondear con un segundo *single* más suave. «Quiero» incluso podría ser ese segundo *single*, porque es verdaderamente preciosa. Lo que me gusta de vosotros es que tanto le dais duro a lo más rockero como bordáis las baladas, hacéis pop, música alternativa... Este verano habéis dado un gran salto. Tal y como estabais antes no os hubiera producido, que quede claro.

Oír la verdad en voz de un profesional, aunque fuera como DJ, una *rara avis*, nos sonó a música celestial.

Hasta Lucas sonrió con orgullo.

—Ahora pasemos a lo esencial —se puso serio y nos barrió con una mirada como de «fin de la fiesta, comienza la realidad»—. La pasta.

Yo cerré los ojos.

Seguía faltando mi parte.

—¿Cuál sería el coste total? —preguntó Marcos—. Hablamos de unos siete u ocho mil euros.

—Eso fue antes de escuchar todos los temas, ver el potencial, darme cuenta de que estamos ante una muy buena oportunidad, ¿me sigues?

—O sea, que va a ser más.

—O sea, que sí —asintió DJ.

—¿Cuánto más? —inquirió Lucas.

—No vamos a grabar diez temas, sino quince. Y como los tenéis muy bien ensamblados ya, lo que sí puedo deciros es que lo haremos como falso directo, una sola toma, dos si metemos las voces aparte o las doblamos en determinadas canciones. Eso os dará mucha fuerza, que es una de vuestras mejores bazas. Reduciremos horas de estudio posiblemente, pero yo tendré más trabajo a la hora de las mezclas y el acabado. Luego hay que decidir cuántas copias queréis, si solo pensáis vender los discos en vuestros conciertos o si los daréis a una distribuidora para que los ponga a la venta, paso arriesgado pero... —Hizo un gesto para remarcar las evidentes ventajas de esa posibilidad—. La diferencia entre prensar más discos tampoco es tanta y por lo general sale más a cuenta. También está el tema de los *singles*, uno, dos... Yo os diría que apostarais fuerte. Y soy honesto. No creáis ni por un momento que trato de sacaros la pasta o engañaros como pardillos, porque este no es mi juego. Somos profesionales, todos. Vosotros desde el momento en que piséis el estudio, también. Preguntad por ahí y

os dirán que DJ es trigo limpio. Hablo alto y claro. Una reputación tarda en forjarse, pero se pierde en un abrir y cerrar de ojos.

–Lo sabemos –quiso tranquilizarle Marcos.

–Entre unas cosas y otras, yo no bajaría de los diez mil euros –acabó de sentenciarnos–. Dos mil por cabeza.

Fue eléctrico.

Todos me miraron a mí.

Incluso DJ.

Por suerte no me dio tiempo a ponerme colorada de nuevo o a tratar de balbucear cualquier estupidez.

–En cuanto tengáis el dinero, os programo. Si me decís algo en un par de días, os meto en el estudio en diciembre, porque acaba de quedarme un hueco, y tenéis el disco listo para marzo o, como mucho, abril. Justo para que deis caña en verano. –Y agregó para que quedara claro–: Yo no fío. No puedo. Jamás lo he hecho con ningún grupo, aunque fueran los Beatles. Es vuestro dinero y mi trabajo, ¿de acuerdo?

–Claro –asintió Marcos.

Dos mil euros por cabeza.

En mi caso, dependía de muchas cosas, entre ellas una racha de buena suerte.

DJ seguía hablando como una ametralladora.

–¿Alguna pregunta más? –Nos abarcó con una mirada tan global que acabamos sintiéndonos todos como si fuéramos una solo.

14

Apenas si hablamos al salir del estudio de DJ, porque cada cual se fue al local de ensayo por sus propios medios, pero nada más aterrizar en él nos quedamos mirando los unos a los otros expectantes.

–Joder... –lo resumió Iván.

Entonces nos echamos a reír y nos abrazamos los cinco formando un corro.

Éramos un grupo.

Finalmente lo habíamos conseguido.

–Ya os dije que este verano estuvimos sensacionales –insistió Lucas.

–¡Grabamos en diciembre y tendremos disco en primavera! –se estremeció Sandra.

De pronto, ni ella iba de estrella, ni Marcos pretendía ser el líder por el mero hecho de tocar la guitarra y destacar en escena.

De pronto nos sentimos uno.

–Vamos a trabajar duro, ¿vale? –propuso Lucas.

–¿Más? –Puso cara de agobio su hermano.

–¡Sí, más, gandul! –Se le echó encima y le agarró por el cuello.

Nos reímos todavía más, relajándonos, hasta que Marcos y Sandra me miraron y llegó el momento de la verdad.

Dependía de mí.

–¿Tendrás el dinero? –preguntó la cantante.

Lucas e Iván dejaron de hacer el burro.

–Sí. –Tragué saliva.

–¿En dos días? –se extrañó Marcos.

–Tengo un par de casos, y creo que los estoy llevando bien –mentí con aplomo–. Dadme esos dos días, ¿vale?

–¿Podemos poner quinientos más cada uno de nosotros, o lo que te falte? –Paseó una

mirada alternativa Lucas.

–Yo no puedo sacar más –fue sincero Marcos.

–No hace falta, en serio –dije yo–. Aunque tenga que vender sangre o un óvulo, conseguiré esos dos mil euros.

–Yo te compro el óvulo –se ofreció Lucas.

–Eso, lo congelas junto a un poco de tu semen y dentro de cien años tenéis un hijo póstumo –se burló Iván.

Esta vez su hermano no se contentó con agarrarle del cuello.

Se le echó encima y lo aplastó, a pesar de que el batería tenía unos brazos musculados para aporrear bien su instrumento.

Los dejamos pelearse y, por lo menos, nadie volvió a preguntarme si de verdad podría reunir los dos mil euros. Yo pensaba en el dinero de Berta Blanch y de Javier Salas, guardado en la agencia. ¿Lo necesitaba más en casa o para poner un poco de sal en mi futuro?

Cerré los ojos.

Ya pensaría en ello más tarde.

–Venga, dejad de hacer el burro, que tenemos de ensayar –protestó Marcos, colocándose la guitarra en bandolera.

Iván y Lucas se separaron. El primero, congestionado, se sentó a la batería. El segundo hizo lo propio frente a su conglomerado de instrumentos de teclado. Yo ya tenía el bajo a punto.

–¿No os ha extrañado que escogiera «Pensamos demasiado»? –preguntó Sandra.

–¿Por qué? Es nuestro único rapeado y está muy bien –apuntó Iván.

–Pero es tan comercial...

–¿Qué pasa, que tenemos que ser serios y tocar siempre cosas trascendentales? Mira los Beatles con «Yellow submarine» –la corrigió Lucas.

Iván comenzó a tocar la batería inesperadamente, marcando el machacón ritmo de «Pensamos demasiado», sin duda nuestra canción más divertida y optimista. Se le unió primero Lucas con el teclado y yo acabé marcando el ritmo con el bajo. El tema lo interpretaba Marcos, con Sandra y yo a dúo en los coros.

El local volvió a ser el cuenco de nuestra energía.

Mucha gente piensa:

«No voy a conseguirlo».

«Saldrá mal.»

«No podré.»

Uh, uh, uh, pensamos demasiado.

Uh, uh, uh, me voy al otro lado.

Luego no lo consiguen,

sale mal,

no pueden,

y suspiran: «Ya lo decía yo».

Uh, uh, uh, pensamos demasiado.

Uh, uh, uh, me voy al otro lado.

Yo siempre digo:

«Voy a conseguirlo».

«Saldrá bien.»

«Podré.»

(Uh, uh, uh...)

(Uh, uh, uh...)

Si lo consigo, digo:

«Bien, salió, pude».

Pero si sale mal, suspiro:

«Al menos todo este tiempo,

todo este tiempo,

he sido feliz,

oh, sí,

pensando que saldría bien».

Uh, uh, uh, la gente se hace un lío.

Uh, uh, uh, no sé por qué me río.

Uh, uh, uh, pensamos demasiado.

Uh, uh, uh, me voy al otro lado.

Uh, uh, uh, la gente se hace un lío.

Uh, uh, uh, no sé por qué me río.

Acabamos como siempre que lo interpretábamos, cantando y riendo, porque el final era una especie de apocalipsis instrumental y vocal.

Dos horas después, habíamos ensayado ya los quince temas elegidos por DJ para el disco. Sabíamos que tendríamos que machacarlos sin parar hasta diciembre, para que sonaran perfectos, un día tras otro, y otro, y otro más.

Pero ya no era aburrido.

Hicimos un alto para descansar y refrescarnos, porque seguía haciendo calor. Nos sentamos en el suelo con una cerveza por barba en la mano, en silencio, hasta que Marcos lo rompió.

–Desde ahora el que no venga a un ensayo se la carga.

Iba por mí.

Pero no tenía opciones de rebelarme.

–Siento lo de ayer –me rendí.

–Díselo –intervino Lucas.

–No importa –hice un gesto indiferente.

–¿Decirnos qué? –preguntó Sandra.

Era demasiado tarde para escurrir el bulto.

De todas formas, el que habló fue Lucas.

–La detuvieron y la metieron en la cárcel.

–¿En serio? –La cantante del grupo no podía creerlo.

Miré con disgusto a Lucas, aunque tampoco tenía por qué ser un secreto.

–Fue en la mani –confesé.

–¿Y qué hacías tú en la mani?

–Algunas queremos protestar por la situación, ¿vale? –Me sentí irritada por su frivolidad.

–Ya, pero teníamos ensayo, y si te hubieran roto un brazo...

–¿Te hicieron daño? –inquirió Iván.

No tuve el menor pudor en bajarme parte de los pantalones y las bragas para

mostrarles el inmenso cardenal de mi culo. La que más se horrorizó fue Sandra.

–¡Por Dios! ¿Eso fue un golpe de porra o una patada?

–La patada se la llevó él entre las piernas.

–¿Le machacaste los huevos a un antidisturbios? –alucinó Iván.

–Sí –mostré mi parte de orgullo.

Sandra continuaba estremecida por la coloración de mi trasero.

–¿No te duele? –insistió con angustia.

–Solo cuando me río o me tiro un pedo.

Fue suficiente para que se relajaran de nuevo, soltando una carcajada general. Incluso mi compañera.

Tema zanjado.

Nadie preguntó cómo me había librado.

Ensayamos una hora más, hasta las nueve de la noche. Me quedaba otra para cenar algo rápido, un bocadillo, y seguir a los dos acosadores de Mateo Salas.

«A las diez en el bar.»

Suponiendo que el bar fuera el Panchito, claro.

Cuando salimos del local de ensayo no quise quedarme a hablar con Lucas, como solía hacer a veces si no tenía prisa. Me despedí a la carrera, les dije que tenía trabajo y me subí a la moto. Me acerqué a la plaza Artós directamente, aparqué, cogí la cámara y busqué un bareto para lo del bocadillo. Mientras esperaba que me lo trajeran, saqué el móvil y miré la pantalla.

Tenía una llamada perdida.

De Javier Salas.

No era tarde, las nueve y media, así que se la devolví y salí a la calle para que nadie escuchara mi conversación. Bastaron dos zumbidos para que el padre del niño se pusiera al aparato.

De inmediato supe que pasaba algo.

Por el tono de su voz.

–Me gustaría hablar con el señor Mir, aunque fuera por teléfono –soltó a las primeras de cambio.

–Lo siento, pero...

No me dejó seguir.

–¡Han vuelto a hacerlo, maldita sea! ¡Si no actuamos pronto mi hijo no lo resistirá!

¡Acabamos de empezar el curso y ya estamos igual, por Dios!

–Espere, espere –intenté detener su exaltación–. ¿Cuándo han vuelto a acosarle?

–¡Esta tarde!

–¿A la salida del colegio?

–¡Sí, a la salida del colegio, sí!

¿Me había equivocado de niño?

–¿Qué ha sucedido?

–¿Me lo preguntas en serio? ¿Qué quieres que haya sucedido? Le han esperado en la calle, le han acorralado, le han empujado contra una pared, le han escupido en la cara, le han dado algunas bofetadas y le han vuelto a amenazar. ¡Eso es lo que ha sucedido! ¡Pero mañana, en lugar de escupirle y humillarle así o darle unos cachetes, le harán más daño, o se lo hará Mateo a sí mismo!

–¿Y eran los dos de siempre?

–¡Pues claro que eran esos dos! ¡Me has dicho que el detective se ocuparía hoy mismo de esto!

–Y lo está haciendo. –No supe cómo detener su enfado sin contarle la verdad, que a su hijo no lo había acosado nadie aquella tarde–. Ahora mismo está siguiendo a los dos chavales para ver qué hacen esta noche.

–Si mañana no tenéis algo...

–Le llamaré –lo pensé mejor–. O iré en persona, descuide.

¿Cómo se le decía a un padre que su hijo mentía?

Por lo menos aquella vez.

¿Y si iba a seguir a dos simples gamberros por nada?

No dudaba de que el acoso hubiera existido en la escuela, cuando todos iban al mismo lugar, pero ahora...

–Mañana –me advirtió Javier Salas.

–Tranquílize a su hijo, y siga manteniendo en secreto que nos ha contratado.

–No le he dicho nada, aunque cuando me lo ha contado llorando he estado tentado de hacerlo. Maldita sea... a mi mujer y a mí se nos ha roto el corazón.

–¿A ella le ha dicho que ha venido a vernos?

–Sí, claro.

–¿Por qué no va a recogerle su mujer a la escuela mañana, solo por si acaso?

–Trabajamos, y además Mateo no quiere.

–Por precaución.

–¿No iba a hacerlo el señor Mir?

Terreno pantanoso. O le contaba la verdad o esperaba.

Y era mejor esperar.

–Veinticuatro horas, señor Salas. Se lo prometo.

–De acuerdo –se rindió.

Corté la comunicación y regresé adentro, donde ya me esperaba el bocadillo, que debía zamparme en quince minutos si quería estar a las diez menos cinco frente al bar Panchito.

15

Engullí el bocadillo tan rápido que llegué al bar Panchito diez minutos antes de la hora.

Ni Federico Ruiz ni Miguel Ángel Cuesta estaban dentro.

Enseguida me asaltó la duda.

¿Y si era otro bar?

¿Por qué había dado por supuesto que se trataba del mismo en el que primero había localizado a Cuesta?

—Tú y tu instinto... —me flagelé un poco.

Los siguientes quince minutos fueron de angustia, mientras me picoteaba el cerebro la charla que acababa de tener con el padre de Mateo Salas.

Era él, seguro. El de la foto. Además había ido a su casa. La dirección era la misma.

Y nadie le había acosado.

Nadie.

Entonces, ¿a qué venía todo aquello?

Miguel Ángel Cuesta llegó a las diez y cinco. Vestía más o menos igual que por la mañana, aunque la camiseta, muy moderna y muy roja, parecía limpia, recién sacada del armario donde su más que solícita madre debía tenerlas siempre a punto. Se sentó en la barra y pidió la primera cerveza. Por encima de su cabeza, el eterno televisor emitía imágenes de un interesantísimo partido de rugby. Los siguientes minutos estuvo enganchado con los intentos de unos y otros por conseguir un *ensayo*. Federico Ruiz apareció cuando su amigo ya se había terminado la cerveza. Le dio un codazo a modo de saludo y se sentó a su lado riendo.

Porque empezaron a reírse y no pararon.

Felices.

La descripción del segundo acosador que me había hecho Javier Salas era tan buena como la del primero. Federico Ruiz mediría un poco más de metro setenta, llevaba el

cabello prácticamente al cero o al uno, pendientes en ambas orejas y era un puro hueso. Sobresalía su nariz aguileña, que venía a ser una quilla con la que rompía el aire al andar. Igual que Miguel Ángel Cuesta, al que decidí llamar MAC, llevaba los pantalones muy caídos y una camiseta un par de tallas mayor, sin mangas, para que se vieran los tatuajes de los brazos y el cuello. Uno y otro eran dos lienzos ambulantes, aunque de lejos me era imposible apreciar los dibujos o los signos. La cresta mohicana de MAC, lo mismo que su perilla, la nariz de boxeador y la cicatriz en la mejilla, formaban el contrapunto perfecto de su compañero de avatares. Tal para cual, con los mismos signos de identidad en la ropa o los tatuajes, pero diferentes y con su sello personal en la imagen.

–Vamos, dadme algo –les pedí desde el otro lado de la calle, sentada en mi moto, expectante frente a lo que pudiera suceder a partir de ese momento.

A las diez y media, ya con dos cervezas cada uno en el colete, salieron del Panchito y echaron a andar.

Por un instante, vacilé entre si seguirlos a pie o utilizar la moto. Decidí lo segundo, lo práctico, para que no me dejaran colgada, así que a una velocidad de tortuga y a una considerable distancia, conduje con miedo de que se metieran en una calle en dirección contraria y los perdiera, salvo que me bajara y la empujara por la acera.

Ninguno de los dos volvió la cabeza.

De vez en cuando, como dos idiotas, se daban codazos, se reían o levantaban la voz. En los siguientes quince minutos, las dos únicas incidencias dignas de ser mencionadas fueron el leve acoso a una chica que acabó medio corriendo para alejarse de sus sandeces y el orín que dejó en plena calle MAC, incapaz de contener su esfínter.

La caminata se detuvo en un bar de la calle Bisbe Sivilla.

La Pola.

Había oído hablar de una heroína de la guerra de la independencia de las colonias españolas del norte de Suramérica, Colombia y Venezuela, doscientos años antes, en los tiempos de Simón Bolívar, pero no estaba segura de que se tratara de la misma Pola. En cualquier caso, Federico Ruiz y MAC se metieron dentro y, sin detenerse en la barra, cruzaron el local hasta desaparecer por una puerta situada al fondo.

Me quedé en la calle, a la espera de acontecimientos.

Y mientras, examiné los alrededores.

La Pola era un bar con cierto buen gusto, a mitad de camino de lo que cualquier moderno llamaría «un local de copas». Una barra aerodinámica, mesas y sillas de diseño,

luces tenues y gente que, sin llegar a lo más chic, podían pasar por elitistas de medio pelo y nuevo cuño. A la derecha del bar había un edificio de tres plantas muy nuevo. A la izquierda, un solar vacío con una valla vieja, porque en un par de lugares los ladrillos ya se habían caído y cualquiera podía colarse dentro. La valla estaba cubierta de pósteres y carteles como los de mi incidente en el caso del chantajista pelirrojo.

Ya no podía ver un cartel sin acordarme de aquello.

Pensé en tomármelo con calma, pero mis dos perseguidos reaparecieron en menos de cinco minutos.

Ahora, Federico Ruiz llevaba una pequeña mochila a la espalda.

Disimulé lo que pude, porque estaba muy cerca de ellos y si me veían seguro que acababan metiéndose conmigo, como habían hecho con la otra chica. Por suerte enfilaron hacia el otro lado.

Tuve que espabilarme porque pararon un taxi en la esquina de Muntaner.

—¿Adónde coño vais? —rezongué en voz alta.

La persecución tuvo momentos de riesgo, sobre todo cuando dejaron las calles y los semáforos y cogieron la Ronda de Dalt, momento en que el taxi se puso al límite de ochenta kilómetros por hora. Un par de veces creí perderlos. Un par de veces me jugué el tipo. Un par de veces me busqué el palo de una multa y el final de mi seguimiento. Cuando dejaron la Ronda me alegré, porque el taxi redujo de nuevo la velocidad y pude mantener las distancias sin riesgo de matarme. Antes de darme cuenta estábamos en uno de los polígonos de Santa Coloma.

Y no uno cualquiera.

Allí la vida estaba a tope.

Pura adrenalina.

Macrodiscotecas, zonas de aparcamiento repletas de coches y motos, una variada flora y fauna humana trashumando bajo la noche, unos con botellas y latas, otros disfrutando ya de besos y caricias presagiando lo mejor, risas, gritos, los primeros vómitos a pesar de que la fiesta acababa de empezar...

Recordé la canción de los Beatles, «Eleanor Rigby»:

Toda esa gente solitaria,
¿de dónde ha salido?

Toda esa gente solitaria,
¿a dónde pertenece?

A veces me costaba creer que yo tuviera dieciocho años.

Porque de entre todas aquellas miles de personas, yo era la única que no estaba allí por diversión, sino por trabajo, y porque aunque no trabajara me seguiría sintiendo una marciana.

La rara.

No pude despistarme mucho. Fede y MAC se bajaron del taxi. Yo paré la moto. Si se metían dentro del local más cercano, los perdería.

—¿Y qué? —suspiré—. Esos dos han venido a pasarlo bien, nada más.

Pero, entonces, ¿por qué la mochila?

Me estremecí.

Me acerqué lo más que pude a los dos, pero no hizo falta que pegara mi dolorido trasero al suyo, porque no caminaron en dirección a la entrada de la macrodiscoteca.

Más bien al contrario.

Se dirigieron al aparcamiento.

Ellos, el bar La Pola, la mochila...

Empecé a comprender de qué iba aquello.

Cuando llegaron al fondo del aparcamiento, Fede buscó una zona en la que sentarse. La encontró entre dos coches y la valla que delimitaba aquel espacio. Acto seguido, MAC desanduvo lo andado, conmigo siguiéndole a corta distancia, y entonces sí acabó entrando en la macrodiscoteca.

Nadie le pidió el carné.

Uno de los seguratas le saludó con la cabeza.

Nada más.

Tenía a Fede sentado en el aparcamiento y a MAC fuera de mi alcance, porque meterme allí dentro era una temeridad, eso si el segurata me dejaba pasar. De todas formas la certeza de lo que iba a suceder a continuación ya me resultaba de lo más evidente. No hacía falta ser muy lista para darme cuenta del cuadro.

Fede salió a los siete minutos, acompañado por otros tres chicos.

Tendrían diecisiete o dieciocho años, vestían informalmente, pero al menos uno mostraba un deje de clase en la ropa o detalles como el corte de pelo y el reloj. Fueron

de la puerta de la discoteca hasta el lugar en el que esperaba MAC, y una vez allí, la transacción fue rápida.

El dinero pasó de los tres chicos a Fede.

Las pastillas, casi con toda seguridad éxtasis o alguna de sus variantes, de MAC a ellos.

Luego se marcharon.

No pude oírlos, pero daba lo mismo.

Busqué un buen lugar, saqué mi cámara digital, y pese a la falta de luz empecé a grabarlos.

Los siguientes treinta minutos no tuvieron desperdicio.

El supermercado estaba abierto.

En uno de los momentos de calma, mientras Fede iba a por más clientes, eché un vistazo a mis grabaciones. No tuve más remedio que maldecir por lo bajo, porque a pesar del *zoom* apenas si se veían unas formas oscuras moviéndose a unos metros, sin la menor precisión de lo que estuvieran haciendo y sin que se oyeran sus voces.

Aquello no servía como prueba, aunque con lo que ya sabía, bastaba para que Alfredo les metiera un buen puro. Lo justo para quitarlos de en medio una temporada.

Alfredo estaba en homicidios, no en drogas.

Busqué un lugar más cercano.

O me la jugaba o...

Rodeé un par de coches, llegué a menos de diez metros, me puse lo más cómoda que pude y esperé.

¿Y si fingía ser una clienta?

No, si no lo grababa era absurdo.

Los nuevos clientes eran un chico y una chica, ella de aspecto angelical. Iban cogidos de la mano. Por fin pude oír la voz de Fede en el silencio del aparcamiento.

—Con esto vais a volar —decía—. Y si la tomas antes del polvo, fijo que os lleva al cielo. Es demasiado.

—¿Quince euros cada una?

—Es que son la bomba. Se paga la novedad. ¿Por qué te crees que las llamamos martillo? Mira, si compras cuatro, dos para que lo paséis bien ahora, y dos para después... te las dejo por cincuenta, ¿qué dices? Te ahorras diez euros.

—Cuarenta.

–Oye, tío, que esto no es un bazar moro –se disgustó Fede–. Lo hago porque me caéis bien. ¿O es que ella no lo vale?

El chico miró a su novia. Ella no abría la boca.

–No tenemos toda la noche –dijo MAC.

Entonces sucedió lo inesperado.

Incluso yo me asusté.

Los dos hombres, dos armarios, salieron de alguna parte, emergiendo de la noche, como fantasmas a pesar del bulto que hacían. Los pillaron por sorpresa. Uno cernió sus dos manazas sobre el chico y la chica. El otro atrapó a Fede y a MAC. Los cuatro se convirtieron en marionetas movidas por sus manos.

El que sostenía a la parejita dijo:

–Largaos.

Le obedecieron sin chistar, a la carrera.

Quedaron Fede, MAC y los energúmenos.

–Pero qué... –intentó hablar el primero.

El puñetazo le dejó sin aliento, doblado sobre sí mismo. No cayó al suelo porque seguía colgando de la otra mano del tipo. El que mantenía quieto a MAC le cogió la mochila.

Después le sacudió en la cara.

MAC se fue a hacerle compañía a Fede. Ahora sí los soltaron y los dos cayeron al suelo hechos un guiñapo.

Casi al momento se escuchó el ronroneo del motor de un coche.

No mostraron el menor signo alarma, al contrario.

Una camioneta se detuvo casi encima y un tercer hombre abrió las dos puertas traseras. Los gorilas levantaron a Fede y a MAC como si fueran plumas y los arrojaron al interior.

Saqué un poco más la cabeza, porque seguía grabando la escena con mi pequeña cámara digital.

Ahí acabó mi suerte.

La voz surgió de mi espalda.

–¿Qué tenemos aquí, una Spielberg? –bromeó sin la menor gracia.

Ni siquiera pude darme la vuelta.

16

La zarpa de acero me atrapó por el cuello.

Con la otra mano, me quitó la cámara.

Luego me arrastró, sin más, ahogándome y restregando mi cuerpo por el polvo del aparcamiento. Mi trasero volvió a gritar en silencio.

Cuando me soltó me vi en medio del grupo.

Eran cualquier cosa menos guapos.

—Oigan...

—Cállate —ordenó mi chico.

—¿Dónde estaba esa? —preguntó uno de los otros dos.

—Ahí atrás, grabando.

—¿Grabando?

Mi agresor ya estaba examinando la cámara, viendo la última de mis películas. Aunque era mala, no debió de gustarle precisamente por eso.

—¿Quién eres? —Se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Todos iban con chaqueta.

Traje oscuro.

Y el acento desde luego no era español. Me sonó algo así como eslavo, aunque tampoco es que fuese una experta en la materia.

—Nadie —respondí a su pregunta.

—Ya. Estudias cine, rama experimental. Te dedicas a grabar cosas raras, vendedores de drogas en los aparcamientos de las discotecas y hombres de negro capaces de ponerte tu preciosa nariz en la nuca, ¿verdad?

No supe qué decir.

Porque si abría la boca, me la cerraba, y si no la abría...

—¿Qué pasa, que encima Panadero quiere tener un recuerdo?

La cosa se complicaba.

–¡Habla! –me gritó uno de los otros dos.

En el interior de la camioneta, Fede y MAC ni se movían.

–No conozco a ningún Panadero –dije.

No fue un puñetazo. Tampoco un golpe. Fue un cachete.

Pero qué cachete.

Suerte que tenía la cabeza bien atornillada al cuello.

–¿Te crees que por ser una niña no vamos a ser duros contigo, preciosa? –Acercó su cara a la mía de manera que pude verle bien los ojos, de un intenso azul, lo mismo que su expresión de mala uva.

–Ni siquiera conozco a esos dos...

Mi historia no se sostenía. Dijera lo que dijera, no haría más que liarla, darles motivos para sacudirme, convencerlos de que mentía.

El tipo levantó la mano y yo me encogí.

Cerré los ojos.

Esta vez no hubo golpe. La zarpa se apoderó de mi brazo.

–Ven –dijo.

–Oiga, déjeme...

–Si gritas, te lo rompo.

–Por favor... –Me asusté de verdad.

–A pie o inconsciente, elige. –Me puso su puño convertido en maza en la cara.

Me rendí. No tenía otra opción. Tampoco es que fuéramos a ir muy lejos. Llegamos a la parte de atrás de la camioneta y entonces mi amigo me empujó dentro. Me pilló muy desprevenida, así que el doble golpe, el de la espalda y el de mi aterrizaje, me hizo gemir de dolor. Ya no sentía el culo. Quedé empotrada entre las piernas de MAC y retrocedí asustada hasta pegar mi espalda contra la pared del otro lado. Fede lo miraba todo con mucho miedo.

Las puertas se cerraron.

Entonces ellos se pusieron a hablar en su idioma, fuese cual fuese, porque no se trataba de alemán, holandés o sueco.

Más bien un idioma de algún país del este, sí. Rumano, albanés, serbio...

No estuvimos solos más allá de unos segundos. Primero volvieron a abrirse las puertas de atrás y los dos energúmenos se colaron en el interior sentándose en el suelo metálico.

Casi a continuación, los otros dos ocuparon la parte delantera, el conductor su lugar y el que me había atrapado en el asiento del copiloto. Ahora era el que llevaba la voz cantante.

Me miró y me dijo:

–Tranquila, ¿sí?

–Sí –preferí darle la razón.

–Túmbate en suelo.

Lo hice.

–Boca abajo.

Me di la vuelta.

A Fede, medio inconsciente, no tuvo ni que decírselo.

Nuestros ojos se encontraron por un momento, antes de que yo volviera la cabeza hacia el otro lado.

El trayecto se me hizo interminable. Cuando nos detuvimos, vi que solo habían transcurrido veinte minutos, pero mientras la camioneta circulaba bajo el silencio de la noche, llegué a pensar que aquello duraba horas.

Mis pensamientos más lúgubres tuvieron lugar en ese rato.

Me vi con unos zapatos de cemento en el fondo de Llobregat, bailando como un alga entre peces, o sumergida en el encofrado de una obra, o enterrada en un pinar del Tibidabo, o bajo el suelo recién hecho de un aparcamiento sobre el que, eternamente, pasarían los coches por encima de mi cuerpo.

Todo menos libre y viva.

Eso me dio mucha rabia.

La camioneta ralentizó su marcha finalmente, cruzó lo que pareció ser una verja y, reduciendo la velocidad, se aproximó a una casa. Lo deduje por las luces, por el ruido de la puerta de un garaje al abrirse y cerrarse, y porque un segundo antes de que el conductor apagara el motor, el cabecilla del cuarteto gruñó:

–Hemos llegado.

Casi lamenté que no siguiéramos dando vueltas.

Los dos hombres de atrás ya estaban preparados. A Fede y a mí nos taparon los ojos con dos pañuelos más negros que la noche. MAC seguía inconsciente, así que imaginé que alguno de ellos cargaría con él. Nos bajaron de la camioneta y nos guiaron por un par de pasillos. Solo se abrieron o cerraron dos puertas. La segunda era la meta. Cuando

nos quitaron las vendas, me vi en una habitación vacía, sin ventanas, sin muebles, cuadrada, solo con una bombillita que proyectaba una luz muy débil en la parte de arriba, fuera de nuestro alcance, porque el techo era bastante alto.

Olía mal, a humedad y a cerrado.

–Limpiadlos –ordenó el jefe.

Me quitaron todo, la cartera, el móvil, el reloj... Temí que el cacheo incluyera mis partes más femeninas, pero el tipo no se pasó. O eso o le dio miedo mi mirada, aunque no creo. A Fede y a MAC les hicieron lo mismo. Para cuando terminaron, el dormido empezó a despertarse.

–¿Qué...? –intentó hablar.

Se encontró con la cara de uno de ellos casi encima. Tragó saliva y cerró la boca.

Salieron por la puerta. El último en hacerlo fue mi amigo.

–Si alguno grita, le arranco la lengua, ¿vale?

Le miramos con una mezcla de respeto y angustia.

–¿Vale? –gritó.

Los tres asentimos con la cabeza.

Eso fue todo.

Cerró la puerta y nos quedamos solos, desconcertados, muertos de miedo.

Hora de enfrentarnos entre nosotros.

Fede y MAC me miraron unos segundos. La incredulidad del primero contrastaba con lo rápido que el segundo empezó a tomarle el pulso a la situación. Fede parecía más flojo. MAC, más petardo.

Quizás fuera la cresta de mohicano.

–¿Tú quién eres? –me preguntó.

No sé por qué pensé en su novieta, Mónica, y en la forma en que los dos se comían unas horas antes.

Se me revolvió el estómago.

–Me llamo Berta.

–Te he preguntado quién eres, no tu nombre.

–Entonces no vale la pena que te conteste, porque no soy nadie.

–Todo el mundo es alguien –dijo Fede en plan iluminado.

–¿Por qué te han encerrado aquí con nosotros? –insistió MAC.

–Y yo qué sé –intenté mantener una cierta pose de dureza–. Mejor haríamos

preocupándonos por lo que nos van a hacer.

—¿Qué nos van a hacer? —Fede se puso blanco.

—¿No te habrán dejado aquí con nosotros para que nos sonsaques? —MAC se sintió peliculero.

A Fede la teoría debió de gustarle, porque me miró con los ojos muy abiertos, como si yo fuera una espía.

—Mirad, yo estaba en el aparcamiento de la discoteca cuando he visto que os atizaban, ¿vale? —arrastré cada palabra con cansancio—. Sin comerlo ni beberlo, uno me ha cogido por detrás y me ha metido en la camioneta. Si vosotros no sabéis por qué estamos aquí...

—¿Eso es todo, ya está?

—Sí.

—¿Y antes de que nos sacudieran, qué has visto?

—Que vendíais drogas.

Fede y MAC intercambiaron una mirada cómplice.

—Escuchad, os conozco del barrio, eso es todo.

—¿De qué barrio? —se envararon.

—¿Pues de cuál va a ser? Del nuestro, de Sarrià.

—¿Nos conoces? —masculló MAC, como si eso fuera imposible.

—Sí, tío, sí —mantuve el tono de cansancio—. Con estas pintas, ¿quién no os conoce? Dais el cante, ¿no? —De pronto se me ocurrió algo—. ¿No sois los que atizáis a ese memo de Mateo Salas?

—¿Qué? —alucinó Fede.

—Venga, no os hagáis ahora los inocentes, que esas cosas se saben. ¿No os expulsaron por su culpa?

—¿De qué coño estás hablando, tía? —gruñó MAC.

—¡De Mateo Salas! ¡Yo misma le he dado más de un capón a ese niño!

—¡Joder, que eso fue en el cole, hace un siglo! —El de la cresta abrió las manos con vehemencia.

—¡El año pasado! —le apoyó Fede.

—Ya, y lo habéis dejado...

Los dos se miraron. No fingían. Uno y otro cincelaron la incomprensión que sentían y cuando volvieron a depositar sus ojos en mí, lo que vi en ellos fue que debían de pensar que yo estaba loca.

Una pirada.

–Oye. –MAC me apuntó con un dedo–. Mateo Salas era un gilipollas, un llorón de mierda, por eso le dábamos un poco de estopa, ¿qué pasa?

–Pero ahora tenemos cosas más importantes que hacer que volver a los viejos hábitos –certificó Fede.

–Pues todo el mundo dice que seguís acosándole –empecé a rendirme.

–¡Anda ya, tía!

–¡Que te den!

–¡La última vez que le di una leche fue antes de verano!

–¡Joder, no me lo puedo creer! ¿Estamos aquí jodidos hablando de esa nenaza?

–¿Pero tú de qué vas?

Tenía suficiente.

Empecé a comprender de qué iba la cosa, aunque me faltaban aún algunas respuestas para completar el *puzzle*.

–Yo os dije que os conocía, nada más. Ya sabéis que se cría fama...

–Olvidate de ese crío. –MAC hizo un gesto despectivo con la mano.

Nos invadió un repentino silencio.

No se oía nada.

Yo pensé en la abuela, en papá, incluso en el grupo y el disco que nos esperaba.

Fede fue el que puso la guinda del pánico final.

–Nos van a matar –gimió.

Decidí olvidarme de Mateo Salas porque la situación era otra, y muy complicada. La clave podía ser aquel nombre: Panadero, el tipo del que me había hablado el gorila de los ojos azules.

Panadero.

«¿Qué pasa, que encima Panadero quiere tener un recuerdo?»

A Mateo Salas ya no le zurraban. Mentía a sus padres. Y tanto Fede como MAC no eran más que simples camellos.

Panadero debía de ser su jefe, el proveedor, lo que fuera.

El silencio duró menos que un helado al sol de agosto.

Iba a preguntarles por él cuando se abrió la puerta de la habitación y entraron los dos hombres que les habían atizado a ellos. Fede reculó hasta pegar su espalda a la pared. Gesto inútil. Sin decir nada uno le cogió a él y otro a MAC. Los levantaron y se los llevaron en volandas.

Yo me quedé sola.

Sola con mis pensamientos.

Cuando volvió el silencio me levanté y traté de oír algo pegando el oído a la puerta. Primero no escuché nada, pero de pronto percibí algo parecido a un pequeño estruendo y un grito.

Al segundo grito comprendí que Fede y MAC lo debían estar pasando realmente mal.

El que vino por mí fue mi amigo, más o menos cinco minutos después de que se apagara el último alarido de dolor de uno de los dos camellos. Abrió la puerta y sus ojos azules brillaron como dos lunas perdidas en mitad del negro espacio. Por lo menos no me sacudió ni me tocó. Se limitó a decirme:

—Ven.

Le seguí por un pasillo relativamente largo, sin ventanas. La casa debía de ser muy

grande y estábamos en un sótano, un búnker, lo que fuera. No me tapó los ojos. En realidad, parecía muy tranquilo. Al pasar por delante de otra habitación oí a MAC:

–¡Me has roto el brazo...! ¡Cabrón, me has roto el brazo!

–¿Quieres que te rompa el otro? –ladró la voz de uno de los hombres.

No oí nada más porque seguimos andando. Temí acabar como MAC, pero a mí me llevó hasta un despacho oscuro aunque elegante, muy grande. Muebles y paredes de madera, dos sofás, cuatro butacas, estanterías con libros, un billar. La puerta por la que entramos estaba blindada, así que aquel debía de ser el refugio secreto del dueño de la casa.

Él estaba sentado detrás de una gran mesa de aspecto antiguo, de coleccionista, diría yo. Lo único que había encima era un ordenador portátil abierto, una lamparita y un teléfono. Entre la mortecina luz de la lamparita y la de la pantalla del ordenador, su imagen parecía velada.

El propietario de todo aquello parecía un fantasma sin máscara.

Calculé que tendría unos cincuenta años, calvo, orondo, mirada fría, traje impecable, detalles caros. El anillo de su mano era de oro y el reloj, por lo menos, un Rolex. En su oreja izquierda brillaba un diamante.

El de los ojos azules me sentó en una silla, de cara a su jefe.

Luego puso sobre la mesa mis cosas, la cámara, el móvil, el reloj, mi documentación, las llaves de casa y de la moto.

Me alegré de no haberme llevado las tarjetas de la agencia. Empezaba a tener experiencia.

«Si sigues a alguien, no des pistas acerca de quién eres.»

El hombre alargó la mano y cogió la cartera. Le echó un vistazo a mi DNI. La cámara y el móvil ya los había inspeccionado su gorila.

–Berta Mir –dijo.

No supe si hacerme la niña asustada e inocente o sacar un poco de genio.

Pero para lo segundo hacía falta un valor que no tenía.

–Habla –espetó con sequedad.

–No sé qué decir.

Su gorila me dio un cachete por detrás.

–Ya vale, ¿no? –Me volví para mirarle primero a él antes de dirigirme a su jefe–: No tengo ni idea de qué está pasando

—¿Te hizo grabar Panadero las ventas? ¿Un recuerdo?

—No sé quién es Panadero.

Otro cachete.

No eran fuertes, pero sí molestos.

—¡Oiga, estos dos están acosando a un amigo mío, un niño de once años! ¡Yo solo quería asustarlos, tener algo para que le dejaran en paz! ¡Estaba ahí de casualidad!

El hombre arqueó una ceja.

¿Por qué la verdad nunca es creíble?

—¿Crees en las casualidades, Dimitru? —le preguntó a su gorila.

—No.

La mirada del presunto mafioso se volvió más dura.

—No me gusta hacer daño a una niña.

—¡Le digo la verdad! —rompí a llorar.

Primero, los pillé desprevenidos. Las lágrimas femeninas siempre son efectivas. Luego, Dimitru reaccionó. Me cogió del brazo y no tengo ni idea de lo que habría hecho si su jefe no lo hubiera detenido.

—Espera.

Esperó.

El calvo abrió el cajón central de su mesa y de él sacó una de las pastillas que vendían Fede y MAC en el aparcamiento de la discoteca. Me la lanzó para que la cazara al vuelo. Una vez en mi mano la observé. Tenía un martillo grabado en una de las caras, como solían hacer siempre los fabricantes de drogas sintéticas para diferenciarlas.

—¿Te la tomarías? —me preguntó el hombre.

—Supongo que es éxtasis, pero nunca he tomado drogas.

—Dicen que es una bomba.

—¿Quién lo dice?

—Esos dos.

Cada vez me gustaba menos la situación.

—Por favor... —Me cayeron dos nuevas lágrimas por las mejillas—. Pregúnteles a ellos. Ni me habían visto antes. No saben quién soy. Le digo la verdad: le pegaban a un niño y yo...

—Tú eres la hermana Teresa.

—No sé quién es usted, ni quién es ese tal Panadero. Solo quiero irme. —Bajé la cabeza.

Otro silencio, y este más largo.

Como para romperme los nervios.

—¿Dimitru?

—Dicen que no la conocen —confirmó él.

—Niña.

Levanté la cabeza, porque quería que le mirase a los ojos.

—¿Sí, señor?

Volvió a dirigirse a su lacayo.

—Si dice la verdad, es suficiente. Si está con ellos, da lo mismo. Panadero captará el mensaje igualmente. —La última pausa fue la peor, porque esperaba el veredicto—. Llévatela.

Dimitru me levantó.

Probé mi suerte.

—¿Puedo llevarme mis cosas? —pregunté.

El jefe movió una mano invitándome a hacerlo. Luego se levantó. Me acerqué a la mesa. Guardé la cartera en el bolsillo trasero del pantalón, el móvil y las llaves en el delantero, la cámara en el de la cazadora y me coloqué el reloj en la muñeca. Ahora, aunque de lado, veía la pantalla iluminada del ordenador. No pretendía meterme en más líos, pero no pude evitar leer lo que había en ella.

Un logotipo.

«Roman Vitrescu, exportaciones.»

Me volví rápida, antes de que pudiera darse cuenta, y me quedé frente a ellos, que me observaban con grave seriedad.

—La próxima vez no me portaré tan bien, ¿sí?

Hablaba mejor el español que los otros, pero aun así se le notaba el dichoso acento.

—Sí.

—Sé dónde vives —me hizo notar—. No hago daño a niñas, pero las niñas siempre tienen familia.

Tragué saliva.

—Vamos —dijo Dimitru.

Salimos del despacho y recorrimos de nuevo el pasillo. Ya no vi ni oí a Fede y a MAC. Antes de abandonar la casa y meterme en la camioneta me vendaron de nuevo los ojos,

solo para que no pudiera ver ningún detalle del exterior. Una vez en el vehículo, sí me alcanzó el gemido del que tenía el brazo roto.

No iba a poder meterle mano a su Mónica en una temporada.

Luego resultó que Fede estaba igual que él.

–Me... duele... –lloriqueó—. Se me está saliendo... el hueso.

–Cagüen... –se le unió MAC.

No podía verlos con los ojos vendados, pero apostaba a que ellos también los llevaban tapados.

Y quizás no sabían que los acompañaba.

–Te dije que no nos metiéramos –gimió Fede.

–¿Tú? ¿Que tú me dijiste...?

–¡Panadero nos aseguró que era fácil, como dar de comer a las palomas! ¡Eso mismo fue lo que dijo: «Es como poner alpiste en la mano y las palomas vienen solas a por él»!
¡No nos dijo que nos metíamos en terreno de otro, joder!

–¡Nos ha utilizado como conejillos de indias!

–¡No es más que un novato, aunque haya creado esa bomba blanca!

A nuestros acompañantes se les acabó la paciencia.

–¡Callaos!

La orden vino acompañada por un impacto, quizás un puntapié. Uno de mis dos «socios» soltó un alarido de dolor.

Suficiente.

El resto del trayecto lo hicimos en silencio, aunque los suspiros, gemidos y lágrimas de los dos heridos no dejaron de flotar en el ambiente. Debíamos de llevar quince o veinte minutos así cuando una mano me quitó el pañuelo. Y a ellos también.

Nos miramos los tres.

No era agradable. A Fede, desde luego, se le veía el hueso saliendo por el antebrazo ensangrentado. A MAC no, pero daba lo mismo, porque la posición y el ángulo del suyo eran de lo más absurdos, como si fuera un muñeco mal articulado. En ambos casos la extremidad afectada era la derecha.

Más precisión, imposible.

Aun pensando en Mateo Salas, me dieron lástima.

Eran lo que eran, dos pringados, dos pardillos candidatos a la nada.

De cerca, los tatuajes de ambos formaban una extraña combinación de imágenes. Un

dragón, unas letras que podían ser tanto chinas como japonesas o tibetanas, una chica que debía de sonreír cada vez que se tensaba el músculo, un micrófono, una tela de araña, una guitarra eléctrica...

Finalmente la camioneta se detuvo.

Los dos gorilas abrieron las puertas traseras.

No íbamos a morir. No estábamos en un descampado. Estábamos a menos de quince metros de La Pola, el bar frío del que Fede y MAC habían salido con la mochila cargada de «martillos».

Servicio a domicilio.

Ellos querían estar seguros de que volvíamos «a casa».

—Bajad —ordenó uno de los hombres.

Me apresuré a obedecerle. Pese a su estado, Fede y MAC hicieron lo mismo, arrastrando el culo por la furgoneta hasta poner los pies en el suelo.

Las puertas se cerraron y la camioneta empezó a alejarse.

Yo ya no esperé más.

Era mi oportunidad.

Eché a correr mientras a mi espalda oía los lamentos de mis dos compañeros de avatares.

—¡Eh, tía!

—¡Espera, joder!

Ni caso. No podían seguirme y ya estaba harta de ellos.

Doblé la primera esquina y seguí corriendo un poco más.

Solo un poco más.

Me detuve con el corazón a mil, una enorme sensación de alivio, pero también un profundo malestar. Yo misma le habría atizado a Mateo Salas de haberlo tenido delante.

¿Por qué mentía?

Ahora el caso se había complicado, porque sin pretenderlo acababa de meterme en un lío de drogas. Si algo salía mal, si a Roman Vitrescu se le cruzaban los cables o se le antojaba, podía pasarse por mi casa y reventarnos a todos. De dos acosadores a dos camellos, y de eso al pánico que el oscuro mundo de la droga solía producirme.

Panadero era nuevo en el mercado. Consciente o inconscientemente estaba metiéndose en el territorio de otro por el simple hecho de haber fabricado algo nuevo, una «pequeña bomba». Roman Vitrescu solo había ahuyentado a sus camellos.

Eso no significaba que no estallase una guerra.

Me acerqué a la esquina.

Fede y MAC ya no estaban a la vista.

«Vete», oí la voz de mi padre.

Lo habría hecho, pero el solar abierto junto a La Pola era demasiado.

Una invitación.

Maldije por lo bajo, me insulté a mí misma, me dije que era una idiota petarda metomentodo, pero volví sobre mis pasos y me colé en el solar por uno de los boquetes de la pared de ladrillos cubierta de carteles. Era muy de noche, y el suelo irregular, cubierto de maleza y piedras. Pero no me arriesgué a sacar el móvil para utilizarlo de linterna. Caminé paralela a La Pola hasta llegar a la parte de atrás, donde brillaban las luces de dos ventanas al otro lado de una tapia no muy alta.

Allí escuché las voces. Fede, MAC y otro hombre.

Las escuché porque, amén de estar abiertas las ventanas, gritaban como posesos.

—¡Por favor, tenemos que ir al hospital!

–¿Y qué les decimos, que os habéis roto el mismo brazo los dos a la vez, estúpidos?
 –¡Duele!
 –¡Más tendría que doleros ser idiotas!
 –¡Hicimos lo que nos dijo!
 –¡No entramos, nos quedamos en el aparcamiento!
 –¿Y qué? ¿Lo anunciabais a gritos? ¡Vendemos éxtasis!
 –¡Señor Panadero, usted no nos dijo...!
 –¡Callaos, coño!
 –¡Ese hombre parecía muy peligroso!
 –¡Ah, no lo resisto más, cada vez que veo el hueso...! ¡Voy a desangrarme, joder!
 –¡Ya no tardará! ¡Vive ahí al lado, solo tiene que vestirse y venir! ¡Él os lo pondrá bien!
 –¿Pero es médico?
 –¡Sí, claro que es médico! ¿Qué queréis que sea si no?
 –¿Y lo hará a lo bestia, sin radiografías? ¡Hacen falta radiografías para poner bien un hueso!
 –¡Yo no quiero quedarme tullido!
 –Por favor, señor Panadero...
 –¿Queréis callaros de una vez? ¡Van a oíros hasta en el bar! ¡Bastante me habéis costado esta noche! ¡Toda la mercancía perdida!
 –¿Nosotros le hemos costado a usted?
 –¡Nos han roto el brazo!
 –¡Yo no tenía ni idea de que esa zona era de otro! ¿Qué queréis? ¡Soy nuevo!, ¿vale? ¡Sé lo que tengo, nada más, y lo que tengo es bueno, lo mejor! ¡Cuando el «martillo blanco» se mueva y se corra la voz, nadie va a querer otra cosa!
 –¿Y cree que ese hombre va a dejarle en paz?
 –¿Qué le habéis contado?
 –¡Nada!
 –¿Nada?
 –¿Qué quería que le contáramos si solo lo vendemos?
 –¡Pero sabía mi nombre!
 –Sí.
 –¿Y cómo lo sabía?!

—¡Ahhh... no puedo más!

—¿Cómo sabía mi nombre ese cabrón?

—¿Y cómo quiere que lo sepamos? ¡Si es un pez gordo debe de estar al tanto del mercado, de quién anda en esto...! ¡Ni Federico ni yo sabemos siquiera dónde fabrica las pastillas!

—Voy a desmayarme...

Imaginé que sostenían a uno de ellos, probablemente Fede, antes de que cayera al suelo. Yo aproveché el momento para buscar algo en lo que subirme. Encontré dos piedras a un par de metros y las arrastré hasta colocarlas al pie de la tapia. Me subí encima y, de puntillas, logré atisbar justo por el borde. Vi a Fede en el suelo, a MAC a su lado, los dos blancos como la cera, y de pie a un hombre de complexión frágil, no muy alto, vestido con la elegancia que se le supone al dueño de un bar molón, un bar de copas para gente más o menos bien que pagaba el doble de lo normal por el lugar y el ambiente.

Panadero seguía con sus fantasmas.

—¿Y esa chica?

—Ni idea —gimió MAC.

—Has dicho que os conocía del barrio.

—Mucha gente nos conoce del barrio.

El dueño de La Pola se llevó una mano a la barbilla. Sus gestos eran muy afectados.

—No me gusta, aquí hay algo que no cuadra. —Los miró con el ceño fruncido—. ¿Os estaba siguiendo?

MAC se echó a llorar. Fede ya estaba medio desmayado.

—¿En qué andáis metidos? —volvió a subir el tono Panadero—. ¡Me dijisteis que estabais limpios!

—¡Y lo estamos! —gritó el de la cresta mohicana.

—Me voy... a morir... —exhaló Fede.

La puerta del despacho se abrió. Un hombre se quedó en el umbral mientras otro entraba a la carrera. Llevaba un maletín en una mano y una bolsa pesada en la otra. El maletín con los utensilios médicos e, imaginé, una bolsa cargada de yeso.

Si yo hubiera sido Fede o MAC, habría salido por piernas y no habría parado de correr hasta llegar al hospital.

Tenía suficiente.

Y lo que menos me apetecía era oír los gritos de mis dos nuevos «amigos» cuando les

«arreglaran» sus maltrechos brazos.

Atravesé el solar, salí a la calle y me perdí en la noche envuelta en mis pensamientos.

Mateo Salas, Federico Ruiz, Miguel Ángel Cuesta, Roman Vitrescu, Dimitru, el señor Panadero...

A la mierda con todos ellos.

Por lo menos a mí no me habían roto el brazo.

Gentileza de caballero.

Estaba agotada, con ganas de meterme en mi cama y dormir ocho horas, pero si me iba a casa y dejaba la moto en la discoteca, tendría que ir a por ella al levantarme y no me fiaba de lo que pudiera pasarle a mi querido medio de transporte durante la noche. A pesar de lo poco que me apetecía, decidí actuar con lógica, así que paré un taxi en Sant Gervasi y le di las señas del polígono en Santa Coloma.

El taxista sabía a dónde me dirigía, porque me miró un par de veces a través del retrovisor. Quizás no le encajase demasiado como chica de discoteca, por mi aspecto, la ropa, que encima estaba sucia después de ser arrastrada por tantos suelos...

Por lo menos no se puso a hablar.

Le pedí que me dejara a cierta distancia. No quería apearme en la puerta. Si los hombres de Vitrescu habían vuelto por allí, no tendría tanta suerte ni se creerían que había ido a rescatar mi vespino. Con ojos en la nuca, despacio pero sin pausas, convertida casi en una espía a la que solo faltaba reptar por el suelo en plan indio, me acerqué a mi objetivo.

Un tumulto me cerró el paso antes de llegar.

Una chica bailaba sobre el capó de un coche. Estaba completamente desnuda, de pies a cabeza, mientras dos o tres docenas de chicos la jaleaban y aplaudían entusiasmados, algunos fotografiándola con los móviles. No la hubiera reconocido de no ser por su cabello rojo encendido.

Era una de las que había comprado un «martillo blanco» a Fede y a MAC.

Estaba absolutamente ida.

—¡Qué pasada! —gritó uno de los chicos que quedaban más cerca de mí.

—¡Está buenísima! —dijo otro.

—¿Qué ha tomado? —preguntó un tercero.

Se miraron entre sí.

—¡Ni idea, pero yo quiero lo mismo! —gritó el primero de nuevo.

Rompieron a reír.

Los dejé atrás, a ella con su espectáculo, que al día siguiente vería en YouTube y la marcaría para siempre, y a ellos con cara de tontos iluminados por el repentino espectáculo. Llegué a mi moto, liberé el casco de su cadena, me lo puse, arranqué y me largué de allí a toda mecha.

Fin.

Me metí en cama media hora después, tras darme una ducha liberadora, y aunque la cabeza me iba a mil por hora, me dormí enseguida, rezando para que ni Vitrescu, ni Dimitru, ni Panadero, ni Fede ni MAC aparecieran en mis sueños.

Me desperté tarde, agotada por lo vivido la noche anterior, y todavía me quedé como quince minutos en la cama, reflexionando y ordenando mis ideas. El caso del niño acosado estaba resuelto, pero faltaba saber por qué mentía, por qué les decía a sus padres que Fede y MAC seguían maltratándole. ¿Ganas de llamar la atención? De acuerdo, ¿por qué?, ¿para qué?, ¿con qué motivo?

Quedaba lo peor: el lío en el que me había metido.

Para Roman Vitrescu yo era una incógnita.

Y se trataba de gente peligrosa.

¿Dejaría Panadero de fabricar el «martillo blanco»? ¿Se apartaría del camino de Vitrescu? Aunque fuera así, ¿toleraría el traficante que un advenedizo se metiera en el negocio? No nos habían matado porque no éramos más que dos críos camellos y una chica. Pero llegado el momento podían hacerlo, y sin pestañear.

Salté de la cama, fui al cuarto de baño, me duché y pasé por la ventana que daba a la calle para mirar al otro lado.

Nada sospechoso.

Ningún coche apostado ni ningún tipo fingiendo leer el periódico.

¿Qué hacía?

¿Llamaba a Alfredo y se lo contaba todo?

No desde casa, desde luego. Y menos teniendo tan poco, sin ninguna prueba.

¿Hablarían Fede y MAC si se les atornillaba en la central de policía? No, los de narcotráfico no iban a por peces pequeños, así que yo no tenía bazas que jugar.

Entendía por qué Vitrescu no había borrado las imágenes de mi cámara.

No se veía nada. Ningún rostro, solo formas oscuras bajo la noche.

Ni siquiera le habría servido a Javier Salas para detener a los acosadores de su hijo en el caso de que hubieran seguido haciéndolo.

–Te queda el caso de Berta Blanch –me dije en voz alta.

Fui a mi habitación y me vestí. El cardenal de mi trasero mejoraba. Ahora ya parecía el cuadro de un impresionista. Terminaba de ponerme las zapatillas cuando sonó mi móvil. No miré la pantallita porque todo lo hice con una mano, abrí la línea y me lo llevé el oído.

–¿Sí?

–Berta, soy Ramiro.

Ramiro Crussat, el nuevo marido de mamá.

–Espera, por favor –me detuvo al comprender que iba a cortar la comunicación.

–¿Qué quiere? –fui lo más seca que pude.

–Perdona que te llame, pero es que...

–¿Qué quiere? –remarqué cada sílaba.

–Tienes que venir a verla.

–Ya lo hice, antes de verano.

–Una sola vez.

–Suficiente.

–Por favor...

–No.

En aquella visita, después del caso de la chica captada por la secta, había recuperado una madre, no una amiga. El perdón seguía estando lejos.

–Lleva una semana en cama, sin levantarse –a Ramiro Crussat se le quebró la voz.

–¿La quimio?

–No, es una depresión.

–De eso no se muere nadie –mantuve la dureza.

–A veces eso es peor que la muerte –me recordó él.

–No pondré otra vez los pies en su casa, señor.

–¡Yo me iré, no me verás! ¡Estaréis tú y ella a solas! ¡Por favor! ¡Es tu madre!

–Es su mujer.

–¡Y tu madre!

–Voy a colgar.

–¡No le hagas esto, ni te lo hagas a ti misma!

–Usted no sabe nada de mí.

–Te equivocas, sé lo suficiente. Ella siempre habla de ti.

Me mordí el labio inferior.

A veces no sabía si la despreciaba por haber abandonado a papá, si era por haberse casado con un cerdo mafioso de medio pelo, por más que la justicia no hubiera probado ninguno de sus chanchullos, o si era porque ahora hacía de madre de las dos gemelas de Ramiro. Probablemente fuese por todo.

Tan guapa, tan especial, tan mujer, y con un cáncer de mama arrasando su vida, aunque lo más seguro era que no se muriese, al menos en un plazo corto de tiempo.

—¿Por qué está deprimida? —pregunté.

—Ha terminado el verano, ha vuelto a casa, a la rutina, a las sesiones de quimio... Tú no sabes el bien que le hizo que la vieras antes de las vacaciones. Ni te lo imaginas. Por eso te llamo, porque te necesita. Mira... —la voz se tornó un poco más suplicante—, yo me voy a mi despacho. En casa no habrá nadie salvo ella y Nora, la asistente. Le diré que tal vez vengas, solo eso, para que te deje pasar. Podrás estar con tu madre a solas, aunque no sean más que diez minutos. —La súplica llegó al máximo—: Por favor, ¡ayúdala!

—¿Qué dicen los médicos?

—¿Qué quieres que digan? La atiborran a pastillas, y acaba catatónica. Cuando sale de ese estado llora y pregunta por ti.

Se me hizo un nudo en la garganta.

Odiaba los chantajes emocionales.

—Señor Crussat...

—No, Berta, no —me interrumpió—. Yo la quiero. Te resultará extraño oírlo, pero yo la quiero, y ella a mí. Abandonó a tu padre porque ya no había nada entre ellos.

—Él la quería.

La seguía queriendo.

—Puede que se aferrara a un sueño, pero ya no era amor. Para mí es... la vida, ¿entiendes? Tú me desprecias porque crees que tengo negocios sucios. No voy a defenderme ni a discutirlo. De lo que se trata es de tu madre. La vida es así, Berta. Nadie es culpable.

—Ni inocente.

—Lamenté mucho lo de tu padre. Fue un palo para ella, sobre todo cuando te negaste a que le viera, como te has negado todos estos meses, pero en estos momentos, ahora, la que importa es ella. Te lo ruego...

—Adiós, señor Crussat.

—¡Le diré a Nora que...!

No le di tiempo a terminar la frase.

Corté la línea y me quedé sentada en la cama, con el móvil en la mano, mirándolo como si fuera una pantalla de televisión en la cual, de un momento a otro, pudiera aparecer ella, o él.

No volvió a telefonar.

Me lo guardé en el bolsillo, metí la cámara digital en un cajón y salí de mi habitación. Alejandra estaba con papá, haciéndole los ejercicios de cada día, flexionando sus miembros, piernas, brazos, pies, manos... Era una imagen que siempre me sobrecogía. Una extraña tocándole, lavándole, tratando de mantener en su cuerpo un atisbo de vida o de resistencia.

La abuela apareció como un fantasma detrás de mí.

—¿Con quién discutías? —fueron sus buenos días.

—Un cliente.

—No parecía.

—Abuela...

Cambió de tema, pero no de actitud.

—¿Qué tal anoche?

—Bien.

—Además de tu ensayo con el grupo y esa reunión, harías algo más, ¿no? Llegaste a las tantas.

—Rutina.

—¿Algo peligroso?

—Seguí a dos camellos, me detuvieron unos mafiosos, me llevaron a una casa, me encerraron en una habitación mientras a los camellos les rompían los brazos, me interrogó un extranjero de nombre rumano y luego me metieron en una camioneta y me soltaron.

La abuela me miró con cara de no verle la gracia a la historia por ningún lado.

—Si yo le hubiera contestado así a mi madre o a mi abuela, me habrían dado un guantazo.

Casi me dio por reír.

La verdad siempre era lo menos creíble.

—Abuela, tengo a un niño acosado por dos gamberros y a una niña que busca a sus

padres biológicos, solo eso.

–Todo es peligroso –refunfuñó–. Si alguien necesita a un detective es por algo.

–Me voy. –Le di un beso en la mejilla.

–¿No desayunas?

–¿A esta hora? Ya se me ha hecho tarde y luego no tengo hambre a la hora de comer.

–Berta, que el desayuno es...

–La comida más importante del día, sí, lo sé, pero no a estas horas de la mañana.

¡Chao!

Ya no me detuvo.

Bajé la escalera corriendo porque necesitaba estar ocupada y no pensar en el maldito lío del «martillo blanco».

De momento.

La casa en la que vivía Rosendo Aliaga era vieja pero estaba rehabilitada. Como era de esperar, no había nadie en el piso. Por una vez no llamé a los vecinos, porque por lógica nada podían decirme de las viejas relaciones de Rosendo si solo llevaba viviendo allí unos pocos años y con su actual pareja. Volví a bajar la escalera y me encontré a la portera, a la que no había visto al subir. Ordenaba las cosas de una bolsa del supermercado sobre la mesa en la que se amontonaban varios utensilios de limpieza. Una chica más o menos de mi edad examinaba la correspondencia, de pie frente a los buzones adosados a la pared de la izquierda.

—¿Sabe a qué hora regresa el señor Aliaga? —Metí la cabeza por la cristalera.

—Él sobre las dos, aunque come y se va otra vez. Ella llega a media tarde. Luego vuelven juntos por la noche, alrededor de las nueve.

—¿Y por la mañana?

—Salen temprano.

Tenía que ir a ensayar. No podía faltar ni una sola vez o acabarían buscándose a otro bajista, aunque no escribiera letras de canciones como la de «Quiero».

—¿Sabe dónde trabaja él?

—Sí, pero no puedo decírselo —se hizo la digna, como si acabara de preguntarle por los secretos más inconfesables de sus vecinos.

—Tengo que darle un recado urgente —lo intenté poniendo cara de buena chica.

—Me lo da a mí y yo se lo doy a él. O le escribe una nota y la deja en el buzón.

La chica que examinaba la correspondencia acabó de echarle un vistazo a sus cartas. Las volvió a meter dentro y cerró su buzón con llave.

—Gracias, ya volveré —me despedí de la portera.

No dejó de mirarme con acritud y con la espalda muy recta mientras me iba.

Cuando salí a la calle no di ni tres pasos. La testigo de mi breve conversación con la

portera me estaba esperando. Tenía cara de bicho y era muy guapa, ojos luminosos, boca perfecta. Llevaba una blusita muy corta, con el hombro derecho al aire, casi hasta los senos, y una falda no menos breve. Calzaba unas sandalias que permitían ver los tatuajes de sus pantorrillas.

–Es una bruja –me soltó sin más–. Estamos de ella...

–¿Conoces a Rosendo Aliaga?

–Claro. A él y a Beatriz. Son un cielo de pareja. Rosendo trabaja aquí cerca, por eso viene a casa a comer.

–Pues no sabes el favor que me haces –suspiré.

–No importa –se encogió de hombros–. Vaya ganas de que tengas que volver luego. –Levantó su mano derecha y apuntó con el dedo índice en dirección contraria al mar–. Sube por aquí hasta el Born y luego coge Flassaders arriba. Antes de llegar a Princesa, a mano izquierda, verás una tienda de informática. Curra ahí.

–Gracias.

–No hay de qué. –Me guiñó un ojo.

Mi inesperada amiga tomó justo la dirección opuesta. Yo dudé entre ir en moto o andando, porque el dedalo de calles de la Ribera era prácticamente peatonal. Opté por cogerla y empujarla si no tenía más remedio o dar un rodeo en caso necesario.

Acabé haciendo las dos cosas.

La tienda de informática era muy nueva y dentro vi a dos hombres, los dos treintañeros. Hablar con alguien en horas de trabajo no era lo mejor, sobre todo tratándose de un tema tan delicado. Si Rosendo Aliaga era el padre biológico de Berta Blanch... Pero no tenía más remedio, porque por la noche me sería muy difícil regresar, aunque el ensayo terminara pronto. Me revestí de paciencia, saqué a relucir mi mejor sonrisa de buena chica y me acerqué al primero de ellos.

–¿Rosendo Aliaga?

–Ha salido a visitar a unos clientes. –Me devolvió la sonrisa–. Estará aquí en una hora u hora y cuarto.

El tiempo perdido buscando testigos a veces pesaba.

–Gracias –me despedí.

Me dijo algo que ya no pude oír y salí a la calle.

No me dio tiempo a subir a la moto, aparcada momentáneamente en la acera, frente a la tienda, porque sonó el móvil.

Número oculto.

Hice lo que acostumbraba a hacer siempre: cruzar los dedos.

Necesitaba trabajar mucho para que me quedaran dos mil euros limpios, que no fuesen indispensables en casa para sobrevivir.

–Agencia de detectives Mir, ¿dígame?

Mi interlocutor se tomó su tiempo.

Casi pensé que se había equivocado de número.

–Querría contratar sus servicios –dijo una voz de mujer.

–Perfecto –descrucé los dedos–, aunque no estamos en el despacho ahora, ni lo estaremos en lo que queda de día. ¿Le va bien que nos veamos mañana por la mañana a las diez?

–¿Qué dirección?

–Madrado esquina Vía Augusta. El edificio con los aparcamientos debajo.

Se lo pensó.

–De acuerdo, sí.

–¿Podría avanzarme de qué se trata? –dudé en decirle ya lo del detective secreto.

–Mi marido... –vaciló.

Cuernos.

–Entiendo, no se preocupe –la detuve–. Nos vemos mañana, ¿de acuerdo?

–Gracias.

Había clientes a los que era mejor prevenir. Otros no. La que acababa de llamar era de estos últimos. No siempre resultaba efectivo soltar la mentira por teléfono.

Un seguimiento.

Algo fácil, por fin.

Me senté en la moto todavía con el móvil en la mano y ya no le di más vueltas ni busqué más excusas ni jugué al despiste conmigo misma. El vespino molestaba a los peatones, pero no lo moví. Le había prometido llamarle si me tropezaba con algo superior a mis fuerzas, y lo de Vitrescu y Panadero lo era.

Busqué el número de su móvil, no el de la comisaría, y le di a la teclita de llamada.

–¿Berta? –escuché su voz sorprendida.

–Hola, ¿tienes un minuto?

–¿Has vuelto a patear a un antidisturbios?

–No, esta vez le he dado a un capo de la mafia y me llevan a Sicilia en barco para

cortarme a rodajas.

Como más que humor, era socarronería, no me rio la gracia.

—¿De qué se trata?

—No estoy segura. —Tomé aire y se lo solté—: ¿Te suena de algo el nombre de Roman Vitrescu?

—Sí, ¿por qué? —fue rápido.

—¿De qué te suena?

—¿Dónde lo has oído?

—Yo he preguntado primero.

—Berta...

—¡Te he llamado!, ¿no? ¿Quieres jugar al gato y al ratón?

Se lo pensó tres segundos.

Luego, su voz no tuvo nada de amigable.

—Roman Vitrescu es un traficante de drogas.

—Si lo sabes, ¿por qué no le pilláis?

—Porque hacen falta pruebas, y los de estupefacientes no las tienen.

—¿Y un tal Panadero, te suena?

—¿Quién es ese?

—Bar La Pola, en la calle Bisbe Sivilla.

—Ni idea.

—Parece que ese Panadero quiere meterse en el negocio de las drogas de diseño —calculé muy bien mis palabras—. Está fabricando unas pastillas de éxtasis llamadas «martillo blanco», porque tienen un martillo impreso en uno de los lados.

Del otro lado solo me llegó el silencio.

—¿Alfredo?

—¿Estás segura de eso? —me taladró su voz, todavía más grave.

—He visto una.

—Corre el rumor de que hay un nuevo tipo de éxtasis muy fuerte, efectos fulminantes, rápido, colocón largo.

—Pues las fabrica ese Panadero.

—Mierda, Berta —suspiró.

Era raro oírle maldecir o soltar tacos, aunque fueran tan inocentes como ese.

—Así que esto es gordo, ¿no?

–Suéltalo todo, venga. Y sin dejarte nada. Creía que tenías un caso de acoso a un menor.

–Es lo que tenía, y lo que tengo, pero ya ves.

–Venga, dime, esto ya está.

–¿Me estás grabando?

–Sí, mera rutina. Habla.

–Yo seguía a mis chicos por lo del acoso al hijo de mi cliente. Los dos idiotas son menores de edad y van de chulos, pero les salió mal. Recogieron en La Pola una mochila cargada de pastillas y se fueron a una de las macrodiscotecas de los polígonos de Santa Coloma. Vendieron un rato hasta que aparecieron los de Vitrescu y se les acabó el chollo. Se los llevaron a una casa, les rompieron el brazo derecho a los dos y luego los soltaron, con una advertencia a Panadero de que no se metiera en su terreno.

–¿Y tú cómo sabes todo eso? –noté su alarma.

–Porque estaba allí.

–¿Allí? ¿Dónde?

–Los de Vitrescu me pillaron grabando a mis chicos.

–¡Por Dios, Berta! ¿Estás loca?

–¡No me echas la bronca, anda! –me enfadé—. Si cada vez que hablamos te pones en plan hermano mayor, paso, ¿vale? Era un trabajo de lo más sencillo. Se complicó sin más.

–¿Y dejaron que te fueras?

–Sí, sin tocarme un pelo –omití lo de los cachetes–, aunque me vendaron los ojos antes y después, para que no viera dónde estábamos.

–¿Te amenazó Vitrescu?

–Hombre, claro. Me pilló la documentación, así que sabe dónde vivo. Por suerte no llevaba tarjetas de la agencia. A él también le conté la verdad. Ni siquiera borró las películas de mi cámara digital. Tampoco se ve nada, no creas. Parecía muy seguro de sí mismo.

Otro largo silencio.

Me lo imaginé con los ojos cerrados, una mano sosteniendo el móvil junto a su oído y la otra mesándose el pelo con impotencia.

Por un momento, casi sentí pena por darle tantos problemas.

–¿Alfredo?

–Hablaré con los de estupefacientes, por si tienen dormido el tema de Vítrescu –suspiró–. Y buscaremos lo que haya de ese tal Panadero.

–Bar La Pola, en Bisbe Sivilla.

–Ya, ya. ¿Sabes algo más de los dos camellos del brazo roto?

–Federico Ruiz y Miguel Ángel Cuesta. Dos joyas. Llevan tatuajes hasta... –Opté por ser una señorita–. ¿Quieres sus direcciones?

–Sí.

Se las di.

–Quizás si les apretáis las tuercas... –aventuré–. Pero desde luego no saben dónde fabrica o de dónde saca Panadero las pastillas.

–¿Seguro?

–No son más que dos idiotas. Han pasado de pegarle a un niño en el colegio a creerse su propia película de tipos duros.

–Señor...

–¿Por qué suspiras?

–Otra como tú suelta por ahí y tenemos a todo el departamento ocupado las veinticuatro horas del día.

–Venga, superpoli. –Traté de comportarme como lo que era, una chica de dieciocho años.

–Me resulta tan absurdo volver a decirte que no te metas en líos que ya no...

–¡Yo no me meto en líos, me caen encima!

–Pues apártate.

–¿Quieres que vuelva a llamarte si tropiezo con algo?

–Naturalmente.

–Entonces di «gracias, Berta».

Tardó demasiado.

–Dilo.

–Gracias, Berta.

–Oh, de nada, inspector Sanllehí. Solo cumplo con mi deber de buena ciudadana. A mandar. Y pásese por casa un día para cenar.

No tuve que haber dicho esto último.

Pero conseguí hacerle reír.

–¡Te estás riendo!

—No.

—¡Sí, te estás riendo!

—Cuídate —se despidió.

Cortó la comunicación por su lado y volví a quedarme mirando el móvil, como antes de llamarle.

Tenía una hora antes de volver a por Rosendo Aliaga.

Una hora.

Ramiro Crussat me había pedido únicamente diez minutos, y mamá vivía a unos quince.

Tiempo suficiente para ir y volver.

—Mierda —rezongué.

21

Nora tendría unos cuarenta años y podía ser tanto ecuatoriana como filipina, piel ligeramente aceitunada y rasgos indefinibles. En mi primera visita a mamá, unos meses antes, ella no estaba, así que era nueva. Me hizo pasar al salón en el que ya había estado entonces y me pidió que esperase.

Tuve la misma sensación.

Por más que Ramiro Crussat insistiera en que era inocente de sus chanchullos, yo quería creer que era culpable, que mamá se había enamorado de un tipo poderoso tanto por la mejor vida que podía darle como por el morbo de ese mismo poder. Cuando Crussat me decía que estaba enamorado de ella lo comprendía. Mamá era guapa. Aun con el cáncer y lo que estaba pasando, la había visto guapa antes del verano. Pero que mamá hubiera cambiado a papá por aquel hombre... Eso me revolvía las tripas.

En el salón seguían las mismas fotos. Ramiro, mamá y, sobre todo, las gemelas.

Repipis y estúpidas.

Cerré los ojos porque mi animadversión hacia todo aquello me estaba desarbolando.

Y me rendí un poco.

Solo un poco.

La vida estaba llena de trampas, propias y ajenas. Lo inevitable era lo inevitable. Berta Blanch estaba buscando a sus padres biológicos. Yo rechazaba a mi madre mientras mi padre vegetaba en una cama.

Mamá tardó cinco minutos en aparecer. Lógico. Si estaba en cama, postrada, primero habría tenido que levantarse y, después, arreglarse, para no parecer vieja o monstruosa. Siempre sería coqueta. Siempre querría estar guapa, porque así había sido eternamente y lo sería hasta que se muriese. Por esa misma razón yo nunca me arreglaba demasiado ni me maquillaba. Aborrecía el artificio.

Es duro vivir a la sombra de una mujer espectacular y brillante y de un padre divertido

y soñador.

Extremos opuestos de un universo del que había surgido yo.

Parecía más un satélite artificial que un planeta.

Cuando se abrió la puerta del salón y la vi, tragué saliva. Había perdido como cinco kilos, estaba demacrada pese al maquillaje, llevaba un pañuelo en la cabeza para disimular su calvicie y una bata de seda holgada camuflando la que, en otro tiempo, fue su escultural figura. Los labios los tenía más finos, los ojos más tristes, las manos más arrugadas.

—Berta...

—Hola, mamá.

—Cariño...

Extendió sus brazos hacia mí y yo no pude evitar que me envolviera con ellos.

Eso me dolió.

Me dolió sentir que lo necesitaba y que, en el fondo, yo también quería abrazarla a ella.

Los cánceres de mama ya no eran mortales, la mayoría de mujeres se libraban aun a costa de que les cortaran un seno o de que las sesiones de quimio las dejaran hechas una piltrafa durante un tiempo. No pensaba que se fuera a morir. Pero quizás la abuela tuviera razón: era mi madre, y siempre lo sería, con sus errores, sus locuras, sus pecados...

Intenté no pensar en papá.

El abrazo de mamá fue largo y denso.

Yo no conseguí levantar mis brazos.

No pude.

—Has venido —lloró junto a mi oído.

—Tu marido me ha llamado.

—¿Sí?

—Me ha dicho que estás deprimida.

Se separó un poco, para mirarme a los ojos. En el fondo de los suyos vi tanto desconcierto como amargura, tanto amor como tristeza.

—¿Deprimida?

—Sí, mamá. Deprimida. Es lo que suele pasarle a la gente cuando se queda en cama hecha una mierda. Tú lo estás, ¿no?

Ya no trató de ocultarlo.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Te parece poco? —Se llevó una mano a la cabeza, no al pecho.

—Estás bien, y viva. Vas a superar el cáncer. Con un pecho menos, pero vas a superarlo. Eso es lo que debería importarte.

—Un pecho menos —casi se ahogó al decirlo.

—Por favor, siempre has caído de pie. ¿Recuerdas cuando me decías que la suerte no llega sola, que hay que ir a buscarla? A ti deberían darte el premio gordo a la que se ha pasado la vida persiguiéndola. En un año te habrás olvidado del cáncer, aunque te cueste verte desnuda cada noche y creas que estás fea o que Ramiro ya no te quiere, porque neuras vas a tener siempre.

—Qué fácil es hablar así. —Me acarició la mejilla con dolor.

—Sea como sea, esto no cambia nada.

—Claro que lo cambia.

—No, te equivocas. Yo veo cada día a papá hecho un vegetal, tú no. Para él sí que no hay vuelta atrás.

—Lo sé. —Bajó la cabeza.

Se separó de mí. Parecía cansada, así que se dejó caer sobre una butaca. Yo seguí en pie unos segundos más, sin saber qué hacer. Le había prometido a Ramiro Crussat diez minutos, y ese era el plan. Tenía trabajo. Si me sentaba era como si fuera una visita y se alargaría inevitablemente.

Una «visita» en casa de mi madre.

—¿Por qué no me dejas que vaya a verle? —preguntó.

—¿En tu estado?

—No, cuando esté mejor.

—No, mamá. Eso pasó. Tú elegiste esta vida y cortaste con la anterior. Yo puedo ser tu hija, pero él ya no es tu marido. Está en cama, pero oye, siente, me habla a través de su dedo, ya te lo dije. No sé qué efecto le produciría que estuvieras allí, escuchar tu voz. Sabes que para él eras la única —se me hizo un nudo en la garganta.

—Ese maldito trabajo suyo... —lamentó ella.

—Ese maldito trabajo suyo era su vida.

—¿Y ahora? Estás tú sola, cariño, sin nada. —Se excitó al decir—: ¿Necesitas dinero? Yo

puedo...

–Trabajo en la agencia, ya te lo dije. No me va mal. Pero sabes que nunca tocaría un euro de tu marido.

–Es una buena persona –lo expresó con dolor.

–Vale, ya hablamos de eso.

–Toda la gente con poder e influencias tiene enemigos –insistió en defenderle.

Le eché un vistazo al reloj. Los diez minutos ya habían pasado, pero de pronto me sentía como una cobarde a punto de huir. Para eso no hacía falta que hubiera ido.

–No discutamos, por favor. –Mamá se inclinó hacia atrás–. Me siento tan feliz de que estés aquí. ¡Tanto! No sabes lo que significa para mí. –Me miró con renovada ternura–. Si quisieras venir una noche a cenar, conocer a las niñas, escuchar a Ramiro...

–No, gracias.

–Te aseguro que él no es lo que piensas. Es una persona encantadora. Si para hacer un negocio tuvo que untar a alguien..., que no lo sé, lo único que puedo decirte es que eso lo hacen todos, es parte del sistema. Es una selva, cariño.

–Por eso el país se ha ido a la mierda, mamá. Todos tienen la excusa perfecta: ser como los demás.

–¡No hay ninguna prueba en contra de Ramiro!

–Y los cuentos de hadas los hacen Disney y Pixar en 3D.

–Eres injusta.

–Mira, he venido a ver cómo estabas, no lo compliquemos o no vendré más.

–¿Seguro que no necesitas nada?

–No.

–En serio, ¿dinero?

–¡Te he dicho que no!

–¿Y de qué vivís?

–Ahora la detective soy yo, ya te lo dije y te lo repito.

Me definiendo bien.

–¡Te harán daño, como a él, o te matarán!

–Será por algo.

–Berta...

Se levantó de golpe y caminó resuelta hasta un mueble con cajones. Abrió el primero de la izquierda y de él sacó un fajo de billetes de cien, doscientos y quinientos euros.

No me los entregó, los dejó sobre la mesa, a mi alcance.

–Aquí hay doce o quince mil euros, es todo lo que tengo en casa.

Doce o quince mil euros.

–¿Así, en plan calderilla, para propinas?

–Cógelo –pasó de mi mordaz comentario.

–No, mamá.

–¿Por qué ese maldito orgullo?

–Porque es todo lo que nos queda a papá y a mí.

Se abrazó a sí misma y lloró de nuevo.

Volví a notar el peso de la culpa, y eso me hizo sentir incómoda.

–Mamá, he venido a verte ya dos veces. No sabes lo que me ha costado, tanto la primera como esta segunda. No lo quieras todo de golpe, ¿vale? Dame tiempo.

–¿Y si no lo tengo?

–Siempre hay tiempo, hasta el último suspiro.

–Si pudiera volver atrás y hacer las cosas de otra forma...

–Te irías con Ramiro otra vez.

–¡Pero hablaríamos antes! Yo... creí que lo entenderías.

–¿Cómo puede entender una hija adolescente que su madre la abandone?

–Los hijos no sabéis nada de los padres, solo juzgáis. Sabes que nuestra vida no fue fácil.

–Ninguna vida lo es.

–Solo puedo hablar de la mía, la nuestra.

–Tú querías más, y él no podía dártelo.

–Me casé con un soñador –musitó forzando una débil sonrisa.

«Y él con una mujer egoísta», pensé sin decirlo en voz alta.

–Debo irme, mamá.

–Quédate un poco más, por favor.

–No puedo. Tengo trabajo. Una cita en veinte minutos.

Ella dirigió una mirada a los euros que seguían esperando sobre la mesa.

Doce o quince mil.

Mi parte del disco y dinero para estar tranquilos un tiempo, por si venían mal dadas.

–No te pases todo el día en cama, ¿vale? Lo peor de las depresiones es que aparecen

con mucha facilidad, pero luego nunca se sabe cuándo pueden desaparecer, si es que lo hacen.

Ya no dijo nada.

El siguiente abrazo fue más largo que el primero.

Las lágrimas más sentidas.

Pero esta vez, yo también acabé abrazándola a ella.

Llegué a la tienda en la que trabajaba Rosendo Aliaga cuando se cumplía una hora de mi primera visita. Dejé la moto un poco lejos esta vez, dispuesta a esperarle si aún no había llegado, porque la zona no permitía el aparcamiento de ninguna clase de vehículos y ya me la había jugado antes. Cuando metí la cabeza por la puerta, uno de los dos chicos a los que ya conocía atendía a un cliente. El otro le hizo una seña a un tercero.

Rosendo Aliaga se acercó a mí con una sonrisa.

No me había equivocado en la percepción: treintañero por los pelos, como mucho un año más, y tremendamente atractivo. Si Esperanza Estrada era guapa, lo normal es que fuera con chicos que estuvieran a su altura. Dios los cría y ellos se juntan. Rosendo tenía el cabello negro, corto y alborotado, unos ojos grises perfectos, una boca delineada por un buen dibujante y una mandíbula de actor de cine. También se le notaba que iba al gimnasio, hombros rectos, brazos relativamente musculados, manos fuertes.

—Me han dicho que me buscabas —acentuó la sonrisa al detenerse delante de mí.

No había preparado nada, ni siquiera una estrategia, y estaba a punto de meterme en un terreno de lo más resbaladizo. Lo lamenté de inmediato. Rosendo Aliaga no tenía por qué contarme nada de su relación con Esperanza, y mucho menos si se trataba de algo íntimo.

La visita a mamá me había desestabilizado.

—Me llamo Berta Mir. —Le tendí la mano—. ¿Puedo hablar contigo unos minutos?

—¿Ahora?

—Por favor. Podemos hacerlo aquí mismo, en la entrada, y si tienes trabajo vas y vuelves.

—¿De qué se trata? —sonrió un poco menos.

—Mira —seguí tuteándole porque de esta forma se establecía un vínculo más afectivo,

por desconocidos que fuéramos—, estoy buscando a una persona, y me han dicho que quizás tú sepas dónde está.

—¿De quién se trata?

—Esperanza Estrada.

Le cambió la cara.

Por completo.

La sonrisa desapareció de su rostro, los ojos se empequeñecieron, crepitando en lo más profundo de sus pupilas, como si allí estallase una pequeña tormenta de energía, el rictus facial se le endureció.

—No sé dónde está —respondió.

—Pero fuisteis novios.

—Exacto, tú lo has dicho: fuimos. Y de eso hace muchos años. Trece. Yo tenía dieciocho.

—¿No has vuelto a verla?

—No.

—¿Ni a saber de ella?

—Su madre se la llevó, la apartó de todo, y ella, aunque rebelde, no era lo que se dice una luchadora, al menos no tanto como para enfrentarse a esa bruja. La maldita la manipulaba como quería.

—Su madre murió hace tres años.

—No lo sabía, pero espero que lo hiciera rabiando —dijo sinceramente.

—¿Dices que se la llevó?

—Esperanza desapareció de la noche a la mañana, sin decir nada, sin una llamada. Cuando fui a ver qué pasaba su madre me echó con cajas destempladas. No tengo ni idea de lo que sucedió.

—¿Fue cuando el embarazo?

Encajó el golpe, pero no sin efectos secundarios.

El parpadeo, el nuevo brillo ocular, las mandíbulas súbitamente apretadas.

No hubo respuesta.

—¿Era tuyo? —me arriesgué.

Rosendo Aliaga se tensó. Enderezó la espalda y levantó la barbilla. Pareció buscar el aire que no encontraba un segundo antes. De pronto me pareció un chico vulnerable, no

un hombre. Un chico que volvía a la adolescencia, al que, quizás, había sido el gran amor de su vida.

Percibí el dolor.

—Será mejor que te vayas. —Chasqueó la lengua.

—No, espera. —Le detuve sujetándole por el brazo—. Solo quiero...

—Vete. No sé dónde está Esperanza, por lo tanto no puedo ayudarte.

No logré retenerle. Se soltó de mi mano y regresó a la tienda. Me quedé en la acera como un fantasma, viendo como se perdía mi última pista del caso de Berta Blanch.

Creo que decía la verdad en cuanto al paradero actual de Esperanza, pero no en relación a lo que había sucedido trece años antes.

Y de pronto me di cuenta de lo mucho que mi clienta se parecía a él.

Fue un ramalazo.

Un padre con una nueva vida y una madre desaparecida.

¿Por qué?

Eché a andar con la cabeza baja, mordiéndome el labio inferior, inundada por las contradicciones de mis pensamientos. Papá decía que cuando un camino se corta, siempre hay otro cerca. Solo hay que buscarlo.

Pero ¿qué camino?

El pasado siempre es algo circunstancial, medio perdido en los recuerdos de cada cual. El tiempo suele tejer cortinas que lo camuflan despacio, lentamente, hasta envolverlo en el olvido. La gente muere, y con ella los rescoldos de las vidas que fueron.

Rosendo Aliaga se había ido de su casa, del barrio.

Bartolomé Torras, no.

Él seguía allí.

Lo medité un par de minutos. No me hacía ninguna gracia enfrentarme otra vez a la celosa Clara. Pero si no conseguía arrancarle a Bartolomé la verdad...

Era el único que subía a casa de la madre de Esperanza.

El único al que la vieja bruja toleraba.

El único enamorado al que la chica no hacía caso.

Y si Rosendo no la había olvidado, ¿cómo iba a hacerlo Bartolomé, por mucho que estuviera casado y esperara un hijo?

Tardé unos diez minutos en regresar a la calle Joanot Martorell. Aparqué la moto lejos, para que no la vieran, y rondé la tintorería Patricia desde una distancia prudente. Sabía

que si Clara me veía, era capaz de salir con su barriga por delante dispuesta a arrancarme los ojos, pensando que estaba colada por su marido. Según ella, «todas las mosconas del barrio» le rondaban.

Mala cosa los celos.

Mala cosa luchar contra los fantasmas del pasado, las exnovias o los amores imposibles del ser al que amas... o posees.

Durante los diez minutos siguientes, me sentí atrapada e impotente. Si entraba, la liaba y le perdía. Si esperaba... A lo peor vivían en el interior. A lo peor cerraban la tienda y salían los dos, del bracito. A lo peor...

Tuve suerte.

Bartolomé debía de encargarse de los repartos a domicilio, porque, lo mismo que la primera vez, salió solo, con algunos trajes colgando de su brazo, y enfiló calle abajo, distraído. Preferí no abordarle de inmediato, tan cerca de la tienda, y le seguí un par de minutos. Cuando iba a cruzar la calle para detenerle, se metió en un portal.

Le esperé en la puerta.

Tardó muy poco en salir, y lo hizo con las manos vacías.

Cuando me vio, se quedó un poco parado. Por suerte para mí, le tenía acorralado, porque no podía salir a la calle sin pasar por encima de mí o apartarme.

Su reacción fue más de disgusto que de ira.

—¿Otra vez tú?

—Escúchame, por favor —le tuteé para dar mayor énfasis a mi ruego—. Di con Roberto Aliaga, vengo de hablar con él, pero no sabe nada y además no ha querido hablar conmigo. Solo me quedas tú.

—¿Y qué quieres que yo te diga? —insistió.

—Mira, Bartolomé, a Rosendo, en cuanto le mencioné lo del embarazo de Esperanza...

—Yo estaba enamorado de ella, como todo el mundo, como medio barrio, como cualquiera que la conocía, y hasta conté con la pequeña ventaja de caerle bien a su madre, pero eso fue todo. Entre las dos había una guerra, y Rosendo fue el último, el que...

—¿El que la dejó embarazada?

—¡No lo sé! —se crispó.

—¿De verdad no has vuelto a saber de ella?

—¡Estoy casado!

–Eso no significa que no puedas seguir viendo a las viejas amigas.
Me miró inseguro.
No, Clara era la esposa total.
–¿Tenía Esperanza alguna amiga? –se me ocurrió preguntar de pronto.
–Claro.
–¿Íntima?
–Bastante, sí. Mila.
–¿Mila? –Se me paró el corazón.
–Milagros Planas. Antes de que su madre se la llevara eran uña y carne.
–¿Llevarla a dónde?
–No lo sé. Desapareció. La sacó de casa y debió de esconderla mientras...
–¿Dónde encuentro a Mila?
–Tienes suerte. –Forzó una sonrisa resignada.
–¿Por qué?
–Porque llevaba años sin verla ni saber de ella y hace un par de meses me la encontré en el Zara de paseo de Gràcia.
–¿Trabaja allí?
–Sí, es dependienta.
Parecía todo dicho.
–Oye, de verdad, siento todo esto –me excusé.
–Bueno. –Se encogió de hombros–. Espero que la encuentres.
–Si lo hago, le diré que estás bien.
–Mejor no –repitió el gesto con tristeza.
–Gracias, Bartolomé. Y suerte con Clara y vuestro hijo.
Un animalito acorralado no me hubiera mirado con más resignación.
–Es una niña –fueron sus últimas palabras.
Las más dulces.

La ventaja de las grandes marcas era que la mayoría, por no decir todas, mantenían el tinglado abierto a mediodía, aunque no hubiera muchos clientes. Entré en la tienda intentando no mirar la ropa, porque ni disponía de tiempo ni mucho menos de dinero, y me acerqué a la primera dependienta que, al verme, cinceló una abierta sonrisa de «voy-a-venderte-lo-que-sea-aunque-no-quieras».

Hablé antes de que lo hiciera ella.

—¿Está Mila? —empleé el diminutivo para dar mayor sensación de familiaridad.

A la chica le cambió la cara.

—Es aquella. —Señaló al otro lado.

Mila era más que guapa: era sexy. Metro setenta y muchos, tipazo ideal, de esas a las que un saco caído del cielo les sienta de maravilla, cabello corto, maquillaje preciso, ojos negros, labios carnosos. El pantalón y la blusa le sentaban mejor que a sus compañeras. Rondaría los veintiocho o veintinueve años pero aparentaba ya más de treinta.

Me aproximé a ella con piel de cordero. Estaba doblando un montón de ropa que alguna clienta se había probado y a la que, por la cantidad que había, le había costado decidirse.

—Hola.

—Hola. —Se iluminó con una sonrisa de película—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito hablar contigo unos minutos.

—¿Conmigo? —Pasó de la sonrisa al escepticismo en un abrir y cerrar de ojos—. ¿De qué quieres hablar conmigo? —Y pasó al contraataque soltándose—. Oye, mira, si eres la novia de Eduardo... por mí...

—No soy la novia de Eduardo —quise tranquilizarla.

—¿Entonces...?

—Es sobre una amiga tuya, Esperanza.

Volvió a cambiar la expresión. Ahora se mostraba incrédula.

–¿Esperanza? ¡Por Dios!

–¿Qué pasa? –me alarmé ante su tono.

–Pues que hace la tira que no sé nada de ella.

–¿No erais íntimas?

–En nuestros años locos, cielo. Anda que no ha llovido ni nada desde entonces.

¿Quién te ha dicho dónde encontrarme?

–Bartolomé Torras.

–Mira qué mono, el papá –empleó un tono burlón.

–También he hablado con Rosendo Aliaga.

Eso debieron de ser palabras mayores.

–¿Cómo está Rosendo?

–Feliz, vive con una chica.

–Todo el mundo vive con alguien –suspiró, dando a entender que ella quedaba excluida de ese «todo el mundo».

–Escucha, Mila, por favor. Se trata de algo muy importante...

Levantó una mano, detuvo mis palabras y miró de forma inquieta a su alrededor.

–Aquí no puedo enrollarme –bajó la voz–. Si quieres me esperas fuera y en cuanto pueda... Cuando no hay clientes nos dejan salir a fumar un pitillo. Bastante me la tiene jurada la encargada.

–Estaré ahí, un poco más abajo, en mi moto. –Señalé a la calle–. Solo serán cinco minutos, de verdad.

–No creo que pueda decirte... –Le cambió la cara al ver que se acercaba una mujer no mucho mayor que ella. Entonces elevó la voz para decirme–: Lo siento, no tenemos de tu talla, pero en unos días vamos a recibir cosas maravillosas, te lo aseguro.

La dejé con su trabajo y salí para regresar a mi moto.

Esperé tranquila los primeros cinco minutos. Luego empecé a sentir un cierto malestar, mientras los pensamientos empezaban a asaetearme el cerebro de mala manera hasta conseguir ponerme nerviosa.

Le había dicho a Javier Salas que en veinticuatro horas le diría algo de lo de su hijo, pero antes quería estar segura al cien por cien, comprobar si todo era una invención del chico. Para eso tendría que volver a su escuela más tarde. Mientras, quedaba el caso de

Berta Blanch. La búsqueda de Esperanza Estrada. Además, tenía el marrón de Panadero y Vitrescu.

Si Alfredo no conseguía algo...

¿Quién sería aquel hombre, el tal Panadero? ¿Un novato dispuesto a ser el nuevo rey? ¿Cómo se le ocurría, no ya fabricar unas pastillas tan explosivas, sino tratar de venderlas en el territorio de otro capo, en apariencia más fuerte y poderoso? Si el «martillo blanco» ponía patas arriba el mercado, la alarma se acabaría desatando.

Recordé a la chica pelirroja que bailaba desnuda.

Una simple pastilla le había puesto el cerebro del revés, desinhibiéndola por completo.

–Tienes una ventaja que la policía no tiene –me oí decir a mí misma–: Eres joven y vas por libre.

Y odiaba las drogas.

La huida fácil, la degradación del ser humano, el castigo al cuerpo y la mente en busca de un bienestar efímero, la estupidez.

Pensaba en Alfredo y cuando sonó el móvil y vi su número en la pantalla me quedé absorta. ¿Sintonía? ¿Casualidad?

Algún día tendría que preguntarle quién era en realidad.

Algún día.

–Dime, Alfredo.

–¿Te pilló en mal momento? –me dijo a modo de saludo.

–No.

Fue al grano.

–¿Recuerdas algo más de eso que «casualmente» –lo remarcó–, viste u oíste anoche?

–¿Algo como qué?

–Detalles, pequeñeces, lo que en apariencia no tiene importancia. Algo en la discoteca, el aparcamiento, la casa donde te metieron...

–No se me ocurre nada que pueda ser relevante.

–Anoche en esa discoteca un chico acabó en el hospital por un golpe de calor muy fuerte y una chica apareció desnuda corriendo con un enjambre de babosos detrás. Se salvó de ser violada de milagro.

–¿Una pelirroja?

–Sí.

–La vi bailar desnuda. Fue una de las que compró un «martillo blanco».

–Lo suponíamos.

–O sea, que las pastillas son una verdadera bomba, como parece.

–Sí. Es probable que sean tan fuertes por algún componente químico, o por su reacción con otro o con el propio cuerpo humano, pero en pocas horas la sangre elimina bastante de las cosas que pueda haber en cada pastilla, así que los de Toxicología van un poco a ciegas.

–Id a por Panadero.

–No es tan fácil. La clave es saber dónde las fabrica o quién se las trae.

–Estaré atenta por si...

–No, tú no hagas nada –fue rápido.

–Me has llamado tú, ¿eh?

–Para hacerte una pregunta, nada más. No te estoy invitando al baile.

–Nunca he ido a un baile con un chico –reconoció.

–Berta, no te metas en esto, ¿vale? –sonó amenazante.

–Vale. –Vi que Mila salía de Zara y me buscaba–. Te dejo, tengo trabajo.

Corté la comunicación muy a mi pesar y con todo el morro antes de que protestara y esperé a que la dependienta con aires de modelo se acercara. Ya llevaba el pitillo encendido en la mano. Una docena de ojos, no solo masculinos, siguió su paso desde la tienda hasta el lugar en que la esperaba.

Ella se dejó querer y mirar, habituada a eso.

–Oye, ¿tú quién eres? –me preguntó extrañada.

–Me llamo Berta y tengo que encontrar a Esperanza por un tema de una herencia. Trabajo en una agencia de detectives.

–¿En serio? –se emocionó mucho, aunque no supe si era por lo de la herencia o por lo de la agencia.

–Ya no sé dónde buscar. –Puse cara de desesperación–. Una persona no puede desaparecer así como así.

–Yo no sabía nada de una prima segunda desde que tenía quince años, y resultó que vivía a cien metros de mi casa. ¿Puedes creerlo? Esas cosas pasan.

–Sé que Bartolomé estaba enamorado de ella, y que era el único que le caía un poco bien a su madre. Sé que Rosendo fue su último novio...

–Si es que Jacinta era una bruja –me interrumpió soltando dos chorros de humo por la nariz después de dar una larga y casi desesperada calada a su cigarrillo–. Esa mujer

estaba loca. Esperanza a veces le paraba los pies, pero la mayoría de veces no podía con ella. Salía con chicos solo para fastidiarla. Hasta que apareció Rosendo, claro. Tan guapo... Hacían muy buena pareja, y eso que ella aún era una cría.

—Así que Rosendo fue el que la embarazó.

—Sí, claro.

—Pero entonces... ¿por qué rompieron? ¿Y cómo?

—Mujer, ¿te parece poco? —Otra larga calada—. En cuanto Jacinta lo supo... A mí me lo dijo antes, para tener donde apoyarse, pero ya me dirás qué podía hacer yo. Su madre, primero, casi la mata. Después la secuestró.

—¿La escondió?

—Sí —fue rotunda, ya muy animada con la charla—. Estaba muerta de vergüenza, como si fuera una marquesa. ¡Su hija menor de edad y adolescente, embaraza! Esperanza ya no pudo plantarle cara, se vino abajo. La llevó a no sé dónde, a casa de un familiar, lejos, para que no la vieran con la barriga por el barrio. Y luego, encima, al nacer muerta la niña...

Se me cortó el aliento.

—¿Cómo dices?

—¿No sabías eso? —Se extrañó—. La niña murió al nacer, sí. Algún problema en el parto, eso de que el cordón umbilical se enrolla mal... Pura mala suerte, aunque en el fondo, yo creo que para Esperanza fue lo mejor, qué quieres que te diga. Oye. —Me miró muy seria—. ¿Por qué pones esa cara?

—No lo sabía —me contuve.

—A Esperanza eso ya le acabó de cambiar la vida. ¿Te imaginas? Siguió con su madre un poco más y un buen día... ¡puerta! Cortó con los lazos del pasado y por esa razón le perdimos la pista. Simplemente... era otra, ¿entiendes? Todo aquello fue un palo. Si los padres supieran cómo pueden arruinar la vida de sus hijos...

Se había terminado el cigarrillo.

Mila Planas se miró las manos vacías.

Ni lo había disfrutado.

—Gracias —comprendí que era el punto final de nuestra charla.

—Sí, tengo que volver. —Hizo una mueca—. Me quedaría a fumar otro, pero... Solo faltaría que me echaran, que tal y como está el patio, ya me dirás.

No creí que tuviera problemas para encontrar otro trabajo.

No ella.

La vi alejarse rumbo a la tienda, causando la natural conmoción en los espectadores asomados a su paso, y yo continué unos segundos conmocionada por la revelación final de mi último testigo.

Si la hija de Esperanza y nieta de Jacinta había nacido muerta, ¿quién era Berta Blanch?

¿O había algo más monstruoso detrás?

No me moví de donde estaba, saqué el móvil, la lista con los datos de los dos casos de mi cartera, y marqué el número del móvil de Berta Blanch.

La niña se puso al aparato muy rápida.

–Soy Berta Mir, de la agencia –me presenté–. ¿Puedes hablar?

–Sí, ¿ya está? –exclamó con expectación.

–No corras tanto.

Percibí su pequeña desilusión.

Tiempos veloces. Todo se quería rápido. En un mundo voraz, la calma ya no existía, ni la paz del trabajo bien hecho. Y en esto no era anticuada, simplemente es que hacía de detective, el más lento de los trabajos del universo.

–Pero estáis ya con ello, ¿no?

–Claro, y tenemos muchas pistas y datos, pero no nos gusta aventurar nada ni crear falsas expectativas. Ten paciencia.

–Bueno.

–Te llamaba para pedirte que nos ayudes.

–¿Yo? ¿Cómo?

–¿Tus padres guardan los documentos habituales en algún lugar cerrado con llave?

–¿Qué clase de documentos?

–Pasaportes, libro de familia, cosas así.

–No, están en un cajón de una mesa, en casa.

–¿Alguna vez has mirado ahí?

–No.

–Pues hazlo. Intenta dar con la partida de tu nacimiento, adopción, lo que sea que se hiciera en su momento. Todo cuanto tenga relación con eso es importante. Si no lo encuentras ahí, registra a fondo por todas partes.

–¿Tan importante es eso?

–Sí, esencial.

–¿Por qué?

–Porque en esos papeles suele haber nombres, por ejemplo el del médico que atendió a tu madre biológica.

Berta Blanch no era tonta.

Debió de pillarlo al momento.

–Claro –dijo.

–Escucha, Berta –hablé en un tono amistoso, como si compartiéramos un secreto entre colegas–. Tu adopción fue irregular, una mujer te entregó a tus padres y eso fue todo. Algo así no es tan fácil. Alguien tuvo que falsificar algún papel. Por eso lo primero que se me ocurre es que tiene que haber un médico de por medio. O eso o tu madre te tuvo sin asistencia, con Jacinta de comadrona. También es posible que en tu partida de nacimiento se diga que eres hija natural de tus padres adoptivos, y estamos en las mismas: otro médico tuvo que falsificarlo. Sea como sea, lo sabremos si encuentras esos papeles.

–¿Y si se los pido directamente?

–No lo hagas, espera.

–¿Por qué?

–Los pondrás sobre aviso, y el señor Mir está muy cerca de resolver el caso. Confía en nosotros. Piensa que para ellos también será doloroso. De momento, mejor dejarlos al margen.

–Bien –lo aceptó.

–Lláname a mi móvil en cuanto lo tengas.

–¿Y si no hubiera nada o no lo encontrara?

–Entonces mala suerte, pero no habrá nada perdido.

–Gracias, Berta.

–De nada, Berta –le sonreí a través del teléfono.

Era la hora de comer. Si iba a casa perdería mucho tiempo. La abuela ya estaba más que acostumbrada. Aun así, la llamé.

Mejor hacer las cosas bien.

–Dime –gruñó su voz al otro lado del hilo telefónico.

–Ya lo sabes, pero te aviso, como una buena chica.

–¿Y dónde comerás? –supo de qué le hablaba.

–En un restaurante.

–En uno de esos sitios de hamburguesas hechas con suela de zapato, bebidas que engordan y patatas fritas embadurnadas de salsa roja –protestó.

–Kétchup –le dije–. Se llama kétchup.

–Antes solo les poníamos sal. Y mostaza a las salchichas.

–No comeré esa basura, descuida. Es que me pilla lejos y no puedo ir, lo siento. Ah – decidí ahorrarme la llamada de después–, por la noche también tengo trabajo.

Ya no hubo reproches.

Llevaba el peso de la casa, y ella no podía ignorarlo.

Refunfuñar, sí; protestar, no tanto.

–Abuela...

–¿Qué más?

–He ido a ver a mamá.

–Bueno –lo aceptó con la mayor de las naturalidades.

–Me llamó él, diciendo que estaba depre.

–Has hecho lo correcto, ya lo sabes.

–Quería oírtelo decir.

–Aunque habrás estado insoportable, claro.

–Más bien sí –reconocí.

Una especie de huracán, que no era sino su suspiro final, me alcanzó por el altavoz del móvil.

–No te metas en líos.

–No, tranquila. Seguir a alguien de noche es cualquier cosa menos emocionante.

Ahora sí, me puse el casco y dejé la acera del paseo de Gràcia para buscar un restaurante en el que comer algo. Los del centro eran turísticos y estaban llenos de hordas invasoras. Más que Barcelona, para algunos era Gaudilona. Si quería estar a la salida del colegio de Mateo Salas, lo mejor era acercarme ya a Sarrià. Me detuve en el complejo de restaurantes de los Cinesa Diagonal y me metí en el Ándeles para tomarme unos tacos mex y una Coronita. Mientras esperaba, analicé la situación una vez más.

Si la niña de Esperanza había muerto, ¿quién era Berta Blanch?

No, la niña no había muerto.

Jacinta le había dicho a su hija eso, para tener las manos libres y dársela en adopción a

los Blanch.

Ni Esperanza ni Rosendo sabían que su hija seguía viva.

¿Qué mujer era capaz de hacer algo así?

Jacinta Utrillo se había llevado su secreto a la tumba.

—¿Dónde estás, doctor? —susurré a media voz.

¿Quién podía saber la verdad?

¿Quién?

El camarero me trajo mis tacos mex y la Coronita. Picoteé las tres clases de carne, para aligerar los tacos, y luego los engullí uno a uno con lo que quedaba en su interior. Mientras comía, en la terraza, vi pasar a las ninfas del barrio acompañadas por los chicos bien de la zona. Un desfile de buen gusto y caras guapas, de nivel y clase. Cabellos perfectos, sonrisas ideales, ropas caras, piernas largas, risas despreocupadas.

Entonces comprendí que estaba sola, muy sola, y que para lo que quería hacer por la noche, pese a la prohibición de Alfredo, necesitaba a alguien.

Miré el móvil.

Me resistí casi un minuto.

Luego llamé a Lucas.

Se puso de inmediato al aparato y lo primero que me soltó fue un preocupado:

—¿No me digas que no puedes venir al ensayo?

—No es eso, hombre.

—Menos mal —bufó—. ¿Qué quieres?

—¿Puedes acompañarme esta noche, al acabar el ensayo?

Se animó igual que si le acabara de decir que iba a acostarme con él.

—Claro, ¿qué hay que hacer?

—Puede ser digamos... peligroso —no quise ponerme melodramática, pero tampoco ocultarle la realidad.

—¿Ah, sí?

—Sí, en serio. Pero solo un poco.

—Bueno, mi segundo nombre es Peligro —bromeó en plan peliculero.

—No seas crío.

—¿Es por uno de tus trabajos detectivescos de los que nunca hablas?

—Sí. Y te llamo por una única razón: necesito a un hombre. Si voy yo sola no sería creíble.

–Pues me alegro de que hayas pensado en mí. ¿De qué se trata?

–Luego te lo cuento, ¿vale?

–¿Tengo que ir de alguna manera especial, traje, corbata...?

–No, tío, tampoco es eso.

–Me morderé las uñas –advirtió de buen humor–. Una cita es una cita.

Una cita.

A veces mis ideas eran descabelladas, pero desde luego no quería arriesgarme a hacer lo que se me acababa de ocurrir yendo sola. Para algunos, un hombre siempre es un hombre.

Ojalá no me arrepintiera.

Le di el último sorbo a la cerveza y pagué la cuenta. Justo cuando me levantaba, apareció delante de mí una figura femenina, guapa, rubia. La reconocí al momento.

Joana Dalmau, la nieta de Claudia Parets, la anciana que me había hecho sudar tinta para dar con Mauricio, su loro.

–¡Berta!

Parecía una vieja amiga reencontrándose con alguien muy querido, a pesar de que solo nos habíamos visto una vez, antes de descubrir que a Mauricio se lo habían robado su hermano Manel y su tío Plácido Miserachs, aunque eso me lo había guardado para mí solita para no entristecer a la anciana.

–Hola. –Traté de iluminar mi cara para que estuviera a la altura de la suya.

Nos besamos en las mejillas.

–¿Cómo estás? –Mantuvo el mismo entusiasmo–. ¡Cuánto tiempo ya, meses!, ¿no? La abuela todavía habla de ti, ¡su salvadora! Le devolviste a Mauricio.

–Era mi trabajo.

–¡Fue más que eso! ¡Le devolviste la vida, porque hay que ver cómo quiere a ese bicho! ¿Por qué no vas a verla? Le caíste tan bien, y sigue tan sola...

Por un momento, egoístamente, no vi a Claudia Parets, sino a su bolso repleto de euros. Ella sí podía prestarme el dinero para el disco. Incluso dármelo.

Una loca maravillosa.

–Siempre estoy liada. –Hice un gesto de resignación–. ¿Cómo va todo?

–¡Bien, bien, estudiando!

–¿Y Manel?

–Desde lo de Mauricio ha dado un cambio... –Puso cara de sorpresa–. Parece otro, en

serio. Incluso acabó bien el curso, con notas.

—¿Tu tío Plácido...?

—Huy, ese ha desaparecido. —Abrió los ojos—. Se lió con una peluquera y poco después de conocerte yo a ti... adiós muy buenas. Debe de estar en cualquier parte —no quiso seguir hablando de su familia y los ojos se le agrandaron todavía más, de pronto—. ¡Oye, el próximo sábado doy una fiesta en mi casa, por mi cumpleaños! ¿Por qué no vienes? Ya sabes la dirección. ¡Venga, ánimo!

Nos habíamos caído bien.

Una simple charla meses atrás, y nos habíamos caído bien.

A veces necesitaba tanto una amiga.

—¿El sábado?

—¡Sí, venga! —Se le iluminaron los ojos—. Y no hace falta que traigas nada, ¿eh? Está prohibido. ¿Tienes novio?

—No.

—Ah, era por si querías venir acompañada. Entonces tranquila: tengo los amigos más guapos de Barcelona. No sé si te gustará alguno, pero ellos, en cuanto te vean... Entonces, ¿te animas?

¿Por qué no?

Cuando el caso del loro ya pensé en acercarme a Joana.

—Gracias, Joana —asentí.

—¡Bien! —Me abrazó y volvió a besarme en las dos mejillas.

Los Dalmau tenían dinero, y su propio pasado oscuro, pero Joana era un ente libre, feliz y natural. Las dos sabíamos que existía una extraña sintonía entre ambas.

—¿Hacia dónde vas? —me preguntó.

—Hacia allí. Tengo la moto.

—Entonces te dejo. ¡Nos vemos el sábado!

Otros dos besos.

Luego la vi alejarse, radiante, sola, libre, agitando su cabello rubio y viendo el mundo a través de sus ojos grises.

A mí me esperaba un niño de once años envuelto en un misterio y una mentira.

Le había dicho a Javier Salas que le llamaría en veinticuatro horas. Y eso había sido la noche anterior. Lo único que necesitaba era comprobar algo una vez más, y luego...

Luego le diría a unos padres que su hijo era un mentiroso.

Esta vez llegué a la salida del colegio unos diez minutos antes, así que lo que hice fue aparcarse directamente la moto cerca de casa de los Sala, ir a pie hasta la escuela y prepararme para seguir al chico de regreso a su domicilio. Me quedé a una cierta distancia del enjambre de madres, pese a lo cual pude escuchar muchas de sus voces, y en un par de minutos casi me autoconvencí de que lo mejor era no tener un hijo jamás.

¿Podía convertirme yo en una de aquellas histéricas?

¿Es que nunca habían sido jóvenes, adolescentes...?

Supongo que la vida es un libro en el que cada día lees o vives un capítulo, y que cuando llevas decenas o centenas de ellos, ya ni te acuerdas de los primeros.

Adaptación, improvisación, cambio.

Las conversaciones giraban en torno a sus retoños. Solo eso. No había nada más. Todo era «MI Rosa», «MI Pepito», «MI Luisa»... Hablaban con afectación, con dominio, con miradas aplastantes y términos contundentes. Las abuelas y los abuelos participaban menos. Ellos esperaban entre resignados e ilusionados la venturosa aparición de sus nietos y nietas. En sus rostros había algo distinto, indefinible. Cansancio de años y energía renovada gracias a la segunda oportunidad que les daba la vida.

El clamor y el parloteo cesó en cuanto se abrieron las compuertas de la esclusa escolar y el río humano brotó de ellas, como había sucedido el día anterior, como sucedería el día siguiente, y como sucedería siempre. Entonces cada cual se dedicó a lo suyo, a ver y reconocer al objeto de su ansiedad, llamarle, abrazarle, besarle, preguntarle qué tal el día, si habían merendado o si...

Volví a localizar a Mateo Salas.

Hizo exactamente lo mismo que veinticuatro horas antes: caminar con dos amigos un breve trecho y luego seguir solo.

Sus pasos, de inmediato, se hicieron más lentos.

Tuve que esconderme en un portal cuando, a los pocos instantes, se detuvo y miró hacia atrás.

Como un conspirador.

Lo que hizo fue entonces desconcertante.

Mateo Salas se golpeó el brazo izquierdo con la pared, una, dos, tres veces, apretando los dientes y conteniendo el dolor. No contento con eso, cerró los ojos y de manera angustiosa lo frotó contra la rugosidad del estucado hasta que le empezó a brotar la sangre.

Me quedé sin aliento.

Sabía que había chicas que se cortaban con cuchillas de afeitar, se autolesionaban porque era una forma de sacar el dolor que, por una y mil razones terribles, llevaban dentro. Me parecía una barbaridad, pero era algo real, sobre todo en el universo femenino. Sin embargo, era la primera vez que veía a una persona causándose daño de manera intencionada. Y encima, un niño.

¿Por qué?

¿Y si Mateo Salas quería vengarse de Federico Ruiz y de Miguel Ángel Cuesta, a pesar de que ya se habían olvidado de él una vez fuera de la escuela?

¿Era el odio la causa de aquello?

Mi perseguido sacó un pañuelo del bolsillo y se vendó él mismo el brazo herido. Una vez hecho esto ya no perdió ni un segundo más, quizás asustado, quizás pensando que cuanto antes se lo desinfectara mejor, o quizás temiendo que alguien le viera y le reconociera. Echó a correr y ya no paró hasta llegar a su casa.

Desapareció por la puerta del edificio y yo me quedé flotando en un océano de incompreensión y preguntas.

No me quité la imagen de la cabeza en todo el trayecto hasta el local de ensayo. Si Mateo se hubiera entretenido más, habría llegado tarde, pero en estas circunstancias llegué la primera. Abrí con mi llave la puerta principal del viejo edificio y luego caminé hasta nuestro cubículo. En al menos dos de los otros se escuchaba el rumor de los ensayos de sus ocupantes. Ahora mismo debíamos de ser media docena los grupos o cantantes que teníamos alquilados nuestros espacios.

Sin saber por qué, miré la puerta cerrada del local en el que, antes de verano, había conocido a Néstor Aguilar.

Nuestra cita, aquel beso, su propuesta de que me uniera a su grupo, la pequeña magia de saberme y sentirme importante o necesitada por unos momentos...

Me quedé paralizada cuando la puerta del cubículo se abrió y apareció el mismo Néstor, acompañado de un fotógrafo.

También abrió los ojos por el impacto de tropezarse conmigo.

–Espérame fuera –le dijo al fotógrafo.

Nos encontramos en mitad de la zona común, destartalada, con restos de la vieja fábrica que había sido antes de que sus compartimentos se alquilaran fragmentados, tan expectantes como sonrientes, y nos dimos un beso en la mejilla, como viejos colegas.

–Hola, Berta –susurró con su natural encanto.

–Hola –me limité a corresponderle yo un tanto aturdida.

Como si aquel beso todavía impregnara mis labios.

Seguía igual que entonces, alto, guapo, con su abundante cabellera, los ojos limpios, la sonrisa para enmarcar, la mandíbula recta, los hombros firmes, sus vaqueros, la camisa abierta y las zapatillas deportivas, aunque ahora, para las fotos, luciera una impresionante chaqueta de fantasía. Sin olvidar su eterna barba de dos días.

Tan sexy.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le pregunté la primera.

–Es para un reportaje –me dijo–. Pensamos que estaría bien hacerme unas fotos en el lugar donde preparé el disco. –Se llevó una mano al bolsillo de su impecable chaqueta y me entregó un CD–. Iba a dejártelo en vuestro local de ensayo. No pensaba encontrarme contigo.

Cogí el disco. En la portada se le veía en toda su plenitud, a lo Jim Morrison, apoyado de espaldas en una pared desconchada, la cabeza caída sobre el pecho, pantalones negros, cinturón grande, torso desnudo, pies descalzos, la pierna izquierda apoyada en la pared, la otra pierna asentada en el suelo, el cabello cubriéndole parte de la cara. Él quedaba a un lado de la cubierta, y su nombre y el título del disco al otro: «Néstor Aguilar, *Ven*».

–Gracias. –Me sentí emocionada.

–Creo que escogí este lugar para las fotos del reportaje por ti, para poder dejarte el

disco. –Me envolvió con aquella sonrisa que tan vulnerable me había hecho sentir antes de verano—. Sin ti sería distinto. –Puso un dedo sobre el CD.

–No digas eso.

–Lástima que no sea tu voz la que está en los coros.

–Nosotros también vamos a grabar antes de fin de año.

–¿Con qué compañía?

–Nos lo autoproducimos.

–Bueno, lo importante es tener un disco. Recuerdo que erais muy buenos.

–¿Actúas mucho?

–Este verano sí, pero ahora preparamos la gira de lanzamiento. Oye –se le iluminaron los ojos–, me gustaría celebrar esto contigo, en serio. Fuiste una inspiración para mí. Gracias a ti descubrimos que necesitábamos esa voz femenina en los coros.

–¿Y cómo quieres celebrarlo?

–Invitándote a cenar.

Fue extraño. No tenía mucha práctica en citas con chicos, y menos con chicos que me llevaban seis años e iban camino de convertirse en estrellas, pero de pronto, lejos de sentirme vulnerable e insegura, me sentí valiente y decidida.

Casi coqueta.

–¿Volverás a pedirme permiso para besarme?

–Esta vez no.

–Entonces no sé. –Arrugué la cara fingiendo disgusto—. Me encantó ese detalle.

–¿Y si te lo pido?

–Menos, ya no sería original.

Nos echamos a reír y eso nos relajó. Demasiado guapo para mí. Demasiado joven para él. Eso quizás lo hacía más fácil. Nunca llegaríamos a más. De haber aceptado su oferta de unirme a su grupo abandonando el mío, todo habría sido diferente. Pero juiciosamente me quedé en mi lugar.

Ahora éramos libres.

–Vamos, te lo debo –insistió.

–No seas tonto, no me debes nada.

–Una cena.

No tenía escapatoria, y me apetecía.

Con o sin beso.

Con o sin lo que fuera.

–De acuerdo.

–¿El viernes?

–El viernes.

–¿Me das tu número de móvil? Te llamaré para decirte el lugar y la hora.

Se lo di y no le pedí el suyo. Sabía que me llamaría. Sabía que, por alguna extraña razón, yo le gustaba. Y decía la verdad: se sentía en deuda conmigo. Aquella tarde en que le hice coros por primera vez todo fue mágico. Lo vi en las caras de sus músicos.

–Tengo que seguir con el fotógrafo –lamentó–. Pero esperaré el viernes con impaciencia.

–No me gustan los sitios pijos –le recordé–. No trates de impresionarme.

–¿El de entonces?

–Vale.

Se acercó a mí, me puso las manos en los brazos y me besó en la comisura de los labios. Un beso nada apasionado, pero sí lleno de insinuaciones. Luego hizo algo muy tierno. Algo único. Me acarició la mejilla.

Todavía no era una estrella.

Todavía no estaba contaminado.

–Hasta el viernes –nos despedimos.

Le vi alejarse, cruzar la puerta de la calle y desaparecer de mi vista. Tardé en reaccionar, un buen puñado de segundos. Luego abrí nuestro local de ensayo y me encontré en mi realidad.

Me costó quitármelo de la cabeza.

Néstor iba a triunfar, y yo no quería estar allí como parte de su séquito, pero tampoco como... ¿cómo qué? ¿Eran fantasías mías? Probablemente se acostara con todas. Pero aquel beso de la primera cita había sido muy especial, muy tierno, y más aún, sus ojos al separarse. Además, me había pedido permiso. ¿Qué chico o qué hombre hace eso?

¿Era posible la amistad después de un beso como aquel?

¿Y después de lo que pasara el viernes?

–No estás preparada –me oí decir a mí misma.

Eso hizo que me rebelara.

¿Y por qué no?

Mi padre, mamá, mi loca vida... ¿Iba a tener siempre miedo de relacionarme con los

demás? ¿Podía meterme en líos espantosos jugando a detectives y le tenía miedo a los sentimientos?

Una cena, un beso, incluso acostarme con Néstor, si me apetecía, formaba parte de la vida, del crecimiento propio, del aprendizaje natural tras la adolescencia.

Cogí la guitarra, como solía hacer siempre que estaba sola en el local, y canturreé una canción a la que me faltaba ponerle música, porque únicamente tenía la letra.

No era lo que se dice una canción común y corriente.

Quizás fuera porque al recordar el beso de Néstor me sentía... ¿erótica?

Ábrete dulce, suave.

Recíbeme así, ansiosa.

Hazme vivir.

Y deja que yo te haga sentir.

Ahora es el momento.

Lento.

Porque una vez dentro,
navegando por tu vientre,
seremos uno,
para siempre.

Iba a probar con otra melodía cuando apareció Sandra.

Guapa, segura, firme.

Ya no seguí susurrando mi letra ni buscándole un guante musical. Dejé la guitarra a un lado. En sus ojos vi cierta expectación.

—Ahí afuera está ese cantante que ensayaba aquí antes de verano —me dijo—. Tiene una pinta impresionante. Le están haciendo fotos.

—Lo sé, le he visto. —Le enseñé el CD.

—¿Te lo ha dado?

—Sí. Y ceno con él el viernes —quise compartirlo con ella sin saber por qué.

—¡Eh, tía! —Abrió los ojos—. Genial, ¿no? ¡Está como un queso!

—Nos hicimos amigos entonces.

—¿Y Lucas? —vaciló.

—¿Qué pasa con él?

–Creía que estabais...

–¡No!

–Pero le gustas.

–Sí, ya lo sé –lo dije con un leve tono de tristeza.

–Pensaba que de puertas para adentro guardabais las apariencias.

–No creo en las relaciones dentro de un grupo. Tarde o temprano influyen en la música, y para mí esto... –abarqué el local– es lo más importante ahora mismo, ¿sabes? Todo lo que tengo.

–Lo es para todos –se sinceró Sandra.

–Tú cantarás siempre, incluso cuando La Séptima Cuerda ya no exista, pero yo...

–No digas eso. Es absurdo pensar en el futuro, pero ahora mismo somos muy fuertes, sonamos bien y estamos más unidos que nunca. Te dije que deberías componer más. Me alegro de que DJ haya incluido esas dos canciones entre las quince que vamos a grabar.

Por un momento pensé que quizás no tuviera que buscar una amiga muy lejos, que tenía a Sandra.

Por un momento.

Salvo que ella era la solista, la imagen del grupo, la verdadera estrella, como Néstor Aguilar.

Y no, no era absurdo pensar en el futuro.

–Te admiro –dijo de pronto Sandra.

–¿A mí? ¿Por qué? –aluciné.

–Trabajas de detective, tienes que sacar adelante tu casa, tienes a tu padre postrado en una cama... No sé de dónde sacas las agallas, la resistencia, lo que sea.

No sé por qué, pero tuve ganas de llorar.

Entonces la abracé.

Estuvimos así unos segundos, hasta que nos separamos y ella misma propuso:

–¿Ensayamos algo las dos juntas? ¿Tienes alguna letra nueva? ¿Qué cantabas cuando he llegado?

El hecho de ir a grabar nos estaba dando alas, porque el ensayo fue increíble. Habíamos decidido no hacer otra cosa que los quince temas que registraríamos, con suerte, en diciembre, pero acabamos haciendo una *jam session*, improvisando, y en ella cada uno tuvo su parte de gloria y su protagonismo. Era una pena que, momentos así, no pudiéramos grabarlos, aunque solo fuera para tenerlos como recuerdo.

Las *jams*, sin el corsé de lo establecido, eran tan libres...

Tan energéticas.

No acabamos muy tarde. A las nueve solíamos parar, para poder cenar y llegar a casa a una hora decente o hacer lo que cada cual quisiera o necesitara.

Mientras nos despedíamos, y Lucas y yo nos quedábamos solos, pensé en las palabras de Sandra. Creía que estábamos enrollados. Lo creía.

Éramos un grupo, formábamos un equipo, pero en realidad sabíamos relativamente poco los unos de los otros y eso era tanto por defender una privacidad como por falta de intimidad. Sandra la guapa, con su estupenda voz; Marcos el líder, por el que había estado colada hasta que se me cayó la venda de los ojos aquella noche, cuando lo intentó sin más, solo por hacerlo; Lucas y Matías, hermanos, el primero enamorado de mí desde hacía meses y el segundo un loco maravilloso. Pero detrás de esos clichés, ¿qué había?

Sandra podía ser encantadora, como acababa de demostrarme. Y Marcos, además de un gran guitarra, era un buen líder. Y Lucas, siempre dispuesto a ayudarme en «algo peligroso», fiel a su idea de que un día formaríamos un dúo electroacústico los dos, con mi voz y mi guitarra, no el bajo: la guitarra.

Tocando nuestras canciones.

—¿Qué te pasa? —oí su voz a mi lado—. Pareces estar un poco lejos de aquí.

Tenía la cabeza llena de cosas, pero era el momento de centrarnos en una sola.

Por Alfredo.

Lo quisiera o no.

Yo era la única que tenía la llave para terminar con aquel asunto. Y soy de esas a las que les gusta cerrar las cosas, no dejar nada a mi espalda.

–Estoy bien. Un poco agobiada, eso es todo.

–¿Se trata del dinero?

–No, tranquilo. A veces todo te cae encima y la cabeza es como un embudo. –Pensé en Mateo Salas, en Berta Blanch–. ¿Listo?

–Sí, ¿de qué se trata? –Se animó igual que un niño ante una sorpresa de cumpleaños.

Estábamos en la calle. El último en marcharse había sido su hermano Iván, después de que le dijera que se quedaba conmigo «para hacer algo».

–Vamos a ir a un sitio, a ver a cierto hombre. –Le miré fijamente a los ojos–. El sitio se llama La Pola y es un bar frío, de esos de copas, modernidad y parejitas. El hombre se llama Panadero. –Tomé aire y le solté la parte difícil–: Tú eres un promotor de bares de rollo, *raves* ilegales y demás historias con mucha gente y mucha música electrónica. Yo soy tu novia tonta y callada. Necesitas unas diez mil pastillas de éxtasis, para empezar, porque según cómo, eso sería tan solo un punto de partida. Panadero fabrica una modalidad de éxtasis muy potente llamado «martillo blanco». Así que, como has oído hablar de él, vas a verle para tantear su disposición a hacer negocios.

Cuando acabé de decirlo, Lucas estaba tan blanco como las pastillas de las que acababa de hablarle.

–Joder, Berta –musitó.

Empecé a darme cuenta de que yo estaba loca, y de que ese era mi problema, no el de los demás.

–Lo siento –suspiré.

–No, no, si es que...

–Es demasiado, lo sé.

–Que no –me detuvo–. Lo que pasa es que dicho así, de golpe, y como si tal cosa...

–¿Lo olvidamos? –le propuse.

–¡Para una vez que me pides algo, y encima haciendo que me sienta James Bond! ¡No! –se animó a medida que asimilaba la idea–. Tampoco vamos a comprar todo eso, ¿verdad?

–No, claro.

–O sea que de lo que se trata es de tenderle una trampa a ese tío, el Panadero.

—Necesito saber dónde fabrica el éxtasis.

—¿Quién es tu cliente?

Mi cliente era Javier Salas. Que Fede y MAC acabasen siendo camellos ya no tenía nada que ver con su hijo. Si hacía aquello era por cerrar un caso en plan tozudo y por ayudar a Alfredo.

Yo.

Una aprendiz de detective ayudando a un inspector de policía.

Encima me ganaría una bronca, aunque saliera bien.

¿Por qué quería que confiara en mí, y me respetara, y no me viera como a una intrusa metomentodo, una cría posadolescente...?

—Eso es secreto —le dije a Lucas saliendo de mi abstracción.

—Menos mal que hice de actor muchas veces en las funciones escolares. —Mi compañero recuperó el buen humor—. Imagino que habrá que echarle morro y listos.

—Hay que ser convincentes, o sea, parecer lo que pretendemos ser: dos jóvenes con dinero, inventiva y ganas de montar una buena. Lo justo para que nos tome en serio, sin pasarnos. —Recordé al jefe de Fede y MAC cuando regresaron con los brazos rotos y sin su carga de pastillas ni el dinero—. Por lo que sé de ese hombre, parece un novato, un recién llegado, así que a lo mejor también es tonto, o un pardillo. Ojalá. Acaba de entrar en la escena del tráfico de pastillas y el principal capo del negocio ya ha oído hablar de él. Es como si lo hubiera anunciado en los periódicos.

—¿Cómo se supone que yo he oído hablar de él?

—Anoche en una discoteca una chica acabó bailando desnuda después de tomarse una pastilla.

—¡Sopla!

—Podemos decir que a uno de los camellos se le escapó su nombre y que lo oímos. Son dos idiotas, así que no tiene nada de extraño. Tampoco creo que llame a los dos chicos para preguntarles o echarles la bronca, porque acabaron con los brazos rotos y fuera de órbita.

—¿Por qué? —se agitó.

—Esa es otra historia, no te despistes —lo reconduje a mi terreno—. ¿Coges el hilo?

—Lo cojo, lo cojo. La clave está en que sea muy emprendedor y me muestre seguro de mí mismo. Es lo que siempre he deseado ser o parecer.

—Pero si tú eres un tío la mar de seguro.

–Ya, ya. –Puso cara de circunstancias.

Casi deseé abrazarle.

–Gracias, Lucas.

–¿Qué puedo pedirte yo a cambio? –Se llevó una mano a la barbilla.

Me acerqué, le di un beso en la mejilla y luego le dije:

–No te pases.

Llegamos a la moto y entonces me di cuenta de que había un problema: solo llevaba un casco, el mío. Maldije por lo bajo, porque era mejor ir en moto si todo salía como yo esperaba. Por suerte Lucas estuvo al quite.

–Hay uno en el local de al lado que siempre lleva un casco de más, por si liga. Voy a pedírselo. –Me guiñó un ojo y regresó al edificio.

Aproveché el tiempo para ver el móvil.

Tenía dos llamadas perdidas. La primera, tal y como esperaba, era de Javier Salas.

Su hijo había llegado a casa con el brazo sangrando y les habría dicho que, una vez más, los culpables eran Fede y MAC.

Le mandé un SMS muy breve: «Caso resuelto. Mañana nos vemos». No era suficiente, pero al menos esperaba calmarle.

La segunda llamada perdida era de Berta Blanch.

Se la devolví.

–¿Sí?

–Soy Berta Mir, ¿puedes hablar?

–Un momento.

La imaginé en casa, con los padres, dirigiéndose a su habitación.

Esperé. Lucas salía ya del lugar en el que ensayamos tantos cantantes y grupos con un casco en la mano.

–¿Berta? –volvió la voz de la niña en un tono mucho más quedo.

–Sí, dime.

–Tenías razón, hay un médico. Firma un papel conforme atendió en el parto a mi madre, Esperanza Estrada Utrillo. He tenido que registrar toda la casa porque mis padres lo tenían escondido en otra parte. Se llama Leandro Bricall Monsolís.

–¿Alguna dirección?

–Solo el nombre.

–Has sido muy valiente, gracias. Creo que daré con él.

–Bien –suspiró.

Corté la comunicación y apagué el móvil para evitar que Javier Salas me llamara directamente, con toda probabilidad indignado pese a mi SMS. Tampoco quería que nadie nos interrumpiera cuando Lucas y yo estuviéramos con Panadero.

–¿Nos vamos ya? –me preguntó él.

–Una cosa más: tú te llamas Damián Soteras y yo Ana Martínez, ¿te parece?

–¿Tendremos que volver a verle?

–No –fui categórica–. Si sale mal, una pena, pero si sale bien... nos llevará a dónde quiero. De lo único que se trata es de despertarle la codicia. Cuando le pongamos la miel en los labios no creo que llame por teléfono, por si piensa, en plan dramático, que pueda tenerlo pinchado o simplemente porque no se fíe, qué se yo. Solo le vi y le oí un momento, pero parece un tipo de lo más pusilánime. Imagino que hay cosas que es mejor hacerlas en persona.

–¿Quieres decir que irá a dónde fabrica sus pastillas y le seguiremos para descubrir dónde es? –Abrió los ojos.

–¿Se te ocurre un plan mejor?

–La detective eres tú. A mí me parece emocionante.

–¿Emocionante? –Empecé a arrepentirme de haberle metido en el lío–. Ya te digo. ¿Vamos?

–Estaré a la altura. –Se puso el casco.

–¿Cómo te he dicho que se llaman las pastillas?

–«Martillo blanco.»

–Prueba superada. –Me coloqué el mío.

Nos montamos en la moto y pasamos los siguientes minutos abrazados, es decir, yo conduciendo con cuidado, porque el peso de los dos era considerable sobre el vespino, y él cogido a mi cintura desde atrás.

Pero lo suyo en realidad era eso, un abrazo.

Sentí un poco de lástima, porque percibía su amor, lo mucho que disfrutaba tocándome, aunque fuera de esa forma. Sus manos en mi cintura eran como una caricia; sus dedos, un beso; su forma de percibirme, un regalo para sus sentidos.

¿Por qué las relaciones humanas son siempre tan difíciles?

Lucas era genial y yo...

Llegamos a La Pola y detuve la moto lejos de la entrada, para que apenas pudiera

verse desde dentro. Dos promotores de fiestas que movían un montón de pasta no iban en un vespino. Bajamos, atamos los cascos con la cadena a la rueda trasera y tomamos aire. Bastó una mirada cómplice para saber que estábamos preparados. Luego caminamos hasta el bar.

Desde el momento en que entramos, Lucas tomó la iniciativa.

—¿Está el señor Panadero? —le preguntó muy serio al encargado de la barra.

—¿De parte?

—No nos conoce, pero venimos a ofrecerle un negocio.

El hombre, de unos treinta años, nos miró a los dos.

Por supuesto tenía que ser algo más que el encargado del bar.

—¿Qué clase de negocio? —quiso saber.

—Dígale que tenemos una ferretería y queremos martillos —le soltó con todo su morro Lucas—. Martillos blancos.

No tuvimos que esperar mucho rato. Dos minutos. El encargado salió de nuevo y nos hizo una seña. Abandonamos la zona del bar, ocupada a esa hora solo por tres parejas, y muy jóvenes, y atravesamos la tierra de nadie de un pasillo hasta el mismo despacho que yo había atisbado desde el otro lado de la tapia la noche anterior. En la puerta, con ostentoso orgullo, incluso ponía su nombre: «Eutiquio Panadero».

Cara a cara, parecía incluso más frágil, más bajo, pero también más elegante. O quizás esa noche tuviera un sello especial, diferente al de la pasada. Tendría unos cuarenta años, pero trataba de aparentar treinta y pocos, cabello engominado, ojos ligeramente maquillados, labios finos. El tono afeminado se hizo aún más patente cuando pasó de mí para centrar toda su atención en Lucas, atravesándolo con una mirada cargada de dudas e intenciones. Dudas acerca de lo que estaba haciendo allí e intenciones porque sin disimulo le miró primero a los ojos y luego a la entrepierna. Había otro hombre en el despacho, de pie junto a la ventana con una taza de té o café en la mano, que confirmaba lo que, de pronto, parecía una evidencia. Él sí tendría los cuarenta, o más, tal vez los cincuenta. Llevaba un espantoso peluquín, un diamante en el lóbulo de la oreja derecha, un tono de maquillaje más acentuado en los ojos y un traje de pésimo mal gusto que se daba de bofetadas con el de su compañero.

Lucas también vaciló un instante.

Le miré pensando que no sabría manejar la situación.

–Creo que no he entendido muy bien el motivo de esta visita –dijo Eutiquio Panadero mientras le tendía una mano flácida y carente de energía.

Lucas se la estrechó sin pasarse.

No miramos al del peluquín.

Hora de jugársela.

–Entonces perdone la brusquedad –cambió de arriba abajo para sorpresa y alegría

mía—. Temíamos que no nos recibiera y... bueno, mejor ir por la vía directa y sin rodeos, ¿no? Mi padre siempre me decía: «Hijo, no pierdas tiempo, pero sobre todo, no se lo hagas perder a los demás. Cuanto más importante es la persona, más valen sus horas, sus minutos y sus segundos». —Me miró y agregó—: ¿Verdad, amor?

«Su» amor sonrió y le dijo que sí.

Eutiquio Panadero también miró al suyo, expectante con su taza en la mano.

—Mi nombre es Damián Soteras —mantuvo el mismo tono amigable—, y ella es mi novia, Ana Fernández.

Le había dicho Martínez, pero eso ya daba igual.

—Mi socio, Silvio Bonaventura.

—Conocí a un Bonaventura en Catania —dijo Lucas.

—Mi familia es de la Toscana.

—¡Ah, fantástico! ¡Qué tierra, qué colores, qué...! —se calló a tiempo.

Yo empecé a calcular la distancia que había hasta la puerta, y si los dos gays serían muy resistentes en caso de que hubiera problemas.

—¿De qué quiere hablar conmigo, señor Soteras? —le trató de usted pese a su juventud.

—¿Podemos sentarnos?

Quise matarle. Estrangularle.

Eutiquio Panadero señaló el sofá y las dos butacas de su despacho. Lucas ocupó una de las dos plazas del sofá y yo la otra. Panadero se sentó en una de las butacas.

Bonaventura continuó de pie.

Frío, ojos de halcón.

—Verá, señor Panadero —atacó finalmente el tema «mi novio»—. Yo organizo *raves*. Las mejores de por aquí. Una auténtica pasada, se lo aseguro.

—¿*Raves*? —frunció el ceño el hombre.

—Bueno, siempre se las ha llamado así, sobre todo desde hace unos años, pero en realidad no son más que macrofiestas ilegales, no sé si me entiende. —Le guiñó un ojo—. Alquilamos u ocupamos una fábrica, mandamos una convocatoria a través de las redes sociales, prácticamente *person to person*, y fácilmente podemos meter a diez mil personas en un fin de semana. Música a tope, pero a tope de verdad, ¿eh? Pura adrenalina. Lo que yo ofrezco no lo ofrece nadie de Valencia para arriba. Empezamos el viernes y acabamos el lunes por la mañana. ¿Sabe lo que es eso? —Esperó dos segundos antes de seguir—: ¿Sabe la de dinero que mueve eso? Y no hablo únicamente de la

entrada, la bebida... Hablo de lo que todos necesitan para mantenerse en pie tres días y tres noches, ¿me explico?

Lo había hecho bien.

Empecé a pensar en darle un Oscar, y algo más que un beso en la mejilla.

—¿Dice que reúne a... diez mil personas? —preguntó Eutiquio Panadero.

—A veces son más, incluso doce, trece, quince mil. Depende de la época del año, de si hace frío o calor, del lugar en que nos concentremos... Ahora, por ejemplo, que todavía hace calor y la gente sigue pensando en las vacaciones, le aseguro que la primera que montaré será una pasada. He contratado a los dos mejores DJ de Europa, Blay Montague de Francia y Harold Sommerset de Inglaterra. ¡Diez mil euros por barba!

—Interesante —fue lo único que pudo decir Panadero ante el alud verbal de Lucas.

—Bueno, no es como hace unos años, pero si se monta bien, y yo soy el mejor en eso, el resultado es alucinante —se jactó—. La gente quiere marcha. Eso de tener que irse a casa a las cuatro de la madrugada... —Hizo un gesto de asco con la cara y con la mano—. Lo bueno es empezar el viernes y no parar hasta el lunes por la mañana, por si hay que ir a estudiar, a trabajar o... ¡a dormir! —Se rio él solo—. Usted ya me entiende.

Eutiquio Panadero deslizó una mirada en dirección a Silvio Bonaventura. Fue como si le suplicara que se uniera al grupo. El italiano dejó la taza sobre la mesa del despacho y ocupó la otra butaca. Él sí me miró a mí, aunque fuera por espacio de un segundo. Sostuve el peso de sus ojos y eso fue todo.

—¿Qué tienen que ver sus fiestas con nosotros, señor Soterías? —preguntó muy despacio.

—Voy a necesitar como mínimo diez mil de sus fantásticas pastillas, señores —lo soltó como una pequeña bomba, pero con toda naturalidad—. Si pueden ser más, más, porque los hay que ya necesitan dos, tres, cinco... ¡Si yo les contara! —se inclinó hacia delante y bajó la voz—: Tenía un proveedor, ¿saben? Y lo suyo era bueno, no estaba mal. Bueno y barato. Pero algo ha tenido que pasarle este verano. Llevo un mes sin saber nada de él. Verán —se inclinó todavía más—, el asunto es urgente, porque si no hago yo mismo el negocio, y me llevo la tajada, son otros los que venden éxtasis y otras cosas en mis narices. ¡Otros! ¿Y qué voy a hacer, matarlos? ¡Yo organizo *raves*! —Se echó de nuevo hacia atrás y sin cortarse un pelo soltó—: Necesito sus «martillos blancos» como agua de mayo. Y sé que en su caso, una venta así, garantizada, no es de despreciar. ¿Qué me dicen?

Decir, no dijeron nada.

El silencio pudo cortarse con un cuchillo.

Eutiquio Panadero estaba pálido. Silvio Bonaventura, más y más serio.

—No me conocen, claro. —Lucas se vio en la necesidad de seguir hablando—. Y pensarán: «Este chico, tan joven, y manejando lo que dice manejar...». Pues déjenme que les diga algo: precisamente por ser joven he podido montar lo que he montado y he llegado hasta donde he llegado, ¿verdad, nena?

—Sí, cielo.

—Ana es mi brazo derecho —quiso dejarlo bien claro—. Yo tampoco los conozco a ustedes, sé que son nuevos en el negocio, pero precisamente por eso estoy aquí, porque son nuevos, tienen una auténtica bomba y no les va a ser fácil colocarla en el mercado yendo por discotecas o vendiendo al por menor. ¿Camellos? —Hizo otro gesto de desprecio—. Olvídense de eso. El negocio está en lo grande. Piensen en grande. Yo siempre lo he hecho.

—¿Y cómo se supone que usted sabe que nosotros...?

—Anoche fui testigo de los efectos de su «martillo blanco». —Puso cara de malo—. Formidable. Increíble. Yo mismo vi a una chica desnudarse y... bueno, fue alucinante, vaya flipe. Nos dijeron que las vendían dos tipos en el aparcamiento. Les compré dos pastillas a sus chicos y los oímos hablar, que si el señor Panadero, que si La Pola... Nada importante, pero se me quedó aquí. —Se llevó un dedo a la frente mientras Panadero y Bonaventura se quedaban aún más pálidos, cruzando una rápida mirada de desasosiego—. Nos las tomamos ya de madrugada, ¿verdad, cariño? Si les digo lo que hicimos... —soltó una risa, cada vez más puesto en su papel—. Lo malo es que ellos desaparecieron. Si nos hubiéramos repuesto antes, antes habríamos venido a verlos, pero esos «martillos blancos» nos dejaron KO. Oiga, no sé de dónde los sacan, pero son lo más fuerte que he probado en años, y eso que Ana y yo nos mantenemos al margen, porque el negocio es el negocio y cada *rave* exige el cien por cien de nuestra capacidad. Cuando trabajamos, nada de colocarnos.

Incluso a mí me estaba mareando el rollo de Lucas.

Los dos hombres seguían tensos.

—Esos dos que vendían en el aparcamiento —logró decir el dueño de La Pola con esfuerzo—, ya no trabajan para mí.

—Lo entiendo, menudo par de bocazas —chasqueó la lengua Lucas—. Pero gracias a

ellos estamos aquí. ¡Guau! –Apretó los dos puños y los agitó en el aire–. ¿Vamos a hacer negocios o qué?

–¿Y si lo que escuchó fue... inexacto? –tanteó Panadero.

–Entonces Ana y yo nos vamos por donde hemos venido, y nada, a buscar por otra parte. ¡Por oferta que no falte, porque lo que es demanda...! –Llenó los pulmones de aire y lo soltó como un torrente–. ¿Saben cómo está el patio? Ahora mismo entre lo que se fabrica aquí y lo que llega de Holanda, sin ir más lejos... Si me he equivocado, me perdonan y listos –curvó los labios hacia arriba y levantó las dos cejas en un gesto malévolo–. Pero suponiendo que eso que oí sea cierto, que el supuesto precio que nos cobren por cada partida sea negociable y que supuestamente puedan fabricarlas y servirnoslas...

–Que nuestro proveedor haya desaparecido no significa que estemos sin nada –intervine yo por primera vez–. Tenemos fuentes holandesas, sí, pero también hay un traficante belga, otro marroquí, y los latinoamericanos se están metiendo en el tinglado poco a poco. Cuando hablamos de diez mil pastillas, mínimo, por macrofiesta, hablamos de algo muy grande. Lo malo es que siendo tanta cantidad ellos tienen más problemas. Todos ellos. Por eso buscamos algo seguro, rápido, y que ya esté aquí. Pensamos que el «martillo blanco», siendo nuevo y hasta ahora desconocido, probablemente lo hagan en Barcelona o cerca.

–Eres un amor –dijo de pronto Lucas acercándose a mí para darme un beso en la boca–. Tendrías que hablar tú en lugar de hacerlo yo, cariño.

No sé si se me notó el sofoco o el brillo iracundo de los ojos, pero en el fondo, muy en el fondo, hasta tuve ganas de reír. Era el beso robado más bien robado de la historia de los besos robados.

Juré que le mataría después.

–Señor Panadero, señor Bonaventura, no quiero hacerles perder más el tiempo –Lucas fue ya directo al grano–. Todos sabemos a qué jugamos. Si quieren vender su mercancía de una en una a la puerta de las discotecas, por mí... –Levantó ambas manos con las palmas por delante–. Pero si quieren hacer negocios a lo grande, seguros, porque esto es entre ustedes y nosotros... Aquí nos tienen. Ustedes son nuevos. Necesitan un golpe de efecto, expandirse, así que, díganme: ¿nos vamos o nos quedamos?

Había sido una buena representación, y desde luego eran nuevos en el negocio. Muy nuevos. Tanto que habían dado con una pastilla explosiva.

Demasiado explosiva y todavía no lo sabían.

–¿La relación sería estrictamente con vosotros? –comenzó a rendirse Eutiquio Panadero pasando a tutearnos.

–Exclusivamente –asintió Lucas–. Recogeríamos la mercancía donde nos digan, o la traen ustedes donde les digamos, eso sería todo. Nada de intermediarios.

–¿Pago al contado?

–Pago al contado... siempre que el precio sea competitivo y nos permita un margen, a todos, a ustedes y a nosotros.

–¿De qué cifra hablaríamos, más o menos?

–De aquí a Navidad... calculo que unas cien mil pastillas. Las primeras diez mil para este viernes.

Eran palabras mayores, y lo sabíamos todos. Demasiado para que los dos fabricantes lo ignoraran. Panadero y Bonaventura ya no dejaban de mirarse. El segundo se mantenía serio, pero lleno de grietas. Al primero le brillaban los ojos.

El cebo estaba lanzado.

Quedaba esperar.

Eutiquio Panadero cogió una hoja de papel de la mesita situada entre las butacas y el sofá. La pluma se la sacó del bolsillo interior de su chaqueta. Le quitó el capuchón con un gesto deliberadamente lento, como si se lo estuviera pensando, y luego escribió una cifra.

Le pasó la hoja a Lucas, empujándola con dos dedos por encima de la mesa.

Lucas hizo un esfuerzo para mostrarse impasible.

–Es más de lo que nos cobran los holandeses –comentó.

–Entonces no tenemos más que hablar. –Eutiquio Panadero se puso en plan negociante.

–Eso reduce nuestro margen considerablemente, ¿verdad, amor? –Me pasó el papel.

–Son los nuevos tiempos. –Me encogí de hombros–. Si queremos dar lo mejor, habrá que pagarlo, o subir precios también nosotros.

Panadero me enseñó los dientes en algo parecido a una sonrisa.

–De acuerdo –asintió mi compañero fingiendo rendirse.

–Dame tú móvil –dijo el dueño de La Pola.

–Sin móviles –fui rápida, por si acaso Lucas metía la pata–. ¿Cuándo nos dirán si es posible la primera entrega?

–Pasaos mañana por aquí.

–Necesitamos la respuesta con urgencia.

–Pues a primera hora. El bar está cerrado, pero yo ya estaré aquí.

Me puse en pie tomando la iniciativa.

Luego me imitó Lucas y a continuación ellos dos.

Hora de irse. Bastante habíamos tentado a la suerte. Y desde luego jamás habría hecho aquello de no haber visto el panorama por la ventana la noche pasada, la ingenuidad de Fede y MAC, lo novato que era su jefe.

En el fondo, Eutiquio Panadero era un pardillo.

Nada que ver con Roman Vitrescu.

Lo inesperado había sido encontrarnos con «el otro», con Bonaventura.

–Gracias por todo. –Les tendí la mano también la primera–. No se arrepentirán. Esto va a ser beneficioso para las dos partes, se lo aseguramos.

La de Panadero era realmente flácida. La de Silvio Bonaventura un poco más fuerte, como correspondía al macho de la pareja.

–Me sorprende que seáis tan jóvenes. –El dueño de La Pola hizo hincapié en el detalle mientras nos acompañaba a la puerta.

–¿Se imagina usted a un tipo de más de treinta montando macrofiestas? –se puso aún más chulo Lucas–. Yo a los treinta espero estar forrado o muerto.

Lo que me iba a costar devolverle los pies a la tierra.

Ya no hubo más. Cruzamos el bar y salimos a la calle.

Me habría gustado repetir mi espionaje de la noche anterior, meterme en el solar y tratar de escuchar a los dos hombres, pero temí que los acontecimientos se precipitaran y uno de ellos saliera de inmediato... a no ser que el «martillo blanco» se fabricara dentro de La Pola, en unos posibles sótanos o algo así. Lo que dijeran o pensaran de nosotros tampoco era importante mientras nos hubieran creído.

Por lo tanto regresamos al lugar donde habíamos aparcado la moto lo más rápido que pudimos.

—¿Qué tal he estado? —quiso saber Lucas.

No le respondí de momento, por si nos vigilaban desde el bar.

Por suerte, mi vespino no estaba a la vista.

Una vez en él, a salvo, hice dos cosas.

La primera, darle un puñetazo en el estómago. La segunda, al inclinarse sobre sí mismo, un beso en la mejilla, tras sujetarle la cara con las dos manos.

—¡Coño! —jadeó.

—El puñetazo es por pasarte besándome a traición ahí dentro, aprovechado. El beso porque has estado genial.

—Sí, ¿verdad? —Llevó aire a sus pulmones.

—Un par de veces te has extralimitado en tu actuación, y en alguna que otra te habría saltado a la yugular, pero sí. Creo que se lo han tragado. Panadero seguro. El otro... A ese no le tenía pillado.

—Menudo par, ¿no?

—Hacen buena pareja —dije llena de páfida maldad.

—Como tú y yo, señora detective.

Le miré con sorna recordando algunos detalles de la actuación.

—Blay Montague de Francia y Harold Sommerset de Inglaterra... ¿De dónde has

sacado esos nombres, fantasma?

—Me los he inventado, mujer.

Además de buen teclista, tenía golpes ocultos.

Nos apostamos en la esquina para observar el bar en la distancia. La noche era cerrada y apenas si había tráfico por la calle, relativamente desierta.

—¿Crees que saldrán ya? —vaciló mi compañero.

—Si mi teoría es cierta, lo harán ahora y en persona. Hemos quedado mañana por la mañana a primera hora. Tengan donde tengan el laboratorio, no veo ni a Panadero ni a Bonaventura como los químicos que fabrican las pastillas. Ellos son empresarios. Deben tener uno muy bueno y tienen que saber si pueden disponer de diez mil para el viernes. Dos días.

—¿Seguro que no llamarán por teléfono?

—Son nuevos en esto, pero hasta el más tonto sabe que hoy en día los teléfonos tienen más oídos que una Hidra de siete cabezas. No, si se trata de hacerlo bien y no dejar rastros, lo lógico es que vayan ahora. Les hemos puesto un cebo muy tentador, sobre todo después de lo que les pasó a sus camellos y la amenaza de su rival, Roman Vitrescu.

—¿Y una vez descubierto el laboratorio clandestino?

—Se lo diré a mi amigo, el inspector Sanllehí.

—¿Tienes un amigo en la pasma?

—¿Quién te crees que me sacó de la cárcel el otro día?

—¿Y le devuelves el favor así, arriesgándote?

—¿Riesgo? Ahora ya ninguno. Y no me digas que no te lo has pasado bien, novio.

—Eso sí. —Sonrió con orgullo.

Volví a darle un puñetazo, aunque más leve.

—*Quid pro quo*, ¿no? —protestó.

—Cállate y concentrémonos, ¿quieres? Y mejor nos ponemos ya los cascos y subimos a la moto.

La espera se prolongó por espacio de diez minutos.

Empezaba a impacientarme, a creer que no nos habían tomado en serio, o que, novatos o no, habían llamado por teléfono, o que el laboratorio, a fin de cuentas, sí estaba allí mismo, en el bar.

Entonces, de la boca del garaje del edificio contiguo, emergió un Audi negro.

La luz de una farola iluminó a Eutiquio Panadero al volante.

—¡Bingo! —canté poniendo la moto en marcha.

El Audi se alejó en dirección contraria a la nuestra, así que me lancé a la calzada con toda la potencia que mi pobre vespino podía alcanzar. Por lo menos, siendo de noche, era más fácil mantener una persecución motorizada. Por mucho que un coche se alejara, siempre quedaba el rastro de sus luces.

Aunque si se metía en una autopista...

Le perdería.

Entonces nada de lo que habíamos hecho habría valido la pena.

Puse la moto al máximo, suplicando que no me fallara, que no me detuviera un guardia por ir a más velocidad de la permitida o que no me viera obligada a pasarme semáforos en rojo.

Esto último fue inevitable.

Me salté dos, cruzando los dedos.

—¡Estás loca! —me gritó Lucas.

Hice como que no le oía.

Sus manos volvían a sujetarse con ternura en mi cintura, en mi vientre.

Al margen del beso robado, se había portado bien.

No llegamos a salir del área metropolitana de Barcelona, aunque sí de la ciudad; no hubo que jugársela por una autopista, pero tampoco fue una persecución plácida, especialmente en el último tramo. Lo máximo que me acerqué al Audi fueron unos diez metros, para comprobar que Panadero viajaba solo. Lo máximo que nos separamos de él fueron cincuenta o sesenta metros. Finalmente, acabamos en Collblanc en dirección a Esplugues.

Nada más entrar en el pueblo, separado de Barcelona solo porque lo decía un letrero, ya que la alfombra de casas era ininterrumpida, el Audi se desvió a la izquierda y se internó por una zona oscura.

Muy oscura.

Una zona de viejas fábricas, algunas abandonadas, otras tal vez exhalando sus últimos suspiros antes de que las echaran abajo para construir más casas.

Panadero detuvo el coche frente a un edificio pequeño, bajo, de una sola planta. No se molestó ni en cerrarlo, tenía prisa. Abrió la puerta con su propia llave y desapareció de nuestra vista. Había alguien dentro porque a través de una ventanita se filtraba un poco

de luz que destacaba en la negrura. Como si una cortina tuviera un roto o el cartón con el que se protegía los cristales no encajara bien. Yo apagué el motor del vespino.

El corazón me latía a mil.

—¿Crees que es aquí? —dijo Lucas.

—Tiene que serlo. —Me sentía muy excitada—. Es el lugar ideal.

—¿Y ahora?

No teníamos más que llamar a Alfredo.

Irme a casa y llamar a Alfredo.

—¿Y si me acerco para estar segura? —dije en voz alta—. Podría atisbar por esa ventanita.

—¿Estás loca? —Me sujetó a él.

Oí una vez más la voz de mi padre.

«Berta, ni siquiera tenías que estar haciendo esto. No juegues.»

Seguí quieta, con Lucas sujetándome por detrás.

Todo me daba vueltas. El mundo era un vértigo a mi alrededor.

Entonces apareció el otro coche.

Un Mercedes gris.

Rodaba muy despacio, muy despacio. Casi pensé que se detenía a nuestro lado.

Lo hizo justo detrás del Audi de Panadero.

—¿Pero qué...? —apenas si tuve tiempo de exhalar.

El primero que se bajó fue Dimitru, el perro de presa de Roman Vitrescu. Luego lo hicieron los otros dos, los rompebrazos, uno de ellos llevando un bulto, una caja o algo parecido. El del volante se quedó en su sitio.

—¿Quiénes son esos? —cuchicheó Lucas.

—Ni respíres —le susurré muy asustada.

Eutiquio Panadero no se había molestado en cerrar la puerta de la pequeña nave con llave, aunque tampoco era lo más importante. Una patada hubiera bastado. Los tres secuaces se metieron dentro.

Agucé el oído, pero no escuché nada.

—Berta...

—Esa es la competencia de Panadero.

—¿Y cómo...?

—Creo que no hemos sido los únicos que le han seguido esta noche.

Con el casco puesto, solo se le veían los ojos.

Suficiente para captar lo que sentía.

—¿Saben que estamos aquí? —balbuceó Lucas.

—No —dije segura—. Espiaban a Panadero, deben de haberle seguido todo el día, si es que ha salido de La Pola, que a lo mejor no lo ha hecho hasta ahora. Vitrescu quiere lo mismo que queríamos nosotros: saber dónde fabrica ese desgraciado su mercancía.

—¿Y ahora...?

No tenía respuesta para eso, solo un mal presentimiento.

Muy malo.

Lucas ya no abrió la boca. Yo tampoco. El corazón me latía a toda velocidad y me dolía el estómago. Al cabo de un minuto o dos también me dolía el cuerpo. Por suerte la espera no fue muy larga.

No pasó de los tres minutos.

Aunque se me hicieron eternos.

Dimitru reapareció el primero. Luego lo hicieron los otros dos, el del bulto ya sin él. El conductor del Mercedes lo puso en marcha. Subieron, sin prisas, y se alejaron por el otro lado, sin pasar cerca de nosotros.

Todo quedó en silencio.

—¿Crees que los habrán...?

La pregunta de Lucas murió sin concluir.

La explosión fue dantesca, brutal, y nos pilló por sorpresa. Tembló la tierra y las construcciones más cercanas vibraron mientras reventaban sus cristales. La onda expansiva nos derribó como si fuéramos de papel, y eso que estábamos a más de quince o veinte metros. Caímos los dos y la moto. Suerte que llevaba cazadora y vaqueros. Desde el suelo, tan impresionados como asustados, vimos como la bola de fuego ascendía por el aire igual que si se tratara de una pequeña bomba atómica. De lo poco que podía haber quedado allí dentro se encargaron rápidamente las llamas, furiosas, enormes, rojas como una puesta de sol.

—¡Hay que largarse ya! —fue lo único que se me ocurrió decir.

No detuve la moto para tomar aliento hasta llegar al primer semáforo de la avenida de Madrid, bastante después. Entonces sí, ya no pude más, paré, puse un pie en tierra y me di cuenta de lo mucho que estaba temblando.

Lucas me abrazó y se lo agradecí.

De pronto tenía mucho frío.

Nos quitamos los cascos un momento y repetimos el abrazo. Noté cómo me acariciaba el pelo y me besaba la cabeza. No sé por qué, sintiéndome incluso fatal por ello, pensé en mi cita del viernes con Néstor Aguilar.

—Joder, tía, este trabajo tuyo... —murmuró Lucas.

—Lo siento.

—¿Es siempre igual de bestia?

—No, suele ser más aburrido, seguir gente y cosas así —no le hablé del caso del chantajista pelirrojo, cuando habían intentado colgarme a mí un asesinato, ni de cómo me metí en la boca del lobo en el caso de mi loro favorito, Mauricio, apresada por el mayor traficante de animales exóticos conocido—. Esto es porque todo lo relacionado con drogas mueve demasiados millones, y la gente mata por eso.

—¿Crees que habrán asesinado a Panadero y a los que hubiera en ese lugar, antes de volarlo?

—No lo sé —me estremecí.

—Pobre tipo.

—Se metió en un terreno que no era el suyo.

Nos separamos un poco, porque las manos de Lucas empezaron a acariciarme también la espalda y no quería darle motivos para seguir. Mi compañero de grupo me miraba con ternura, pero también con miedo y prevención.

—¿Y si nos han seguido a nosotros? —Puso cara de dolor de estómago.

—No, le seguían a él. Dudo que hayan reparado en nosotros. Y además lo han seguido desde más lejos, seguro. Igual le habían puesto algo en el coche, un rastreador o algo así. Solo esperaban a que saliera de La Pola.

—¿Y el bar? —se alarmó Lucas.

—No, lo que querían era destruir el laboratorio. Una vez dado el golpe, el bar es lo de menos. No creo que Vitrescu sea tan estúpido.

—¿Cómo sabes que ha sido ese Vitrescu?

—Porque he visto a su hombre, Dimitru.

—¿Te das cuenta de que eres la única testigo de ese asesinato y que vas a tener que enfrentarte a una organización criminal si lo cuentas?

—¿Qué quieres decir?

—Que si lo denuncias tal vez quieran matarte antes de que declares en un juicio, y que si lo haces, encima serás eso que llaman «testigo protegido».

—No seas peliculero.

—Berta, que no soy peliculero. La policía va a aislarte y no podrás ensayar ni grabar el disco ni...

—Me estás poniendo nerviosa, ¿quieres callarte? —me enfadé.

Peliculero o no, llevaba algo de razón.

Salvo que Alfredo me mantuviera al margen.

—¿Y si no dices nada? —insistió Lucas.

—¿Quieres que me calle?

—La policía encontrará rastros de drogas químicas en ese lugar que ha saltado por los aires. Determinarán que era un laboratorio clandestino. Cuando identifiquen a Panadero atarán cabos. Puede que Silvio Bonaventura sea el que mencione a Vitrescu. Han matado a su pareja.

—No sé, tengo que pensar. —Me pasé una mano por la cara—. Sea como sea, si llamo al inspector Sanllehí —no quise llamarle Alfredo por un extraño pudor—, yo he hecho lo de esta noche sola, sin nadie. Tú no estabas conmigo.

—No voy a dejarte colgada.

—¡No es dejarme colgada, es simplificar las cosas! ¡No vayas de héroe ahora! ¿O quieres perderte también los ensayos, con la policía mareándote, y hasta la grabación del disco si vienen tan mal dadas como crees?

—El novio de Panadero dará nuestras descripciones.

–El novio de Panadero se callará la boca porque si la abre irá a la cárcel como cómplice en lo del éxtasis. ¿Cómo va a hablar de sus clientes?

La noche era agradable. Una noche de septiembre muy hermosa. Lo malo es que yo tenía en la mente aquella imagen, la bola de fuego, y en el recuerdo del sonido de la explosión.

Si dejaba que la policía iniciara su investigación, el tiempo perdido sería demasiado.

Bastaba una llamada mía a Alfredo.

Una llamada y, tal vez, con suerte, por la mañana todo estuviera cerrado.

–Vamos, te llevo a casa. –Fui a ponerme de nuevo el casco.

–No, cogeré un taxi –me detuvo Lucas.

–No seas tonto.

–No, la tonta eres tú. Soy mayorcito. Mejor vete a descansar. ¿O vas a llamar a la policía ahora?

No estaba segura de nada.

Necesitaba estar sola, pensar.

–Mañana veré las cosas mejor, seguro –quise tranquilizarle.

–Vale –sonrió–. Gracias por invitarme a la fiesta.

–Ya.

–Contigo no hay cena tranquila y romántica que valga.

Volví a pensar en Néstor.

Cena tranquila y romántica.

Lo que más necesitaba.

Le di un beso a Lucas en la mejilla y mis ojos expresaron lo que sentía mejor que mis palabras.

–Gracias por todo.

–Mejor esto que nada. Cuenta conmigo la próxima, en serio.

–Te tendré en cuenta. –Ahora sí me puse el casco, con ganas de quedarme sola.

Cuando arranqué la moto, Lucas detenía a un taxi.

Me alejé de allí con la cabeza envuelta en turbios pensamientos, ideas contradictorias, miedo, culpa, un sinfín de emociones que chocaban entre sí. Si callaba, malo, porque le daba alas a Vitrescu. Si callaba y luego se descubría mi implicación, malo, porque había sido testigo de un asesinato sin denunciarlo. Si llamaba a Alfredo, malo, porque tendría

que explicarle que había seguido a Panadero para descubrir su laboratorio y decírselo a él.

En otro semáforo comprendí que mi única opción era ser cauta, pero actuando con lógica.

Y la lógica implicaba llamar a Alfredo.

Aunque me la cargara, y me cargara con ello mi futuro inmediato si, como decía Lucas, me convertía en la testigo de cargo de un juicio por asesinato.

Roman Vitrescu podía hacer daño a la abuela, a papá...

Estuve a punto de llorar.

Me sacó de mis pensamientos el claxon del de atrás, que protestaba porque no arrancaba pese a estar el semáforo ya en verde.

En el penúltimo semáforo antes de llegar a casa, miré la hora. Ya era muy tarde. No sabía si Alfredo dormía con el móvil al lado de la cama, pero imaginé que sí. Era policía, y los policías trabajan las veinticuatro horas del día. Cuando le contase todo...

Llegué a casa, subí la moto a la acera y con el casco bajo el brazo saqué el móvil. Mejor hacerlo en la calle que arriba en el piso. Una vez encontrado el número en la agenda, tomé aire, cerré los ojos y conté hasta tres antes de marcarlo y lanzarme a tumba abierta a una noche de locura.

No llegué a pulsar el la tecla de llamada.

Tampoco los oí llegar.

Una mano me tapó la boca. Otra me quitó el móvil.

Una voz me susurró al oído:

–Cállate y hagámoslo bien, ¿de acuerdo?

Abrí los ojos muy asustada. Por delante tenía a uno de los secuaces de Roman Vitrescu con mi móvil. A su lado estaba el otro cogiéndome el casco. Así que calculé que el de detrás era Dimitru.

Acababan de matar a Panadero y a los que hubiera en aquel laboratorio.

Ahora estaban en mi casa.

–¿Bien? –volvió a preguntar Dimitru.

Asentí con la cabeza.

Todo menos que subieran a casa y le hicieran daño a papá y a la abuela.

–Entonces vamos –dio por terminada la charla el brazo derecho de Roman Vitrescu.

No tuvimos que caminar mucho. El casco se quedó encima de mi moto, sin atar, así

que lo di por perdido. El móvil y las llaves fueron a parar al bolsillo del que me había cogido. El Mercedes estaba aparcado en la esquina.

El mismo Mercedes que acaba de ver unos minutos antes.

Los dos secuaces abrieron el maletero.

–Ya sabes lo que tienes que hacer –dijo Dimitru, siempre a un centímetro de mi oído.

Lo sabía.

Entré en él y me quedé muy quieta mientras ellos lo cerraban.

Sabía a dónde iba.

De vuelta a la mansión de Vitrescu.

Y esta vez... para no salir.

El escozor de los ojos me hizo sentir una absoluta amargura. La tensión en los músculos un dolor increíble, como si acabasen de arrancarme los brazos y las piernas. El vaivén del estómago me provocó náuseas.

Logré dominarlas, porque si encima vomitaba allí dentro...

El maletero era amplio, aunque no podía moverme a mi antojo y estaba oscuro. Me parecía raro que no me hubieran atado las manos. A los dos o tres minutos de andar palpándolo todo comprendí que la idea de una escapatoria era imposible y que allí no había nada que me sirviera para intentarlo o, siquiera, para enfrentarme a tales energúmenos cuando volvieran a abrir.

Lo único que me quedaban eran mis pensamientos.

Y no eran nada agradables.

—Idiota, idiota, idiota...

¿Qué esperaba?

Si jugaba con malos de primera división, lo más normal es que lo pagara con mi inexperiencia.

Vitrescu me lo había advertido:

—Sé dónde vives.

Habiendo volado por los aires el tinglado de Eutiquio Panadero, cualquier pista que lo relacionara con él debía desaparecer.

¿Mataría también a Fede y a MAC? ¿Y a Bonaventura?

No, demasiados muertos.

Pero, entonces, ¿por qué yo?

Algo no encajaba.

Algo se me escapaba.

Intenté relajarme, pero eso era muy difícil en mis circunstancias. Los minutos pasaron muy despacio. En uno de mis ataques de pánico llegué a pensar que no nos dirigíamos a casa de Vitrescu, sino al Garraf, para despeñarme por allí al mar, o al Tibidabo, para que me metieran en una tumba en los bosques de Collserola que tal vez nadie encontrase.

Me calmé cuando comprendí que el Mercedes no iba por una carretera llena de curvas, como la del Garraf o la del Tibidabo.

Iba a vomitar, incapaz de contenerme, cuando el coche se detuvo por fin y escuché los mismos ruidos de la primera vez, cuando nos habían llevado en la camioneta.

Finalmente el motor dejó de rugir, se abrieron y cerraron las puertas, oí unos pasos breves y se levantó la cubierta del maletero.

—Sal —ordenó Dimitru.

Tuvo que ayudarme, porque estaba anquilosada. Casi me vi reflejada en sus ojos, fríos como dos cristales transparentes, sin el menor palpito de piedad o amor en su fondo. Una vez en pie, me cacheó, me quitó la cartera e hicimos el mismo camino que la vez anterior, con la diferencia de que no fui a parar a una habitación vacía, sino que me llevaron directamente al despacho de su jefe. Seguí pensando que aquella zona debía de estar en un sótano, un espacio protegido y aislado. Yo iba con Dimitru, los otros habían desaparecido.

Era ya de madrugada, pero allí nadie dormía.

Roman Vitrescu estaba sentado detrás de su mesa. Llevaba una bata, elegante, de seda, con sus iniciales en el bolsillo superior izquierdo, señal de que le habían sacado de la cama. Cuando Dimitru y yo entramos en el despacho, de él salía una mujer extraordinariamente guapa, envuelta en un camisón de color carne largo hasta los pies y sujeto por dos tenues tirantitos que marcaban su pecho perfecto. Tenía unos ojos verdes de ensueño, unos labios dibujados por un genio de la escultura y un cuerpo de proporciones mágicas. El cabello era intensamente rubio. Imaginé que era esclava.

Nuestras miradas se cruzaron un instante.

La suya fue desapasionada.

Dimitru cerró la puerta, se acercó a la mesa, depositó en ella mi cartera, las llaves y mi móvil, retrocedió y se quedó custodiando la entrada igual que si fuera un guardia, piernas

abiertas, manos unidas por delante. Yo permanecí en pie, frente a la mesa, frente a la mirada acerada del dueño de todo aquello.

Almas y vidas.

Roman Vitrescu no me invitó a sentarme.

Sus ojos me atravesaron durante algunos segundos.

Preferí callar.

—¿Por qué me mentiste? —rompió por fin aquel silencio enervante.

—¿Yo?

—¿Te gusta el dolor?

—No.

—Entonces responde, ¿por qué me mentiste?

—Yo no le mentí.

Oí cómo Dimitru se movía detrás de mí y me encogí sin volverme, a la espera del golpe.

—Te lo advertí, ¿recuerdas?

—¿Pero en qué cree que le mentí? —Abrí las manos impotente.

—Trabajas en una agencia de detectives, Berta Mir.

Los malos tenían esas cosas: poder y fuerza para averiguar hasta lo más nimio.

Incluso quién era yo.

—¡Se lo dije! ¡Seguía a los camellos de Panadero sin saber a qué se dedicaban, por encargo de un cliente, el padre de un niño al que acosaban y golpeaban! ¡Los vi vender drogas y pensé que era una forma de pillarlos, pero solo para que dejaran de molestar al chaval! ¡Por eso los grabé!

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—¿Que trabajaba en una agencia de detectives? Sí, ya, para que dudara de lo que le estaba contando y la tomara conmigo.

—Es que dudo de lo que me estás contando, niña.

—¿Lo ve? ¡Pues es la verdad!

—¿Tan simple?

—¡Sí! —grité con los puños apretados.

—Una fatalidad.

—Ni más ni menos —asentí vehemente.

Resistí su mirada.

Por allí todas eran glaciales, la de Dimitru, la de la belleza eslava, la de Vitrescu...

–Estar en el lugar equivocado en el momento equivocado nunca es bueno, Berta Mir.

–Dígamelo a mí. Pero que conste que fueron sus hombres los que me metieron en esto.

Forzó una sonrisa.

Tan falsa como un billete de tres euros.

–¿Sabes lo que vendía Panadero?

–Una clase de éxtasis llamada «martillo blanco».

–Una material muy bueno. Demasiado. Bueno y peligroso.

No supe qué decir y preferí callar unos segundos.

Roman Vitrescu se echó hacia atrás. Parecía un rey. Un emperador. Dominaba un pequeño universo que le permitía sentirse seguro, fuerte. Tenía secuaces, una empresa, una mujer increíble y tan lujosa como un cuadro de Picasso...

–Señor Vitrescu –empleé mi tono más dulce y rendido–. Yo no sé nada de sus negocios ni de los del señor Panadero. Los dos que molestaban al hijo de mi cliente ya no van a hacerle más daño, y menos con el brazo roto. Le aseguro que yo no importo nada en esta historia. ¿A quién voy a contársela? Ni que estuviera loca.

–¿Y si no te creo?

–¡Tiene que creerme!

–Aunque lo hiciera... resulta que sabes demasiado, niña.

–¿Pero qué está diciendo? ¿Qué se supone que sé? –Se me doblaron las rodillas al captar el fondo del mensaje.

–Hemos estado vigilando tu casa desde que te llamamos por teléfono.

–¿Que ustedes me han...?

Cerré los ojos. Mi clienta de unas horas antes. La que quería que siguiéramos a su marido.

–Lo siento, Berta Mir.

–Oiga, no, espere. –Oí moverse por detrás a Dimitru.

–Una noche aquí te hará reflexionar, seguro. –Roman Vitrescu dio por zanjado el tema–. Mañana nos dirás todo lo que callas y lo que necesito saber, seguro. Si es necesario hablaremos con ese hombre, el padre del niño, para saber si realmente te encargó vigilar a los dos camellos por otra cosa y no el tema de las drogas. ¿Te parece justo?

–Quiero irme a casa –supliqué.

La mano de Dimitru se posó en mi hombro.

Inútil resistirse.

–Tengo poca paciencia –dijo el traficante–. Mañana será la última vez que nos veamos, en un sentido u otro.

–¿Va a... matarme? –logré articular tan paralizada que Dimitru casi tuvo que arrancarme del sitio.

No hubo respuesta.

Solo la fría muralla de aquellos ojos impasibles.

Dimitru me sacó del despacho. El resto del camino hasta otra habitación, distinta de la de la primera vez, más pequeña, lo hice convertida en un guiñapo, cabeza baja, el pánico atenazándome los músculos, un vértigo atroz desarbolando mis sentidos.

Cuando me quedé sola y se cerró la puerta, me dejé caer al suelo, resbalando de espaldas a la pared, y llegué incluso a agradecer que no hubiera apagado la luz dejándome a oscuras, porque el interruptor estaba al otro lado.

31

Intenté dormir y esta vez no pude.

Iban a matarme.

Eso fijo.

Matarme por imprudente, aunque no tuviera nada que ver con el hecho de haber seguido a Eutiquio Panadero hasta su laboratorio clandestino.

Vitrescu lo había dicho: lugar equivocado en el momento más inoportuno. Grabando a dos idiotas por un simple caso de maltrato infantil.

Si yo quedaba libre, con Panadero muerto...

El traficante era todo menos ingenuo o idiota.

Su negocio movía millones. Su trama tenía que estar muy bien montada para seguir en ella sin que le pillaran. Alfredo me lo había dicho: los de estupefacientes iban tras él sin conseguir atraparlo. Yo desaparecería sin dejar rastro, sin más. Otra jovencita loca con la cabeza llena de pájaros.

O eso o acababa drogada en un burdel de la Conchinchina.

Pensé en papá y en la abuela.

Incluso en mamá.

Y luego en el grupo, el disco, mi cena del viernes con Néstor, mi fiesta del sábado en casa de Joana Dalmau...

Esas cosas.

Lo que más necesitaba para sentirme una chica normal con una vida normal.

—Si salgo de esta...

¿Qué? ¿Si salía del lío iba a portarme bien, dejar la agencia? ¿Y entonces de qué comíamos?

Si no me habían matado era porque quizás no lo tenían claro y necesitaban hacer algunas investigaciones más. Eso me daba un margen, un pequeño tiempo extra. Pero

desde luego no era como para tirar cohetes. Estaba segura de que Vitrescu carecía de escrúpulos. No me habían roto un brazo como a Fede y a MAC, pero si era necesario eliminarme lo harían. Que allí, en la parte baja de la casa, hubiera habitaciones vacías, también era un mal presagio. Como las mazmorras en los castillos.

Pasaron unos minutos y me incorporé para no dejarme arrastrar por el dolor.

La habitación tenía un armarito con las dos puertas de madera tipo persiana, o sea con tiras horizontales para la ventilación. Estaban entreabiertas, así que pude ver el interior, apenas un espacio de cuarenta centímetros de fondo por un metro de largo. A media altura había un estante apoyado en ambos lados.

Se me ocurrió que en caso necesario, podía ser un arma.

Lo saqué de su lugar y probé su consistencia.

¿Podía dejar KO a Dimitru o a cualquiera de los otros dos con aquello?

Por si acaso lo dejé al pie del armario.

Durante unos minutos, paseé, como un perro enjaulado, para darle movilidad a mis piernas y para no quedarme llorando en un rincón. Me repetía que debía mantener la calma, pero una cosa es decirlo, tratar de tener la voluntad de hacerlo, y otra muy distinta ser tan fuerte como para eso. Cuando me cansé de caminar como si estuviera en un zulo, volví a dejarme caer en el suelo, temblando.

Esta vez no me habían quitado el reloj.

Pasó una hora.

Dos.

Un par de veces puse el oído en la puerta, por si oía algo, pero en la casa todos debían de estar durmiendo después de una noche tan larga.

Otra hora.

Pronto amanecería.

Creo que, pese a todo, me adormilé un poco justo antes de que el estruendo me arrancara de aquella somnolencia.

El estruendo.

El disparo.

Los disparos.

El primero me despertó. El segundo me hizo saltar y ponerme en pie temblando, insegura. Los siguientes me alarmaron y me asusté de veras. Me abalancé sobre la puerta y con claridad escuché una voz de mujer que gritaba. Decía:

—¡No, no... no, espere!

Otro disparo más, y el silencio de la mujer.

Después, las últimas ráfagas, más disparos cruzados.

El infierno.

Al otro lado de mi encierro, por aquel pasillo, escuché pasos y el ruido de puertas abriéndose y cerrándose.

Entonces actué por instinto.

Mera supervivencia.

Cogí la tabla de madera que había sacado del armario, di un salto y le aticé con ella a la bombilla del techo. Se hizo añicos y me aparté para que los pedazos no me cayeran encima. Cuando se hizo la oscuridad me lancé al interior de aquel hueco y cerré las puertas desde dentro. No casaban bien, una estaba ligeramente caída de lado, con los goznes un poco salidos. Tuve que sujetarlas desde dentro.

Recordé el cuento de Edgar Allan Poe, «El corazón delator».

Mis latidos me delatarían, seguro.

Conté hasta veinte, cincuenta..., pero no llegué a cien.

La puerta de la habitación debía de tener una llave en la cerradura o un simple pestillo. No identifiqué muy bien el sonido cuando alguien la manipuló y la abrió.

La habitación estaba ya a oscuras, pero la luz que provenía del pasillo proyectó la silueta de un hombre sobre el suelo de la habitación.

Por las tiras horizontales solo habría conseguido ver las piernas del intruso. Pero con las puertas mal cerradas quedaba una rendija vertical en el centro.

Suficiente para que pudiera verlo entero.

Me quedé estupefacta.

Silvio Bonaventura.

El novio, la pareja de Eutiquio Panadero, con una pistola en la mano derecha y la izquierda pegada al estómago, de donde fluía la sangre que manchaba el suelo a sus pies.

Miró hacia el armario.

Fue como si me miraba directamente a los ojos.

Si llegaba hasta mí, me mataría. Si me descubría, adiós. Yo formaba parte de su locura, la venganza que le había llevado hasta la casa de Roman Vitrescu. No haría preguntas. Lo último que yo vería en este mundo sería su peluquín y su cara de rabia y odio.

Extraña cosa el amor.

Silvio Bonaventura no llegó a meterse en la habitación.

Dio un paso atrás, trastabillando, y continuó su camino.

Yo estaba dispuesta a seguir allí lo que hiciera falta. Horas. Hasta que aparecieran los buenos y me rescataran. No tenía ninguna prisa. No tenía ni la menor idea de lo que podía encontrarme en la casa, pero lo imaginaba.

El silencio ya era constante.

La batalla había terminado.

Seguí en el armarito, con el ojo fijo en la rendija, expectante.

Hasta que olí algo.

Algo fuerte, poderoso, como si cerca de mí se abrasara el mundo entero.

Vi el humo.

El humo que se extendía por el pasillo.

Y lo comprendí.

—¡Fuego! —gemí.

Salí del armarito a la carrera y nada más sacar la cabeza por al pasillo me encontré con las llamas.

También con el cadáver de la hermosa esclava en un extremo, y más allá, el cuerpo caído de Dimitru, pistola en mano.

Silvio Bonaventura le había prendido fuego a la casa para redondear su matanza.

Lo único que yo quería era huir, salir de allí, pero un sexto sentido me hizo recordar algo importante: mi móvil, mis llaves y mi cartera estaban en el despacho de Vitrescu. Aunque escapara sin que nadie me viera, los de la científica seguro que acabarían descubriendo algo con un resto de mi carné de identidad o lo que quedase de mi chamuscado teléfono. Eso me colocaría en la escena del crimen, que era lo que menos deseaba.

No quería tener que enfrentarme a Alfredo.

Me dirigí al despacho del traficante pensando que tal vez estuviese loca y que iba a acabar metida en una trampa de la que no lograría escapar. El fuego pronto lo arrasaría todo. Ni siquiera sabía por dónde salir.

Roman Vitrescu estaba muerto, boca abajo, medio envuelto en su bata. Dos agujeros de bala en la espalda evidenciaban que no le había plantado cara precisamente a su

asesino. O tal vez pugnase por abrir un cajón y sacar un arma, porque su cuerpo se hallaba sobre la mesa.

Mi cartera, mis llaves y mi móvil seguían en el mismo lugar.

Lo recogí todo y me lo guardé.

Hora de salir zumbando.

Pero no lo hice todavía.

De pronto vi el dinero, allí, sobre la mesa, como si me esperase. Billetes de quinientos euros. Billetes que el fuego devoraría en unos instantes. Billetes de los que nadie había oído hablar nunca, y de los que nadie oiría hablar jamás porque en unos segundos habrían desaparecido.

Vacilé.

Yo, Berta Mir, detective por necesidad, siempre honrada y más o menos justa, vacilé.

El estruendo del fuego, dominando el espacio por encima de mi cabeza, me obligó a reaccionar.

Alargué las dos manos, recogí todos los billetes que pude, me los guardé en los bolsillos de la chaqueta y el pantalón y de nuevo eché a correr.

Uno de los lados del pasillo era ya pasto de las llamas. Los cuerpos de Dimitru y de la hermosa mujer empezaban a arder en ese momento. Dominé una arcada y salí por el otro lado, el que conducía al garaje. Cuando desemboqué en él me encontré otro cadáver, el de uno de los dos secuaces rompebrazos, con un tiro en la cara. A mi espalda se produjo una explosión que hizo temblar los cimientos de la casa y reventó los cristales del aparcamiento. El humo se proyectó a través del lugar por el que había huido hasta inundarlo, con la camioneta, el Mercedes y otros dos coches deportivos dentro. Las ventanas inesperadamente abiertas lo absorbieron igual que si succionaran un refresco con una pajita. Yo me vi ciega por un momento, sin saber cómo abrir la maldita puerta del garaje.

Empecé a toser, a ahogarme.

Hice lo único sensato, lo único que mi instinto me recomendó: subirme a un banco y saltar por una de aquellas ventanas; estaba casi a punto de ahogarme.

El humo iba al cielo.

Yo caí.

No me rompí nada porque no aterricé sobre un piso de cemento, sino sobre la tierra blanda de un jardín, y además me protegí con las manos, pero el impacto fue tremendo,

la altura debía de ser de al menos un par de metros. Ya casi me había olvidado de mi trasero y de la caricia del antidisturbios. Mis huesos crujieron, sentí como si me partieran en dos. En el momento de ponerme en pie, lo primero que hice fue comprobar si mis piernas me respondían.

Lo hicieron.

Eché a correr.

Todavía me encontré con dos cuerpos más.

El primero era el del otro secuaz rompebrazos, en mitad del jardín, por donde el vengador había iniciado el asalto a la casa. Este no tenía un disparo en el cuerpo, sino un hacha incrustada en la cabeza, por la parte de atrás.

El segundo era el de Silvio Bonaventura.

La pequeña diferencia con el anterior era que él seguía con vida.

Un pequeño y débil hilo de vida, tumbado, sin el peluquín, con la pistola caída a un lado, viendo cómo la mansión de Vitrescu saltaba por los aires en otro dantesco espectáculo de destrucción.

Nos quedamos mirando un instante.

Sorpresa en sus ojos, lástima en los míos.

Ni siquiera tuvo fuerzas para tratar de coger su arma.

—Eutiquio... era bueno... —gimió con ojos vidriosos—. Lo hizo... por mí... Quería... Teníamos un... futuro...

La palabra «futuro» fue la última.

Se estremeció y exhaló su aliento final.

Miré la casa por última vez. Lo que quedaba de ella, las llamas jugando bajo la primera luz del amanecer, rasgando el aire, cárdenas, violentas, brincando hasta una enorme altura en la que parecían desvanecerse. Por suerte, estaba en mitad de un bosque, en mitad de cualquier parte no habitada, segura y distante en su universo, aunque no tan lejos como para que los bomberos y el Séptimo de Caballería no llegasen de un momento a otro.

Cuestión de minutos.

Corrí hasta el muro. No me molesté en buscar una puerta. Trepé por él y me enfrenté a los espinos que lo coronaban. Por suerte estaban colocados para evitar que alguien entrara, proyectados hacia el exterior. Lo único que tenía que hacer era tomar impulso, saltar por encima, evitar que una púa me desgarrara el pantalón o la carne y prepararme

para un nuevo golpe sobre la tierra, otros dos metros que además formaban una suave pendiente.

–Si te tienes que romper algo, que no sea una pierna –supliqué.

Pero si me rompía un brazo, adiós a tocar el bajo.

Me olvidé de todo, tomé impulso y salté.

Caí de pie, flexionando las rodillas para no ofrecer resistencia y formando una bola humana que se deslizó por la pendiente; me paré justo frente al primer árbol y, si hubiera chocado contra él, me habría roto la crisma.

A mi espalda oí otra explosión.

No iba a quedar ni rastro de la casa, ni de los muertos, salvo los del jardín.

Trabajo para la policía.

No tenía ni idea de dónde estaba, ni de la dirección que debía seguir, pero eso fue lo de menos.

Eché a correr.

Vi el más hermoso amanecer de mi vida.

El sol, radiante, saludándome en la mañana.

Estaba aturdida, magullada, dolorida y con la cabeza del revés, atropellada por el caudal de emociones, sensaciones, ideas y pensamientos que me sacudían. Saltaba de un extremo a otro sin más. De repente quería romper a llorar y al segundo siguiente me daba por reír como una histérica. Se mezclaban la rabia con el alivio, el miedo con la serenidad. Rebobinaba lo sucedido desde que me habían secuestrado al pie de mi casa y el vértigo lo convertía todo en un frágil castillo.

Roman Vitrescu había eliminado a un competidor, arrasando su laboratorio. Un competidor pequeño, pero capaz de fabricar una modalidad de éxtasis de última generación. Lo que ignoraba Vitrescu era que la pareja sentimental de Eutiquio Panadero podía volverse loca.

Capaz de actuar como un vengador solitario.

A pecho descubierto.

Aun a costa de morir en el intento.

¿Dónde había leído que los gays aman de una forma mucho más intensa?

Quizás la policía se frotase las manos.

Los malos se habían matado entre sí.

Caminé una hora o más, alejándome no solo del incendio, sino de cualquier carretera en la que alguien pudiera reconocerme después. Eso si no me cruzaba con un coche de la policía. Mi aspecto no pasaría desapercibido. La ropa me olía a humo y estaba sucia. Dejé de escuchar sirenas bastante después. Lo malo de caminar por la montaña, agotada como estaba, es que me caí un par de veces. Nada importante, pero añadí otros golpes al rosario que jalonaba mi cuerpo.

Me sentía pesada.

Llegué a pensar que era por el dinero.

¿Lo había robado?

—No, no es un robo. Ese dinero pertenecía a un mafioso, y se habría quemado —me repetí una y otra vez.

Una y otra vez.

Quizás el peso lo llevase en el alma.

Logré orientarme por fin cuando vi la silueta del Tibidabo a mi izquierda. Eso significaba que estaba por San Cugat o alrededores. Estuve tentada de utilizar el móvil, pero ¿a quién llamar? Mis líos eran mis líos, y mis problemas mis problemas. Y desde luego, habiéndome llevado aquel dinero, tenía que olvidarme de Alfredo.

—Aunque no fuera por el dinero, si sabe que has estado ahí... —volví a hablar conmigo misma en voz alta.

En una sola noche había sido testigo de la muerte de... ¿cuántas personas? Panadero y los del laboratorio, Vitrescu y sus tres hombres, además de la chica y del propio Silvio Bonaventura.

Como mínimo ocho personas.

Un marrón de narices.

Las primeras casas que vi me alegraron igual que el sediento se alegra de encontrar un oasis en el desierto. Todavía era temprano, pero ya había gente yendo de un lado a otro. Encontré un bar de los que abren temprano y pedí un café. Mientras me lo preparaban, me metí en el lavabo y me lavé la cara. Seguía oliendo a humo. No me quedé mucho rato, me tomé el café, lo pagué y me fui. Bajé por una calle que hacía pendiente y milagrosamente me encontré con un taxista que debía de iniciar la jornada en ese momento. Me subí en el taxi y le di una dirección falsa, a dos calles de mi casa, por si las moscas.

—Una noche movida, ¿eh? —me soltó tras echarme un vistazo por el retrovisor.

¿Le decía que me acababa de levantar y que ese era mi aspecto normal?

—De locos —me atreví a sonreírle con frivolidad.

—¡Ah, quién volviera a tener tus años! —mencionó cansino.

—No crea.

—Ya, ya.

Cerré los ojos y recosté la cabeza en el respaldo, sobre todo para demostrarle que no

quería más cháchara. Me daba igual que me mirase. Estaba lo bastante lejos como para que nadie me relacionase con lo sucedido.

Cuando abrí los ojos de nuevo vi que circulábamos ya por Barcelona.

Eso me dio una mayor sensación de seguridad.

Calma.

Pagué la carrera, caminé hasta mi casa y, para mi sorpresa, el casco seguía sobre la moto.

Genial.

Lo cogí y subí al piso, muy silenciosamente.

–Por favor, abuela, hoy no, hoy no, hoy no... –supliqué.

Metí la llave en la cerradura, la giré a cámara lenta, abrí la puerta y la cerré todavía más despacio. Luego avancé con los zapatos en la mano hasta mi habitación.

Una vez allí, me sentí definitivamente a salvo.

Lo primero, desnudarme.

Examiné mi dolorido y magullado cuerpo en el espejo. Tenía tantos cardenales que podían hacer un cónclave en él y elegir al mejor como papa. Después, saqué el dinero de los bolsillos de mi ropa y se me ocurrió contarlos.

Me quedé blanca.

Cuarenta y siete mil euros.

–¡Ay, Dios! –gemí.

Volví a contarlos, solo para estar segura. Los billetes de quinientos euros estaban nuevos, como recién salidos del banco. Hasta pensé que podían ser falsos.

No lo eran.

Cuarenta y siete mil razones para tener una esperanza.

Pensé en papá, en el disco, en lo que representaba aquello como garantía de futuro. Al menos por un tiempo.

Futuro.

La última palabra empleada por Silvio Bonaventura.

Vi mi rostro reflejado en el espejo de la habitación. Vi mi cuerpo desnudo salpicado por un sinfín de moratones. Vi también mi alma.

–¿Qué vas a hacer, darlo a beneficencia, entregárselo a Alfredo y encima decirle que estabas ahí, metida hasta las cejas, renunciar por una extraña ética?

No. No iba a renunciar.

Me los había ganado.

Del primer céntimo al cuarenta y siete mil.

De pronto me sentí tan cansada, sin fuerzas, que solo tuve tiempo de hacer tres cosas más.

La primera, guardar el dinero en mi armario, sabiendo que, afortunadamente, la abuela nunca curioseaba mis cosas. La segunda, desconectar el móvil. La tercera, acostarme, porque necesitaba cerrar los ojos unos segundos.

Y me dormí.

No fueron más que dos o tres horas.

Suficiente.

Lo justo para perder aquel sopor, sentirme de nuevo viva, renacer y salir del pozo en que había quedado sumida tras los acontecimientos de la mansión Vitrescu.

Lo peor fue levantarme.

Me dolían partes de mi cuerpo que hasta ese instante ni siquiera sabía que existían.

Me fui como una zombi al cuarto de baño y la ducha hizo, una vez más, el milagro de devolverle la armonía a mis articulaciones, conectándolas con mi mente. Una vez seca regresé a mi habitación, me vestí y reaparecí ante el mundo como nueva.

O casi.

Llevé la ropa de la noche anterior al fregadero y yo misma la sumergí en agua, para que la abuela no sospechara nada. Me quedé más tranquila cuando vi que ella había salido, lo que me evitaba dar explicaciones sobre mi ausencia nocturna. Alejandra ya estaba con papá, flexionándole las piernas, los brazos, y moviéndole para que su cuerpo no se acartonara por falta de ejercicio.

Lo último que hice antes de salir a la calle fue mirar la guía telefónica.

El único Bricall Monsolís, con la letra L como inicial del nombre, vivía en el Ensanche, en la calle Consell de Cent. Por si acaso entré en internet y también curioseé en algunas páginas que lo mencionaban. Desde luego era médico, ginecólogo para ser más precisa.

Le dije a Alejandra que salía. Me preguntó qué le decía a la abuela y le respondí que nada, que tenía trabajo. Una vez en la calle primero me metí en el bar de la esquina para desayunar algo y reflexionar. Me moría de hambre. No había comido nada, solo me había tomado el café tras la escapada nocturna y estaba desfallecida. Dos cruasanes y un chocolate después me sentía más reconfortada.

Y con un plan.

Me subí a la moto, la arranqué para alejarme de mi calle, paré en una esquina y encendí el móvil. Esperaba al menos una llamada perdida, pero me alegré de comprobar que no había ninguna. Marqué el número de Javier Salas, cerré los ojos y crucé los dedos.

Iba a ser difícil.

—¿Diga?

—¿Señor Salas? Soy de la agencia.

Se desató la tormenta.

—¡Me prometisteis resolverlo en veinticuatro horas! ¡Me dijiste que ayer quedaría resuelto y lo único que hiciste fue mandarme un SMS diciendo «Caso resuelto»! ¿Caso resuelto? ¡Ayer por la tarde esos dos bestias volvieron a agredir a mi hijo! ¡Le hicieron daño! ¡Yo ya no tengo paciencia!, ¿entiendes? ¡Se acabó!

—Señor Salas, ¿me deja hablar?

—¿Por qué no diste señales de vida como me prometiste anteayer? ¿Qué significa eso de «Caso resuelto»? —Mantuvo el mismo tono airado.

—Necesito verle en persona.

—¡Por supuesto que tenemos que vernos, pero el señor Mir y yo!

—¿Esta tarde a primera hora?

—De acuerdo —se calmó un poco—. Vendrá el detective, ¿no?

—No, iré yo. —Y antes de que volviera a gritar tuve que atajarle—: Escuche, le dije que había resuelto el caso, y así es. Lo hice antes de que su hijo llegara a casa herido en el brazo.

No era estúpido. Captó el detalle.

—¿Cómo sabes que le hirieron en el brazo?

—El izquierdo.

—¿Lo viste? —noté su asombro.

Tomé un poco de aire.

—Sí, vi cómo Mateo se lo hacía a sí mismo, él solo.

—¿Cómo que...?

—Señor Salas, esos dos gamberros no han molestado a su hijo desde que acabó el curso. Es más, ahora mismo están fuera de circulación. Les rompieron un brazo a cada uno. Si quiero verle en persona es porque tengo una teoría y necesito compartirla.

La voz de mi interlocutor tardó un par de segundos en reaparecer, mientras la idea

penetraba despacio en su mente.

–¿Me está diciendo que Mateo se... autolesionó y culpó a esos dos...?

–Esta tarde, señor Salas. No hable con su hijo. Y que su esposa esté presente cuando yo vaya, ¿de acuerdo?

–Entonces deberá ser a la hora de comer. Sobre las dos y media.

–Estaré en su casa a esa hora, descuide.

Sabía que no me dejaría cortar, que trataría de seguir hablando, empujado por su desconcierto, así que ni me despedí.

Tenía una cita a la hora de comer.

Y mucho trabajo previo.

Corté la señal telefónica, me guardé el móvil en el bolsillo de la chaqueta, me puse el casco de nuevo y me dirigí al cruce de Balmes con Consell de Cent para ver si ataba los cabos del caso de Berta Blanch. La consulta de Leandro Bricall Monsolí ocupaba dos de las cuatro puertas del primer piso del edificio cuyas señas aparecían en internet y en la guía telefónica. Nada más cruzar el umbral me encontré frente a una recepción muy blanca, paradigma de hospital, regentada por una enfermera de bata azul, quizás para contrastar. Era una mujer ya mayor, de cincuenta y pocos años, rostro agradable. Pensó que yo era una clienta, porque me sonrió con dulzura.

A ninguna mujer le gusta ir al ginecólogo.

Tener que sentarte en una butaca, poner las piernas en alto sobre dos *abrazaderas*, abrirlas, y dejar que un extraño te toque...

–Hola, ¿cómo te llamas? –me preguntó.

–No vengo para una consulta –quise dejarlo claro–. He de hablar con el doctor Bricall por otro tema, personal.

Le cambió un poco la cara, pero no llegó a perder la sonrisa amable.

–Me temo que el doctor tiene una mañana muy llena, sin un minuto libre –consultó una agenda de mesa llena de nombres escritos a mano.

–Mire, trabajo en una agencia de detectives –no estaba dispuesta a perder mi tiempo–. Solo dígame que serán dos minutos, y que es mucho mejor que hable conmigo, porque de lo contrario tendrá que hacerlo con la policía. Me bastará una llamada para que vengan en tropel en menos de diez minutos.

La sonrisa desapareció por completo.

Alzó las cejas, los ojos casi se desorbitaron, le tembló el labio inferior. Envío una

mirada rápida a la sala de espera, situada a nuestra izquierda, por si alguna de las mujeres que aguardaban había oído algo.

–No entiendo –vaciló.

–Dígale solo un nombre: Esperanza Estrada. O dos. Menciónale también a su madre, Jacinta Utrillo.

La vi ponerse pálida.

Tanto, que deduje que no podía ser casualidad.

Se levantó y, más que caminar, corrió por un corto pasillo hasta una de las puertas de la derecha. Ni siquiera llamó. Entró y cerró la puerta a su espalda.

Salió a los treinta segundos.

Igual de pálida, igual de nerviosa, igual de azorada.

–Por favor...

Acudí a su llamada. Dejé la recepción y mientras tanto ella abrió otra puerta. Una segunda sala de espera, vacía.

–Gracias. –La miré a los ojos.

–El doctor vendrá en unos minutos, cuando acabe con la paciente que... –Bajó la vista y rehuyó mi mirada antes de dejar la frase sin terminar y cerrar la puerta.

Era una sala como cualquier otra, aséptica, con media docena de sillas negras, las paredes blancas, una mesa con revistas de variada índole, una lámpara de pie, una bola de cristal llena de trozos de corcho de la que emergía una enorme planta y algunos cuadros, o mejor decir carteles con reproducciones del cuerpo humano o ilustraciones del aparato sexual femenino.

No quise sentarme, a pesar de que de vez en cuando regresaba el cansancio.

No quise que el doctor Bricall me pillara con las defensas bajas.

Pensé que me tendría allí mucho rato, bien porque no pudiera dejar a su paciente a medias, bien para mostrarme un deje de superioridad como evidencia de que no le había puesto nervioso. Sin embargo, la puerta volvió a abrirse a los cinco minutos.

Leandro Bricall Monsolís era un hombre de unos cincuenta años, rostro agradable, poco pelo, ojos protegidos por unas gafas negras y barba blanca perfectamente recortada. No sé por qué miré sus manos.

Las manos que se pasaban el día explorando las partes íntimas de tantas mujeres.

Su rostro podía ser agradable, pero su tono fue más bien duro.

–¿Me ha dicho mi enfermera que venías de una agencia de detectives? –me tuteó al

ver mi juventud.

No quería una charla, ni una presentación formal. Lo de la agencia era lo de menos. Si estaba allí, cinco minutos después de mi llegada, era porque yo había pronunciado los dos nombres mágicos.

Y él los había reconocido.

—Hace doce años y medio usted asistió en el parto a una adolescente llamada Esperanza Estrada —le solté a bocajarro—. A instancias de su madre, Jacinta Utrillo, quizás por ser amigos o quizás por dinero, usted la ayudó en la patraña de convencer a la muchacha de que la niña había nacido muerta. Una bendición en el fondo, porque de esta forma Esperanza se libraba de la carga... y su madre, de la vergüenza. El mismo día del nacimiento de la niña, Jacinta Utrillo la entregó en adopción a las personas para las que trabajaba, tras lo cual desapareció de sus vidas.

El doctor Bricall ni siquiera parpadeó.

Pero acusó cada una de mis palabras igual que un golpe dirigido a su conciencia.

—¿De dónde has sacado semejante historia? —Tragó saliva.

—Dígame dónde encontrar a Esperanza y me iré sin molestarle —fui lo más contundente y explícita que pude.

Yo no tenía pruebas.

Y era una cría.

Leandro Bricall empezó a sobreponerse.

Ya no era agradable. Era un hombre acorralado defendiéndose como gato panza arriba.

—No sé de qué me estás hablando —quiso parecer sincero.

—Una dirección, nada más —insistí—. Eso a cambio de mi silencio.

Empezó a ponerse rojo.

—¿Cómo te atreves...?

—Escuche. —Levanté una mano para detener su rabia—. Jacinta Utrillo ha muerto. Le repito que no quiero perjudicarle. No habrá más preguntas. Pero necesitamos saber esa dirección, algo, lo que sea que nos lleve hasta Esperanza. Hágalo al menos por esa niña que...

—Vete de aquí. —Él mismo abrió la puerta de la sala.

O se sentía muy seguro de sí mismo o prefería jugar con fuego.

—¿De veras quiere hablar con la policía?

–Si tuvieras pruebas de lo que dices, ya la habrías llamado. –El dedo índice de su mano libre apuntó el hueco de la puerta–. Vete o la avisaré yo mismo.

Quise escupirle.

–¿No tiene corazón? –le pregunté.

–¡Fuera! –gritó sin importarle que en la otra sala esperaran turno algunas mujeres.

Me sentí extrañamente derrotada.

No solo por haberle fallado a Berta Blanch, sino por haberme fallado a mí misma.

Pasé por su lado.

–¿Qué clase de bestia humana es usted? –le solté mi furia en pleno rostro.

No hizo nada.

Tampoco dijo ya nada.

Caminé hasta la recepción, pasé junto a la enfermera, sin mirarla, y abrí la puerta que daba al rellano de la escalera. Una vez allí, me quedé quieta unos segundos.

La rabia casi me ahogó.

A Esperanza se lo habían quitado todo, sin darle la menor oportunidad. Y lo mismo a Rosendo Aliaga, prácticamente obligado a olvidarse de la mujer a la que amaba. Los dos tenían una hija sin saberlo. Los dos habían pagado caro el pecado de su juventud. Un monstruo en forma de abuela que no quería serlo y pretendía «proteger» a «su» niña, apartándola de los chicos y de su propia sangre, había hecho felices a los Blanch a costa de mentir a su hija y darles a Berta en adopción.

Los únicos que habían ganado en todo aquel drama.

Sin comprender que el tiempo, siempre él, volvía sobre sus pasos, cerraba los círculos abiertos en el pasado, ajustaba sus propias cuentas con la historia.

Ahora aquella pequeña tenía doce años y muchas preguntas.

Bajé los dos primeros peldaños de la escalera con el peso de la derrota aplastándome y, de pronto, se abrió la puerta de la consulta.

Pensé que sería la paciente del doctor, que ya había finalizado la visita, pero me equivoqué.

–Espera...

Volví la cabeza.

Era la enfermera.

Tenía los ojos extraviados, vidriosos.

Todo fue muy rápido. Ni siquiera salió al rellano. Parecía más pendiente de que

Leandro Bricall pudiera sorprenderla que de mí. Alargó su mano y me tendió un papel.

Volví sobre mis pasos, lo recogí.

Su última mirada de dolor la acompañó con una sonrisa de ternura.

Luego cerró la puerta y yo me quedé allí, atenazada por la sorpresa, con el papel y las señas que contenía firmemente sujeto entre mis temblorosos dedos.

Oí sonar el móvil cuando estaba ya cerca de Sabadell. Preferí no detenerme en el arcén de la carretera, por la que circulaban camiones constantemente que levantaban bandazos de viento a su paso, y no paré la moto hasta sentirme segura y a salvo en una calle sin tráfico. Me quité el casco y no me sorprendió comprobar que la llamada perdida era de Alfredo Sanllehí.

Ahora dependía de mí que todo saliera a pedir de boca.

Tenía que ser muy buena actriz, porque cada vez me costaba más engañar a mi amigo inspector.

Le devolví la llamada y esperé.

Crucé todos los dedos de la mano libre. Y hubiera cruzado hasta los de los pies si hubiera podido.

—¿Berta?

—Hola, ¿me has telefoneado?

Mal comienzo, con una pregunta estúpida.

—¿Dónde estás?

Por el tono de su voz capté de inmediato que no parecía muy contento, a pesar de que la sociedad se hubiera quitado de encima a un traficante muy peligroso y a unos aprendices que tenían una bomba entre las manos.

Una bomba llamada «martillo blanco».

—En Sabadell, ¿por qué?

—¿Sigues en el caso de esos dos camellos?

—No era el caso de los dos camellos —le recordé—. Ya te dije que no tenía ni idea de lo que hacían. Los seguía porque acosaban a un niño de once años. —Tomé un poco de aire—. Resulta que el niño se autolesionaba.

No preguntó por qué.

De hecho guardó silencio tres o cuatro segundos.

Si empezaba a gritarme por teléfono...

—¿Quieres el nombre del padre que me encargó el caso? —Intenté parecer calmada—.

Voy a verle luego, para zanjar el tema, aunque presiento que no va a gustarle mucho.

—Un niño acosado —lo repitió envuelto en un suspiro.

—¿Qué pasa? —no tuve más remedio que preguntar.

—Anoche Roman Vitrescu voló por los aires el laboratorio clandestino de Eutiquio Panadero, el nuevo, el dueño del bar La Pola.

—¡Sopla! —exclamé.

—Murieron él y un químico, un tal Paolo Malatesta.

—Así que adiós a las pastillas y Vitrescu se queda con el negocio... a menos que podáis probar que fue él.

—Eso no es todo —empezaba a parecer menos enfadado—. Luego el novio de Panadero, un italiano llamado Silvio Bonaventura, porque resulta que los dos eran pareja, se presentó en casa de Vitrescu y la emprendió a tiros con todos.

—¿A tiros? ¿Él solo?

—Mató a Vitrescu, a su novia y a cuatro de sus hombres.

Yo había visto solo a tres. Dimitru y los dos rompebrazos. Debía de quedar el chófer en alguna otra parte.

—¿Le habéis pillado? —pregunté más y más inocente.

—Bonaventura también murió en el intercambio de disparos —dijo Alfredo—. Pero antes le prendió fuego a la casa.

—Menuda noche.

—Y tú estabas durmiendo en tu cama, claro.

¿Y si le preguntaba a la abuela?

No, Alfredo no haría eso.

—¿Qué insinúas? —me tocó el turno de molestarme yo—. Pero... Oye, en serio, ¿de veras me ves a mí en un fregado de esos?

—Tú eres capaz de eso y mucho más —no bromeó al decirlo.

—¿Es un halago?

—Berta, si sabes algo de este lío, es mejor que hables ahora.

—¡Se han matado entre sí! ¿Qué más quieres? ¡Menuda limpieza!, ¿no? Los de drogas deben de estar dando saltos de alegría.

Prefirió no responder a mis palabras.

–Acabo de ver a esos dos, los camellos –mencionó.

–¿Fede y MAC?

–Federico Ruiz y Miguel Ángel Cuesta. –No captó mi sutileza–. Me han confirmado que vendían «martillos blancos» por cuenta de Panadero y que Vitrescu les rompió el brazo a los dos.

–¿Lo ves, hombre de poca fe?

–La descripción de la chica que apresaron con ellos coincide contigo.

Caso cerrado.

O no.

Con Alfredo nunca se sabía.

–Te conté la verdad, ¿o es que no me creíste?

–Contigo ya no sé qué pensar.

Dejé pasar dos, tres segundos.

–Venga, hombre.

–Esos dos también me han dicho que hace mucho que no le pegan a ese crío.

–Te acabo de decir que se autolesiona él solito. Lo descubrí ayer, siguiéndole a la salida del cole.

–¿Por qué lo hace?

–Eso lo sabré esta tarde, cuando hable con sus padres, pero está claro que es para llamar la atención.

–Un caso sencillo.

–Sí –mentí.

–¿Y lo de Sabadell?

–Otro, un poco más complicado.

–Me alegro de que esta vez no te callaras las cosas –concedió por fin.

–Yo nunca me callo nada.

–Ja –dijo sin alegría.

–Vamos, que no voy de heroína –me sentí ya más tranquila–. Si tengo problemas, sé que debo llamarte.

–Cualquier cosa de Panadero o de Vitrescu que recuerdes... –siguió con lo suyo.

–Que sí, que te aviso, pero si están muertos, ¿qué quieres que suceda?

–Eres como una gata –le oí suspirar.

–¿Yo?

–Siempre caes de pie.

Pensé en los cuarenta y siete mil euros.

Por una vez, Alfredo llevaba razón.

–¿Eso es todo? –casi sentí despedirme de él.

–Hasta la próxima, sí.

–¿Y si no hay próxima?

Soltó otro suspiro, este envuelto en un manto de ironía.

–Venga, cuídate –se despidió.

Estaba peleona. Hubiera querido discutir. Pero opté por dejarle concluir la conversación.

Me acababa de librar del todo.

Sin mácula.

Guardé el móvil en el bolsillo después de cortar la señal y me orienté por Sabadell buscando la dirección que me había facilitado la enfermera de Bricall. Tuve que mirar el callejero una vez, y preguntar otras dos. Finalmente me detuve delante de una casa relativamente vieja, de tres plantas, sin portera y con un cuadro de timbres adosado a la pared de la derecha.

Pulsé el del primero segunda.

Casi se me paró el corazón cuando escuché una voz de mujer.

–¿Sí?

–¿Esperanza Estrada?

–¿Estrada? –vaciló la voz–. ¡Ah, bueno, la señora Sánchez! ¡Espe! ¡Ya no vive aquí!

–¿Sabe...? –me aplastó el desánimo.

No tuve que concluir la pregunta. En realidad ni tenía que haberla hecho.

–Se casó hace tres años –continuó la mujer–. Vive muy cerca, en la calle Vilarrubias.

–¿Sabe el número?

–Claro, de vez en cuando todavía llega alguna carta suya o para su marido y se la llevo porque paso por delante cada día.

No grité de milagro.

Pero más que alegría, lo que sentí fue emoción.

No tuve que apuntar nada. Le di las gracias y regresé al vespino. La calle Vilarrubias quedaba a un par de minutos, a pie o en moto. Cuando la paré por segunda vez estaba

delante de una casa mucho más nueva, de obra vista, con balcones amplios y un sello de modernidad en los detalles.

Tenía portera.

–Voy a ver a la señora Sánchez –le dije.

–No está –me informó la mujer–. Hace diez minutos que ha salido con la niña para ir al parque.

–¿El parque? –pregunté por última vez–. ¿Qué parque?

Había sido una chica muy guapa, y era una mujer muy guapa.

Me acerqué lo bastante como para verla bien.

No parecía tener veintinueve o treinta años. Por un lado, su imagen era muy juvenil, pero por el otro, de cerca, se notaba en sus ojos un trasfondo que solo la edad y la vida aportan a las personas. Y más que la edad o la vida, lo que se ha reído o llorado a lo largo de los años.

Esperanza Estrada, la señora Sánchez, había llorado.

Ahora reía.

Feliz.

Reía con su niña en brazos, reía haciéndole carantoñas de mamá, reía al verla caminar patosamente, reía cuando la pequeña babeaba y corría persiguiéndola, reía viéndola jugar con la tierra, empujándola suavemente en el columpio o jugando a esconderse en la casita de madera por la que pululaban otros niños y niñas de distintas edades, con sus mamás o sus abuelas siempre cerca. Y su risa era contagiosa. Su risa tenía algo de eterna, de paz, de serenidad tras la tormenta.

Una mujer finalmente libre.

Me senté en el mismo banco que ocupaba ella, con el cochecito al lado. Traté de no parecer tan interesada como estaba. Me fijé en sus manos, cuidadas, con el anillo de casada brillando en el dedo anular de la izquierda. Me fijé en su ropa sobria, los bonitos y cómodos zapatos, el cabello suelto y hermoso, la belleza femenina de su cuerpo. Y me fijé en la forma en que disfrutaba de su maternidad.

—Jacinta, ven.

Jacinta.

Pese a todo, pese al monstruo que había sido, le había puesto a su pequeña el nombre de su madre.

Increíble.

Sin saber cómo, pensé en la mía.

Me había abandonado a mí, y a papá, para iniciar una nueva vida.

La suya le había mentido.

Le robó a su hija y le dijo que la había parido muerta.

¿Por qué siempre me tocaba decidir qué hacer?

¿Por qué?

Seguí en el banco, callada, prisionera de mis ideas y aturdida. Esperanza no era mi clienta. Lo era una niña de doce años y medio llamada Berta Blanch.

Una niña que me había contratado para encontrar a sus padres.

A su madre.

Y la tenía allí, a mi lado.

—Jacinta, ven.

La niña se le paró delante. Me miró a mí. Era muy guapa. Mucho.

Se parecía a su hermana.

La sonrisa que me dedicó acabó de aplastarme.

¿Quién dijo aquello de «la verdad os hará libres»?

Seguro que un santo.

Un santo que a lo peor no conocía mucho de la condición humana.

No pude resistirlo y me levanté antes de que me dijera algo y me viera obligada a responderle, a tensar el débil cordón umbilical que acababa de unirnos, haciéndolo más fuerte.

No era mi guerra.

Era la de Berta Blanch.

—Tiene doce años y medio, por Dios... —gemí.

Caminé despacio hasta la moto y tardé todavía unos minutos en reunir el valor para subirme a ella y ponerla en marcha. Cuando volví la cabeza por última vez, Esperanza le hacía cosquillas a su hija Jacinta y las dos volvían a reír felices y despreocupadas.

No, la decisión no era mía, era de Berta Blanch.

Arranqué y regresé a Barcelona conduciendo muy despacio, porque tenía la cabeza en todas partes menos en la carretera, por la que coches y camiones circulaban a toda velocidad, al límite de lo permitido, formando remolinos de viento que me sacudían a

cada momento. Había quedado con Javier Salas a las dos y media y disponía de tiempo para ir a casa a comer.

Después de que la abuela no me viera el pelo en todo el día y la noche pasadas...

Como si me estuviera viendo a través de un espejo mágico, Lucas me llamó por el móvil justo cuando me quitaba el casco delante de mi portal. Me quedé en la calle, sin entrar en el vestíbulo de la escalera.

—Hola —lo saludé.

—¿Estás bien? —noté su ansiedad.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Yo no he podido dormir —me reveló—. Cierro los ojos y veo esa explosión.

¿Le contaba lo que había sido del resto de mi noche?

No, mejor no.

Era mi amigo, tocábamos juntos, componíamos canciones juntos. No quería que me viese como una especie de monstruo.

—Siento haberte metido en esto —dije en voz baja.

—No, si cuando lo cuente a mis nietos algún día, será un farde, pero ahora mismo... Oye...

—¿Qué?

—¿Siempre es así?

—¿Mi trabajo? No, ya te lo dije y era verdad —intenté tranquilizarle—. Por lo general es bastante aburrido. Lo de anoche fue insólito.

—¿Ya se lo has contado a la policía?

—No ha hecho falta.

—¿Cómo...?

—Lucas —le detuve—. Ahora mismo no puedo hablar. ¿Nos vemos luego en el ensayo?

—Claro, perdona.

—A los demás ni una palabra, ¿vale?

—No, claro.

—Ni a tu hermano.

—Que no.

De pronto recordé algo.

Algo maravilloso.

—Lucas, ya tengo el dinero para el disco.

–¿Sí?

–No solo mi parte. Podría financiarlo entero si hiciera falta. Vamos a poder hacer más copias, y ofrecérselo a una distribuidora. Eso lo pagaré yo.

–¿Te ha tocado el cuponazo?

–Un cliente satisfecho.

–Muy satisfecho, ¿no? –su expectación iba a más.

–Estoy muy contenta –me despedí–. Hasta luego.

–Jo, tía... Vale, hasta luego.

Hora de subir a casa.

Abrí la puerta sin la precaución de la última vez y mientras caminaba por el pasillo la abuela asomó la cabeza por la de la cocina. No dio saltos de alegría, pero se le notó la satisfacción de verme porque dijo:

–Mira qué bien.

Eso era mucho.

Fui a mi habitación, dejé mis cosas y regresé a la cocina a la espera de las preguntas.

No me hizo ninguna.

Quizás ya se hubiese acostumbrado. Quizás no quisiera escuchar la respuesta. Quizás no buscara discutir, y menos una pelea.

–Hay lentejas y una lubina muy buena que he encontrado en el mercado –me dijo.

–Perfecto.

–Tienes diez minutos si quieres hablar con tu padre.

–Gracias, abuela.

Me acerqué y le di un beso en la frente.

La oí gruñir.

¿O sería un ronroneo gatuno?

Entré en la habitación de papá, iluminada por el sol, y le cogí la mano después darle el habitual beso en la mejilla. Cuando se la presioné, él respondió moviendo su dedo índice.

Su voz.

–Hola, socio.

Me acarició la palma haciendo un círculo. Era su forma de pedirme un abrazo y otro beso.

Se los di.

–Papá, he de contarte algo. –Me senté de nuevo a su lado.

«¿»

–Tengo una cliente de doce años que me ha pedido que le buscara a sus padres.

Trazó una flecha en mi palma. Eso significaba «sigue».

Le conté toda la historia, la de Jacinta Utrillo, la de Esperanza Estrada, la de Rosendo Aliaga y, finalmente, la de Berta Blanch. También le conté de qué forma había llevado la investigación y cómo había dado con la verdad.

Cuando terminé, esperé a que papá procesara todo aquello en la cárcel de su mente.

«E.R.S.B.N.A.»

–Sí, soy muy buena –asentí–. Pero ahora no sé qué hacer.

«E.L.L.A.C.L.N.T.E.»

–Es mi cliente, sí, pero tiene doce años. ¿Cómo se le dice a una niña de doce años que su abuela la robó, le mintió a su madre diciéndole que había muerto y la entregó a unos padres adoptivos?

«T.N.E.D.C.H.O.»

–Tiene derecho a saber la verdad, ha pagado por ello, pero papá... –no sabía cómo expresar lo que sentía–. ¡He visto a su madre! ¡Es feliz, está casada, tiene una niña de un par de años, preciosa! ¡Todo el mundo sigue con su vida! ¿Para qué cambiar eso ahora? Si Berta va a verla...

«V.D.A.D.»

–¿Verdad? ¿Qué verdad?

«M.D.R.E.F.L.Z.»

A veces me costaba interpretar sus signos. Al comienzo escribía con todas las letras. Desde hacía un tiempo se comía las que parecían elementales.

–¿Madre feliz?

Golpeó mi palma una sola vez.

–¿Crees que Esperanza estará feliz sabiendo que su hija no murió y vive?

Otro golpe con el dedo, otro sí.

–¿Y si le hunde la vida? ¿Y si su marido se enfada?

Dos golpes. Un no.

–¿Cómo estás tan seguro, papá?

Esta vez sí lo escribió con todas las letras en mi palma.

«D.A.L.E.S.O.P.O.R.T.U.N.I.D.A.D.»

Siempre me había asombrado la entereza de papá como detective. Cumplía con su

trabajo y dejaba las decisiones a los demás. Era imparcial. Yo ya la había fastidiado un par de veces por tomar partido, y no aprendía la lección. Incluso ahora, siguiendo a Panadero para descubrir su laboratorio, había estado a punto de morir.

Por involucrarme más allá de lo necesario.

Papá escribió algo más.

Algo que yo ya sabía.

«N.O.J.U.Z.G.U.E.S.»

No juzgar.

Papá también decía que los jóvenes lo juzgábamos todo, y que a veces nos faltaban datos, vida, experiencia.

Berta Blanch era lista.

Sabría qué hacer, en el presente o cuando tomara una decisión.

—Gracias, papá. —Me incliné sobre él y puse mi cabeza sobre su pecho.

No podía mover nada salvo aquel dedo, así que, a su modo, cuando me acarició la mano fue como si me acariciara la cabeza.

No sé si notó que yo estaba llorando.

Javier Salas estaba muy serio, entre enfadado y preocupado. Su esposa, en cambio, estaba triste.

Se le notaba.

Una tristeza infinita, que le caía a plomo sobre los hombros, la piel pálida, los ojos vencidos.

Me condujeron a una sala pequeña, un cuartito para estar a gusto, leer o escuchar música, apartado del comedor que era donde la mayoría de las personas hacían su vida en común. Vi estanterías con libros, algunos recuerdos, pocas fotos y las habituales dos butacas y el sofá, con la mesita en medio. No me ofrecieron nada de beber, solo me indicaron que me sentara. Lo hice y me enfrenté a ellos.

A las dudas del hombre y al dolor de la mujer.

–Esto es muy... irregular –comenzó a decir él–. Que ni siquiera venga el señor Mir a dar la cara...

–Le expliqué las condiciones en las que trabajaba.

–Pero en este caso...

Miró a su esposa y ella apartó la vista.

La fijó en el suelo.

La señora Salas tenía que haber sido muy atractiva, porque todavía mantenía sus rasgos juveniles. La cicatriz de la edad no la marcaba tanto como la de lo que sentía y la amargaba.

Y supe que no solo se trataba del supuesto maltrato de su hijo.

Hundí mis ojos en él.

Por debajo de la ira o la preocupación vi a un hombre agotado.

Fue igual que recibir una descarga eléctrica.

La verdad.

La luz final.

—¿Quieres explicarme eso de que nuestro hijo se hace daño él mismo y por qué culpa a esos dos gamberros? ¿No te das cuenta de que no tiene ningún sentido?

—Señor, en primer lugar seguí a Federico Ruiz y a Miguel Ángel Cuesta, y aunque son dos piezas de mucho cuidado que acabarán en la cárcel, porque ahora mismo tienen los brazos rotos y los está interrogando la policía por otro tema, ellos hace meses que ya no molestan a Mateo, desde que acabó el curso pasado. En segundo lugar, también seguí a su hijo, dos veces. En la primera me sorprendió cuando usted me dijo que habían vuelto a acosarle, porque hizo el camino de vuelta a casa sin problemas. Pero con la segunda...

—¿Cómo se hizo lo del brazo?

—Se lo hizo él mismo, solito, golpeándose contra una pared.

—¿Mi hijo nos miente? —seguía sin poderlo creer.

—Sí —fui rotunda.

—¿Qué sentido tiene eso?

—Díganmelo ustedes.

—¡Nadie se hace daño a sí mismo! —gritó.

—Nadie que no quiera llamar la atención —empecé a poner el dedo en la llaga.

La señora Salas seguía sin hablar.

Ahora se derrumbó.

Hundió la cara entre las manos y abrió las compuertas de su dolor.

Un dolor profundo y agudo.

—Lucía... —susurró Javier Salas.

No se acercó a ella. No la tocó. Fue una llamada de larga distancia.

Vi cómo él también se descomponía.

—Ustedes tienen problemas, ¿verdad?

—¡Niña! —me reprobó como un adulto haría con un niño.

No pude decir nada. Lo hizo Lucía Salas.

—¡Cállate, Javier!

—¿Pero qué...? —se crispó, endureciendo el gesto, cerrando los puños y apretando las mandíbulas.

—¡Es que no ves que lo hace para llamar nuestra atención! ¡Es que no lo entiendes! ¡Tanto te cuesta comprender lo que Mateo intenta! ¡Si estamos pendientes de él no nos peleamos ni hablamos de separarnos! ¿Estás ciego?

Javier Salas se convirtió en un pálido reflejo de sí mismo. En cinco segundos parecía cinco años más viejo. La piel pálida se hizo más blanca. Su traje negro, más oscuro. Las bolsas de los ojos amenazaron con devorarlos.

Yo tenía suficiente.

Lo que quedaba era cosa suya.

—Esto han de resolverlo ustedes —dije poniéndome en pie.

Ni me miraron.

Javier Salas se dejó caer hacia atrás, hundiéndose en la butaca. Lucía Salas siguió inclinada hacia delante, con las manos muy apretadas y la cabeza apoyada en ellas.

—Les pasaré el informe por escrito y la liquidación de nuestros honorarios.

—No es necesario —dijo el hombre.

—Entonces calcularé el tiempo empleado y si procede a que le abonemos algo de su adelanto.

Ya no me contestó.

Me despedí de la mejor forma que pude.

—No hace falta que me acompañen. Buenas tardes.

Salí de aquella sala y me orienté en dirección a la puerta del piso. Detrás de mí alcancé a escuchar dos frases, una de cada uno de ellos.

La de la señora Salas:

—Basta, Javier... Basta...

La de su marido:

—Perdona, Lucía, yo...

Cerré el caso en el mismo instante de cerrar la puerta.

Era extraño.

Yo también estaba temblando.

Un hijo que luchaba por mantener unidos a sus padres.

Una hija que luchaba por recuperar a los suyos, y con ello, su propia identidad.

Con cada caso que resolvía, aprendía un poco más.

Sobre todo de la naturaleza humana y de algo tan complejo como sus relaciones.

Había días en los que hasta me sentía orgullosa de mí misma.

Días en los que los laberintos de la vida parecían tener un orden.

Claro que también ayudaba un poco haber resuelto buena parte de mis problemas económicos.

Pensaba en todo ello cuando Berta Blanch apareció por la puerta del bar en el que habíamos quedado.

Levanté una mano para que me viera.

Vino a mi encuentro con precaución, seria, tan genuina hija de Esperanza Estrada y hermana de la pequeña Jacinta que, en el caso de que un día se hubieran cruzado por la calle, se habrían acercado la una a la otra, sin necesidad de más. En ese instante me di cuenta de que yo estaba más nerviosa que ella.

Las nuevas generaciones crecían con mayor entereza.

O quizás se tratase solo de ella.

Berta Blanch tenía coraje.

Sí, papá llevaba razón.

Por eso, y a pesar de su dedo mágico, le echaba tanto y tanto de menos.

—Hola. —Nos besamos en las mejillas—. ¿Quieres tomar algo?

—Una limonada.

El camarero no me quitaba ojo de encima, así que me resultó fácil llamar su atención. No dejé que se acercara.

—Una limonada.

–¡Marchando! –Su sonrisa fue franca.

Berta Blanch no esperó ni un segundo. Ya estaba sentada. Ya tenía las dos manos unidas sobre la mesa. Ya me miraba con sus ojos expectantes.

–¿La has encontrado?

–Sí.

–Bien –pareció aliviada.

–Me gustaría...

–¿Dónde está?

–Escucha, cariño –me arrepentí de haberla llamado así. Era mi clienta, mi clienta, mi clienta–. Creo que antes de llegar a eso debería contarte algo más, lo verdaderamente importante en este caso.

–No entiendo. –Frunció el ceño.

–He pensado mucho en ti y en este caso, y lo mismo el señor Mir mientras lo investigaba. No ha sido fácil. Pero si yo fuera tú, lo que querría saber, sobre todo, es la verdad, por qué tu madre te perdió.

Captó la intención de la palabra. No había dicho «te abandonó».

«Te perdió.»

Apareció el camarero con la limonada y nos cortó el primer momento álgido de nuestra charla. Además, lo hizo con alardes y pirotecnia de ligón barato.

–Bueno, bueno, qué par de bellezas. Ahora ya no sé a cuál mirar primero. ¡Un-n-na limonada!

Berta Blanch hundió en él unos ojos nada infantiles.

Yo alcé las cejas.

Fue suficiente.

Nos dejó el vaso, la botella y el tique en la mesa y se esfumó por donde había venido.

Mi compañera se sirvió la limonada y yo esperé a que bebiera un sorbo.

–La mayoría de niños adoptados suelen preguntarse lo más evidente, que al mismo tiempo es también lo más cruel –inicié mi relato–. ¿Por qué yo? ¿Por qué fui adoptado? ¿No me quería mi madre? ¿Era soltera? ¿Era una prostituta? ¿Murió al dar a luz? ¿Me vendió? –Tomé aire–. Y esas preguntas, poco a poco, año tras año, acaban convirtiéndose en una gran bola de fuego que te quema por dentro.

–Sí –convino ella.

–Tu madre no te abandonó, Berta. A ella le dijeron que habías muerto en el momento

del parto. No sabe que vives.

Dejé que mis palabras la llenaran, como una esclusa en el instante de abrirse las compuertas. Llenar todo aquel tiempo de dudas y preguntas. Llenar su ánimo. Llenar su corazón con los colores de una nueva realidad.

No dijo nada.

Esperó.

Y yo se lo conté todo, cómo había sido Esperanza, cómo había sido su abuela Jacinta, el porqué de sus guerras, el egoísmo de la una y la rebeldía de la otra, la manipulación de una y la derrota de otra. Le hablé de Rosendo Aliaga, su padre. Le hablé del médico que ayudó a falsear su nacimiento. Le conté cómo ahora ella estaba casada y era la señora Sánchez. Le hablé de su hermana Jacinta.

Todo.

Una vida resumida en palabras y en cinco minutos.

Cuando terminé, bebió otro sorbo de su limonada.

Un poco más largo.

—Tus padres adoptivos no supieron nada. Jacinta también los engañó a ellos. Lo que más deseaban era tener un hijo, así que tampoco hicieron demasiadas preguntas. Ni siquiera sé si llegaron a pagar algo, que supongo que sí, al menos para ese médico, o para que tu abuela viviera un tiempo, ya que dejó de trabajar como asistente.

Dejé que el silencio nos arropara.

Algo difícil en un bar.

¿Por qué no había quedado con ella en un parque?

Le entregué a Berta una hoja de papel con unas señas.

—Tu padre está aquí. —Puse un dedo encima de su dirección—. Vive en pareja. Tu madre aquí. —Señalé la siguiente—. Es una tía estupenda. Puedo decirte que te pareces mucho a ella, y que sigue siendo muy guapa.

—¿La has visto?

—Sí.

—¿Le has dicho...?

—No, eso no. Es cosa tuya. Verás —me incliné sobre la mesa—, tienes doce años. No eres tonta, pero tampoco eres todavía una persona adulta. Depende de ti cómo enfoques esto.

—Lo sé.

–Puedes hablar con tus padres adoptivos, o puedes callar y esperar, hasta que seas capaz de tomar una decisión por ti misma. Ahora ya no hay motivo para la prisa. Ya sabes quién eres.

–No quiero hacer daño a mis padres.

–Lo entenderán. En aquellos días posiblemente actuaran de buena fe. Le hacían un favor a Jacinta y se lo hacían a sí mismos. Una mujer que no puede dar a luz se vuelve loca. Pero desde que te contaron que eras adoptada lo más seguro es que tengan miedo, sobre todo por ti. Saber que tú estás bien los aliviará, te lo aseguro. En cuanto a Esperanza y Rosendo...

–¿Qué harías tú?

–No lo sé. –Fui sincera.

–¿Crees que ellos...?

–Sí –mostré mi firmeza–. Lo he pensado mucho y la respuesta es sí. Tu madre querría saber la verdad, que estás viva. Mucho mejor eso que una hija muerta. Ya no puede criarte, pero podéis ser amigas, recuperar el tiempo perdido y cicatrizar las viejas heridas. Si su marido la quiere, lo entenderá. En cuanto a tu padre... Estoy menos segura, pero también tiene derecho a saber de ti y conocerte. Cuando te concibieron seguro que se amaban mucho, o al menos eso pienso yo, así que no eres el fruto de una mala suerte o un desliz en una noche loca. Sé que no se han olvidado el uno al otro, me lo dice el corazón. Esto va a cambiar sus vidas, pero no tiene por qué hacerlo a peor, al contrario

Con el tercer sorbo de limonada casi apuró el vaso.

Berta Blanch tenía los ojos enrojecidos y una enorme entereza.

–Cuando vayas a verla, ahora o dentro de unas semanas, o unos meses, sé fuerte. – Apuré también lo que me quedaba de mi refresco.

–No parece fácil –dijo en un susurro.

–Todo está en tus manos. –Me encogí de hombros.

Fin del caso.

Berta Blanch estuvo en silencio casi un minuto.

Sí, me habría gustado tener una hermana.

–Gracias –suspiró por fin.

Yo hice algo más. Saqué de mi bolsillo mil euros y los dejé encima de la mesa, al lado de su vaso.

–Solo hemos gastado los doscientos setenta y cinco –mentí.

—¿En serio? —pareció no creerme.

—Ha sido muy fácil. Te cobramos lo mínimo y ya está. Espero que con esos mil puedas recuperar tu guitarra.

—No sabía que hubiera gente honrada. —Esbozó su primera sonrisa.

—¡Eh, eh, no te hagas la vieja con doce años!, ¿vale? Si empiezas a creer que el mundo es un lugar negro, lo verás siempre así. —No quería hacer de hermana mayor, pero ya estaba metida en el papel—. Intenta que de todo esto salga algo bueno y positivo, no dejes que se convierta en un peso que te haga daño. Aprovecha esta oportunidad. Alguien dijo que la vida no es un problema por resolver, sino un misterio por descubrir, y estoy de acuerdo.

—Yo también.

Dejamos que las palabras nos mecieran. Debí de mirarla con severidad porque dijo:

—Estoy bien, en serio.

—Venga, coge el dinero.

Me obedeció. Lo recogió de encima de la mesa y se lo guardó en un bolsillo.

—Berta.

—Dime, Berta.

—¿Ves como hice bien en escogeros por llamaros Mir?

—Paz, en ruso.

Se levantó, se acercó a mí, me abrazó muy fuerte y me dio un beso muy intenso en la mejilla.

Luego, con la caradura propia de una cría, me guiñó un ojo y dijo:

—Pagas tú.

La vi alejarse y me sentí bien.

Acababa de unir los restos de una familia que no pudo ser.

Todo porque una mujer, una madre protectora, convertida en juez de la vida de su hija, había querido «protegerla» de sí misma.

¿Cuántas Jacintas Utrillo habría por el mundo?

¿Y cuántas Esperanzas a las que un día les robaron a su hijo o sus sueños?

Pagué las consumiciones y también me levanté. El camarero revoloteó a mi alrededor y al ver que caminaba ensimismada se limitó a darme un «adiós» que no obtuvo respuesta.

Cuando salí a la calle sucedió algo más.

Vi pasar un coche.

Un coche conducido por Alfredo Sanllehí.

Un coche con una treintañera de muy buen ver en el asiento del copiloto.

Se reían.

Yo también lo hice. O más bien, sonreí.

La vida seguía.

Era hora de volver a casa.

Tenía un par de letras revoloteando por mi cabeza.

Medellín y Santa Fe de Antioquia
(Colombia), noviembre de 2011
Vallirana (España), junio-julio de 2012

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: mayo de 2013

En cubierta: ilustración de © Raj Kuter

© Jordi Sierra i Fabra, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15803-78-2

Conversión a formato digital: Década Soft, S. L. www.decadasoft.com

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
El caso del martillo blanco	3
1	7
2	13
3	18
4	26
5	35
6	43
7	51
8	59
9	64
10	71
11	76
12	81
13	86
14	93
15	100
16	107
17	113
18	119
19	124
20	129
21	136
22	142
23	147
24	153
25	159
26	166

27	172
28	179
29	184
30	189
31	194
32	201
33	205
34	212
35	217
36	223
37	226
Créditos	232